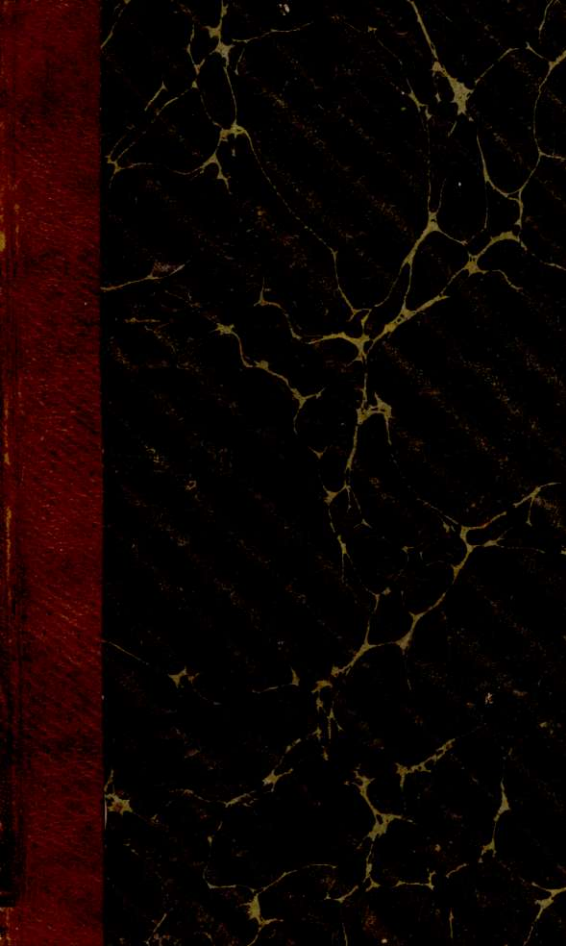
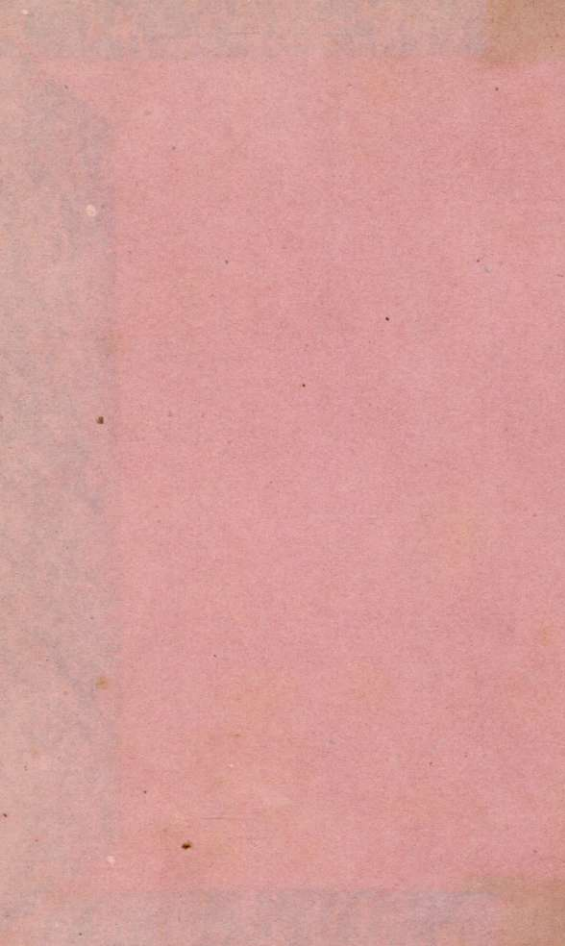






ANT
XIX
3

RAFAEL,

ó

PÁGINAS DE LOS VEINTE AÑOS.

HAUT

6

ÉTATS DE LA RÉPUBLIQUE

14 cmj

R.43.534

BIBLIOTECA SEVILLANA.



RAFAEL,

ó

PAGINAS DE LOS VEINTE AÑOS,

POR

ALFONSO DE LAMARTINE.

TOMO I.

SEVILLA.--1849.

Imprenta de Gomez Editor, calle de la
Muela, número 32.



INTRODUCCION.



El verdadero nombre del amigo que ha escrito estas páginas no era Rafael. Sus amigos y yo se lo dábamos frecuentemente por chanza, porque se parecía mucho en su adolescencia á un retrato de Rafael niño que se ve en Roma en la galeria *Barberini*, en Florencia en el palacio *Pitti*, y en Paris en el *Museo del Louvre*. Le dábamos este nombre tambien, porque este jóven tenia por rasgo distintivo un sentimiento tan vivo de lo bello en la naturaleza y en el arte, que su alma no era, por decirlo así, mas que una transparencia de la belleza material ó ideal esparcida en las obras de Dios y de los hombres. Provenia esto de una sensibilidad tan exquisita, que era casi una enfermedad en él, antes que el tiempo la hubiera

enervado un poco; nosotros decíamos, aludiendo á este sentimiento de nostalgia, que se llama el mal del pais, que él tenia el mal del cielo. El convenia con nosotros sonriéndose.

Esta pasion á lo bello lo hacia desgraciado; en otra condicion hubiera podido hacerlo ilustre. Si hubiera tenido un pincel, hubiera pintado vírgenes de Foligno; si hubiera manejado el cincel, hubiera esculpido la Psiquis de Carova; si hubiera conocido la lengua en que se escriben los sonidos, hubiera puesto en música las quejas aéreas del viento del mar en las fibras de los pinos de Italia, ó el aliento de una jóven dormida que sueña con aquel cuyo nombre no quiere pronunciar. Si hubiera sido poeta, habria escrito los apóstrofes de Job á Jehová; las estancias de la Herminia, del Tasso; la conversacion de Romeo y Julieta á la claridad de la luna, de Shakspeare; el retrato de Haydea, por Byron.

No amaba menos lo bueno que lo bello; pero no amaba la virtud porque era santa; la amaba especialmente porque era bella. Sin ninguna ambicion en el carácter, la hubiera tenido en la imaginacion. Si hubiera vivido en estas repúblicas de la antigüedad, en que el hombre se desarrollaba todo entero en la libertad, como se desarrolla el

cuerpo sin ligaduras al aire libre y bajo el claro sol, hubiera aspirado ó todas las alturas como César, hubiera hablado como Demóstenes, habria muerto como Caton. Pero su destino humilde y oscuro lo retenia á pesar suyo en la ociosidad y la contemplacion. Tenia alas que estender, pero no tenia aire que las moviera. Murió jóven y devorando el espacio con la vista, pero sin haberlo recorrido. Su mundo fué su sueño. ¡Que se realice al menos en su cielo!

¿Conoceis este retrato de Rafael en su juventud, de que os hablaba hace poco? Es una figura de diez y seis años, un poco pálido, aplomado un poco por el sol de Roma, pero donde brilla todavía sobre las megillas el bozo de la infancia. Un rayo de luz parece que se refleja en la transparencia de su cutis. El codo del jóven está apoyado en una mesa; el antebrazo levantado para sostener la cabeza apoyada en la palma de la mano; los dedos, admirablemente modelados, imprimen un ligero surco blanco en la barba y la megilla. La boca es fina, melancólica, meditativa; la nariz es pequeña entre los dos ojos, y ligeramente teñida de un color un poco azul, como si la delicadeza de la tez dejase transparentar el azul de las venas; los ojos, de un color de cielo oscuro, semejante al cielo de los Apeninos antes de

la aurora, miran horizontalmente, pero con una ligera inflexion, hácia el cielo, como si miráran siempre mas alto que la naturaleza. Están llenos de luz hasta el fondo, pero un poco húmedos con los rayos desleídos en el rocío ó en las lágrimas. La frente es una bóveda apenas arqueada; se ven moverse bajo la fina epidermis los músculos de la clave del pensamiento; las sienes reflexivas, el oído atento. Los cabellos negros, cortados desigualmente por la primera vez por la tijera inhábil de un compañero de taller ó de una hermana, derraman algunas sombras sobre la cara y la mano. Un birretito bajo de terciopelo negro, cubre apenas la cabeza y cae sobre la frente. Cuando se pasa por delante de este retrato, se medita y se entristece, sin saber de qué. Es el genio naciente soñando sobre el dintel de su destino antes de penetrar en él. Es un alma á la puerta de la vida. ¿Qué llegará á ser? Pues bien; añadid seis años á la edad de este niño que piensa; acentuad estas facciones; marchitad esta tez; plegad esta frente; amortiguad un poco esta mirada; descolorad estos labios; elevad esta talla; dad mas relieve á estos músculos; cambiad este traje de la Italia, de la época de Leon X, con el vestido sombrío y uniforme de un jóven criado en la sencillez de los campos, que no

pide á su vestido mas que lo cubra con decencia; conservad cierta languidez pensativa ó doliente á toda la actitud, y tendreis el retrato perfecto de Rafael á los veinte años.

Su familia era pobre, aunque antigua en las montañas de Forez, donde tenia su origen. Su padre habia trocado la espada por la carreta, como los caballeros españoles. Por toda dignidad tenia el honor, que equivale á todas. Su madre era jóven todavia, hermosa, que hubiera podido pasar por su hermana, segun lo que se le parecia. Habia sido educada en el lujo y la elegancia de una capital. No habia conservado mas que este perfume de lenguaje y de maneras, que no se evapora nunca, como el olor de las pastillas de rosa del serrallo del cristal que las contiene.

Encerrada en estas montañas con un marido que el amor le habia dado, y con hijos que eran la delicia y el orgullo de su madre, nada habia echado de menos. Habia cerrado el hermoso libro de su juventud en estas palabras: «Dios, su marido, sus hijos, » Rafael era su hijo predilecto. Hubiera querido elevarlo hasta un trono; pero, ¡ay! no contaba mas que con su corazon para levantarlo. El destino le era adverso siempre, hasta en el fondo de su pequeña fortuna y de sus sueños.

Dos santos ancianos, proscriptos algun tiempo despues del terror por yo no sé qué opiniones religiosas, que tenian algo de místicas, y que anunciaban la renovacion del siglo, habian venido á refugiarse á estas montañas. Obtuvieron un asilo en su casa. Amaron á Rafael, á quien su madre criaba entonces en sus rodillas. Le anunciaron no sé qué; le señalaron una estrella, y dijeron á su madre:—¡Seguid con el corazon á este hijo!» ¡Una madre desea tanto creer! Motejábase á si misma, porque era muy piadosa: pero los creyó. Esta credulidad la sostuvo en muchas pruebas, pero la lanzó á esfuerzos superiores á sus fuerzas, para elevar á Rafael y finalmente la defraudó.

Yo conocí á Rafael desde la edad de doce años. Despues de su madre, yo era el mas querido de él. Acabados nuestros estudios, nos volvimos á ver en Paris, y despues en Roma. El habia ido con un pariente de su padre á copiar manuscritos en la biblioteca del Vaticano. Se apasionó á la lengua y al genio de la Italia. Hablaba mejor el italiano que su propio idioma. Improvisaba algunas veces por la tarde, bajo los pinos de la «villa» Pamphili, en presencia del sol en Occidente, y de los huesos de Roma, derramados por la llanura; ¡estancias que me hacian llorar! pero no escribia nada.—«Ra-

fael, le decia yo algunas veces, ¿por qué no escribes?

— ¡Bah! me decia: ¿escribe el viento lo que canta en estas hojas sonoras sobre nuestras cabezas? ¿Escribe el mar los gemidos de sus playas? Nada de lo que hay escrito es bello; lo mas divino que contiene el corazon del hombre, no sale jamás de él. El instrumento es de carne, la nota es de fuego. ¿Qué quieres hacerle? ¡Entre lo que siente y lo que se espresa, añadia con tristeza, hay la misma distancia que entre el alma y las veinte y cuatro letras de un alfabeto! Es decir, lo infinito. ¿Quieres tú producir con una flauta de caña la armonía de las esferas?

Lo dejé para volver á hallarlo otra vez en Paris. Intentaba en vano, por medio de las relaciones de su madre, adquirir una situacion que lo librase del peso de su alma, y de la opresion de su destino. Los jóvenes de nuestra edad lo buscaban, y las mugeres lo veian con placer atravesar por las calles. No iba jamás á los salones. No amaba mas muger que á su madre.

De repente lo perdimos de vista durante tres años; supimos despues que lo habian visto en Suiza, en Alemania y en Saboya; despues, en invierno, pasando una parte de sus noches en un puente y sobre un muelle de Paris.

Su exterior revelaba una estremada penuria. Hasta muchos años despues no supimos mas de el. Aunque ausente, siempre pensábamos en su memoria. Era de estas naturalezas que desafian á que se las olvide.

En fin, la casualidad nos reunió doce años despues. Hé aquí cómo: yo habia tenido una herencia en su provincia, é iba allí á vender una tierra. Pedí noticias de Rafael. Me dijeron que habia perdido á su padre, á su madre y á su muger en el intérvalo de algunos años; que desgracias de fortuna le habian herido despues de estas desgracias el corazon, y que no le quedaba de su pequeño patrimonio mas que una casita con una cerca cuadrada, medio destruida, á los bordes de un torrente, el jardin, la huerta, el prado junto al rio, y dos ó tres fanegas de mala tierra. Las labraba él mismo con dos vacas flacas; ya no se distinguia de los paisanos mas que por los libros que llevaba á su hacienda, y que tenia frecuentemente en la mano, llevando con la otra el arado. Pero ya hacia algunas semanas que no se le habia visto salir de su casucha. Se creia que habia salido á uno de estos largos viajes que duraban años.—«Seria muy sensible, añadian; todo el mundo lo estima en la vecindad. Aunque pobre, hace tantos bienes como un rico. Hay muchos «paños» hermosos en el

país, que se han hecho con la lana de sus ovejas. El enseña por la noche á escribir, á leer y á dibujar á los niños de las cabañas vecinas. Los calienta con su fuego, les da su pan, y sin embargo, Dios sabe si él tiene sobrante cuando las cosechas son malas, como la de este año.»

Así se me hablaba de Rafael. Yo quise ver por lo menos la casa de mi antiguo amigo. Me hice conducir á ella, y pasé, sobre un tronco de árbol, el torrente casi seco que corría en el fondo de la quebrada. Subí por un sendero de piedras movedizas; dos vacas y tres carneros pacían á orillas del camino guardadas por un anciano criado, casi ciego, que rezaba el rosario sentado sobre un antiguo escudo esculpido, y que se había desprendido del arco de la puerta.

El me dijo que Rafael no había marchado, pero que estaba enfermo hacia dos meses, y que veía que no saldría de su casa mas que para ir al cementerio; y me lo enseñó con su mano descarnada en la colina opuesta.—«¿Se puede ver á Rafael? le dije. —¡Oh!, si, dijo el anciano; subid las escaleras; tirad de la cuerda del picaperte del salón, á mano izquierda; lo hallareis tendido en su cama, tan dulce como un ángel, tan sencillo como un niño!» añadió enjugando los ojos con el reverso de la mano.

Subí el tramo de una escalera exterior. Los escalones, pegados al muro, terminaban en una meseta cubierta de una tarima y de un techo, cuyo tejado cubrían trozos de escalera.

Tiré de la cuerda de la puerta, y entré. Jamás olvidaré este espectáculo. La habitación era grande. Contenía todo el espacio que había en los muros de la casa. Estaba alumbrada por dos grandes ventanas de piedra, cuyos vidrios, polvorosos y rotos, estaban guarnecidos de plomo. El techo estaba formado de gruesas vigas ennegrecidas por el humo; el piso embaldosado; una chimenea alta, cuyos pies eran de madera groseramente trabajada, dejaba colgar de unos llares una marmita llena de batatas, bajo la cual humeaba un tronco apenas encendido. No había en la estancia mas muebles que dos sillones altos con respaldo de madera, forrada de una tela cenicienta, cuyo color primitivo era imposible distinguir; una gran mesa, cubierta la mitad por un mantel, en que estaba envuelto el pan, y la otra mitad con libros y papeles revueltos; y finalmente, una cama, con pies carcomidos y cortinas de sarga recogidas, para dejar que penetrase el aire de la ventana abierta, y gozar de los rayos del sol que daba en la cubierta de la cama.

Un hombre, joven todavía, pero estenuado por la consunción y la miseria, estaba sentado en la cama, ocupado, en el momento en que abrí la puerta, en echar pedacitos de pan á pájaros y golondrinas que revoloteaban á sus pies.

Las aves se fueron al ruido de mis pasos, y se posaron en la cornisa de la sala, sobre las columnas y las repisas del cielo de la cama. Reconocí á Rafael á través de su palidez y flaqueza. Su figura, perdiendo de su juventud, no había perdido nada de su carácter; no había hecho mas que cambiar de belleza. Ahora tenía la de la muerte. Rembrandt no hubiera buscado el tipo de otro Cristo en el huerto. Sus cabellos, negros, rodaban en bucles sobre sus espaldas, como los de un labrador después del sudor del día. Su barba era larga, pero con una simetría natural, que dejaba entrever el corte gracioso de los labios, la prominencia de las mejillas, los arcos de los ojos, la afilada nariz, la concavidad pensadora de las sienes, la blancura de la piel. Su camisa, abierta por el pecho, mostraba un torso descarnado, pero musculoso, que hubiera dado majestad á su estatura si su debilidad le hubiera permitido levantarse.

Me reconoció al primer golpe de vista; dió un paso, abriendo los brazos, hacía

mi, para venir á abrazarme, y cayó á orillas de la cama. Yo fuí hácia él. Lloramos primero, y despues hablamos. Me refirió toda su vida, siempre truncada por la fortuna ó por la muerte en el momento en que creia coger la flor ó el fruto; la pérdida de su padre, la de su madre, la de su mujer y sus hijos; despues reveses de fortuna, la venta forzosa de su patrimonio, y, en fin, su retirada á este resto de su techo de familia, donde no tenia mas compañero que el anciano que le servia sin salario, por afecto al nombre de la casa; y despues de todo, su enfermedad de languidez, que lo arrebataria, decia, con las hojas del otoño, y que lo llevaria al cementerio de su aldea, al lado de aquellos que él habia amado. Su sensibilidad de imaginacion se revelaba hasta en la muerte. ¡Se veia que la comunicaba idealmente al césped y al musgo que florecian sobre su tumba!

— «¿Sabes tú lo que me aflige? me dijo, señalándome con el dedo la hilera de pájaros colocados en la cornisa de su cama: es pensar que en la próxima primavera estos pobres pequeñuelos, que yo he hecho mis últimos amigos, me buscarán en vano en mi choza, y que ya no encontrarán un vidrio roto por donde penetrar, ni vellones de mi colchon en el suelo para hacer su nido.

Pero la nodriza, á quien yo dejo mi pequeña herencia, tendrá cuidado de ellos mientras viva, replicó como para consolarse él mismo, y despues de ella... Y bien... Dios...

Aux petits des oiseaux il donne la pâture.»

Se enterneció hablando de estos pequeños animales. Se veia que su ternura de alma, rechazada ó marchita por los hombres, se habia refugiado en los irracionales.—«¿Pasas tú algun tiempo en nuestras montañas? me dijo.—Si, le respondí.—Pues bien, tanto mejor, replicó: tú me cerrarás los ojos, y cuidarás de que se abra mi huesa lo mas cerca posible de la de mi madre, mi mujer y mi hijo.»

Me pidió en seguida que le acercase un cofre grande de madera labrada, que estaba oculto bajo un monton de maiz, en un rincon de la sala. Puse el cofre sobre su cama. Sacó él una cantidad considerable de papeles, los rompió silenciosamente durante media hora, y mandó á su nodriza que quemara los pedazos en su presencia. Contenian una porcion de verso: en todos los idiomas, y páginas innumerables de fragmentos separados por épocas, como los recuerdos.—«¿Por qué se ha de quemar todo esto? le di-

je con timidéz. ¿No tiene el hombre una herencia moral que dejar, como deja la material á los que le sobreviven? ¿Tú quemas ahí, tal vez, pensamientos ó sentimientos que vivificarían un alma?...

—«Dejadme hacer, dijo él; bastantes lágrimas hay en el mundo; no es necesario dejar mas gotas en el corazón del hombre. Estos son, añadió mostrándome estos versos, las plumas locas de mi pensamiento: ¡él ha mudado despues, él ha tomado sus alas eternas!...» Y continuó destrozando y quemando, mientras yo contemplaba la campiña árida por los vidrios rotos de una ventana.

Por último me pidió que me acercára.

—Toma, me dijo; salva solo este pequeño manuscrito, porque no tengo valor para quemario, despues de mi muerte la nodriza haría de él cucuruchos para sus simientes. Yo no quiero que sea profanado el nombre que contiene, mil veces repetido. Llévatelo; consérvalo hasta que sepas que he muerto. Despues lo quemarás ó lo guardarás hasta tu vejez, para que te acuerdes de mí al hojearlo.

Tomé el rollo, lo oculté bajo mi capa, y salí, prometiendo volver al día siguiente, y todos los días, para dulcificar el fin de Rafael con los cuidados y las conversaciones de un amigo. Encontré al bajar una vein-

tena de niños que subían, con los zuecos en la mano, para tomar las lecciones que les daba hasta en su lecho de muerte; un poco mas allá al cura del pueblo, que venia á pasar la noche con él. Saludé al sacerdote con respeto. Vió mis ojos encendidos, y me devolvió un saludo de triste inteligencia.

Al dia siguiente volví: Rafael habia muerto aquella noche. La campana del pueblo inmediato comenzaba á doblar por él. Las mujeres y los niños salían de la puerta de su casa, y lloraban dirigiendo su vista á la asa de Rafael. Se veía en un pequeño campo verde, junto á la iglesia, á dos hombres que cavaban la tierra, y que abrian un hoyo al pie de una cruz.

Me acerqué á la puerta: una nube de golondrinas revoloteaba y chillaba alrededor de las ventanas abiertas, entrando y saliendo sin cesar, como si les hubieran destrozado sus nidos.

Comprendí mas tarde, al leer estas páginas, por qué se rodeaba de estas aves, y qué recuerdo traían á su memoria hasta la muerte.



RAFAEL.

—

I.

Hay sitios, climas, estaciones, horas, circunstancias exteriores, tan en armonia con ciertas impresiones del corazon, que la naturaleza parece que forma parte del alma, y el alma de la naturaleza, y que si separais la escena del drama, y el drama de la escena, la escena pierde el colorido, y el sentimiento se desvanece. Quitad las costas escarpadas de Bretaña á René, las sábanas del desierto á Atala, las brumas de la Suavia á Werther, las olas empapadas del sol y los taciturnos sudores á Pablo y Virginia, y

no comprendereis ni á Chateaubriand, ni á Bernardin de Saint-Pierre, ni á Goethe. Los lugares y las cosas están unidos por un lazo íntimo, porque la naturaleza es una en el corazón del hombre como en sus ojos. Nosotros somos hijos de la tierra. La misma vida corre en su sabia y en nuestra sangre. Todo lo que la tierra, nuestra madre, parece que siente y dice á los ojos en sus formas, en su aspecto vario, en su fisonomía, en su esplendor ó en su melancolía, tiene en nosotros su repercusión. No se puede comprender bien un sentimiento mas que en los lugares donde fué concebido.

II.

A la entrada de la Saboya, laberinto natural de profundos valles, que bajan como otros tantos cauces de los torrentes del Simplon, de San Bernardo y del monte Cénis hácia la Suiza y hácia la Francia, un gran valle, mas ancho y menos encajonado, se destaca hácia Chamberi del nudo de los Alpes y se abre su lecho de verdura, del rio y de lagos hácia Ginebra y Anneci, entre el monte Chat, y las montañas murales de los Beanges.

A la izquierda, el monte Chat levanta durante dos leguas contra el cielo una línea alta, sombría, uniforme, sin ondulaciones en su cima. Se podría tomar por una muralla inmensa tirada á cordel. Apenas en su extremo oriental dos ó tres dientes agudos de pardo peñasco interrumpen la monotonía geométrica de su forma, y recuerdan al que la mira que no es la mano del hombre, sino la mano de Dios, la que ha podido jugar con estas masas. Hacia Chambery, los pies del monte Chat se estienden con cierta molicie por la llanura. Al descender, forman algunos escalones y laderas cubiertos de pinos, de nogales y de castaños, enlazados con viñas que los rodean. A traves de esta vejeta-cion espesa y casi salvaje, se ven blanquear á lo lejos casas de campo, elevarse los altos campanarios de los pobres pueblos, ó negrear las viejas torres de los castillos almenados de otra época. Mas abajo, la llanura, que fué en otro tiempo un vasto lago, conserva la hondura, las orillas dentelladas, los cabos salientes de su antigua forma. Solamente se ven ondear las hojas verdes ó amarillas de los álamos, de las praderas y las cosechas. Algunas mesetas algo mas elevadas, y que fueron en otro tiempo islas, descuellan en medio de este valle pantanoso. Sostienen casas cubiertas de rastrojo, y

ocultas entre las ramas. Mas allá de este lago seco, el monte Chat, mas desnudo, mas pelado y mas áspero, hunde á pico sus pies de piedra en el agua de un lago mas azul que el firmamento, donde esconde su cabeza. Este lago, de cerca de seis leguas de longitud, sobre una anchura que varia de una á tres leguas, está profundamente encajonado por el lado de Francia. Por la parte de Saboya, por el contrario, se insinúa sin obstáculo en pequeñas ensenadas y golfos, entre dos riberas cubiertas de bosque, de parras y viñas altas, de higueras que mojan sus ojas en el agua. Va á morir, perdiéndose de vista, al pie de las rocas de Châtillon; estas rocas se abren para dejar salida al lago para el Ródano. La abadía de Haute-Combe, tumba de los príncipes de la casa de Saboya, se levanta sobre un contrafuerte de granito por el Norte, y proyecta la sombra de sus vastos claustros sobre las aguas del lago. Defendido todo el día del sol por la muralla del monte Chat, este edificio recuerda, por medio de la oscuridad que lo rodea, la noche eterna á que sirve de umbral á estos príncipes que bajan desde el trono á sus fosas. Solamente por la tarce un rayo del sol del ocaso lo baña y se reverbera un momento sobre sus muros, como para enseñar el puerto de la vida á los hom

bres, al morir el día. Algunas barcas de pescador, sin velas, se deslizan silenciosamente por las aguas profundas, bajo las rocas escarpadas de la montaña. La vejez de sus costados los hace confundir por su color con la tinta sombría de las rocas. Aguilas con plumas grises se ciernen sin cesar encima de las rocas y de las barcas, como para disputar su presa á las redes, ó para coger los pájaros pescadores que siguen el surco de estos bateles á lo largo de su márgen.

III.

La pequeña ciudad de Aix, en Saboya, toda humeante, ruidosa y odorífera por los manantiales de sus aguas calientes y sulfurosas, está escalonada sobre una ancha y rápida ribera de viñas, de prados y de huer-tas á alguna distancia. Una larga calle de álamos seculares, sememejantes á estas fi-las de tejos interminables que conducen en Turquía al lugar de los sepulcros, une la ciudad con el lago. A derecha é izquierda de este camino, praderas y campos entrecorta-dos por los cauces pedregosos, y continúa-mente secos, de los torrentes de las monta-

ñas, están sombreados por nogales gigantes, y á cuyas ramas las viñas robustas, como las lianas de América, cuelgan sus pámpanos y racimos. Se ve á lo lejos, bajo estos nogales y estas viñas, el lago azul que centellea ó palidece, segun las nubes y las horas del día.

Cuando llegué á Aix habia partido ya la multitud. Las fondas y los salones; donde se reunian durante el estio los extranjeros y los ociosos, estaban cerrados. Ya no quedaban mas que algunos pobres enfermos sentados al sol, en el umbral de las puertas de las hosterías mas pobres, y algunos enfermos sin esperanza que arrastraban sus lánguidos pasos en las horas calientes del mediodia, bajo las hojas secas que caian por la noche de los álamos.

IV.

El otoño era dulce, pero precoz. Era la estacion en que las hojas, heridas por el rocío y coloridas un instante de tintas rosas, llueven abundantemente de las viñas, de los guindos y de los castaños. Las nieblas se extendian hasta el mediodia, como anchas inundaciones nocturnas en el fondo de los

valles, no dejando sobre ellos mas que las cimas medio ocultas por los mas altos álamos de la llanura, las laderas levantadas como islas, y los dientes de las montañas como cabos ó escollos sobre el Océano. Los golpes del viento templado del Mediodia barrian toda esta espuma de la tierra cuando el sol se habia elevado en los cielos. Estos vientos, engolfados en las gargantas de estas montañas; estas aguas, y estos árboles, tenían murmullos sonoros, tristes, melodiosos, fuertes ó imperceptibles, que parecían recorrer en algunos minutos todo el diapason de la alegría, del poder, ó de la melancolía de la naturaleza. El alma se conmovia hasta el fondo: despues se desvanecian como las conversaciones de los espíritus celestes, que han pasado y se alejan. Silencio, tal como el oído no percibe jamás en ninguna parte, les sucede, y apaga, en vosotros hasta el ruido de la respiracion. El cielo recobraba su serenidad casi italiana. Los Alpes se ocultaban en un firmamento sin fondo; las gotas de la niebla de la mañana caian resonando en las hojas muertas, ó brillaban como centellas en los prados. Estas horas eran cortas. Las sombras azules y frescas de la tarde se deslizaban rápidamente, desplegadas como un lienzo sobre estos horizontes que habian gozado apenas de sus últimos

soles. Parecia que la naturaleza moria, pero como mueren la juventud y la belleza, en toda su gracia y con toda su serenidad.

Tal pais, tal estacion, tal naturaleza, tal juventud y tal languidez de todas las cosas que me rodeaban, era una maravillosa consonancia de mi propia languidez. Ella la acrecentaba embelleciéndola. Yo me sumia en abismos de tristeza. Pero esta tristeza era vida, bastante llena de pensamientos, de impresiones, de comunicaciones íntimas con lo infinito, de claro-oscuro en mi alma, para que yo desease sustraerme á ella.

Enfermedad del hombre, pero enfermedad cuyo sentimiento mismo es un atractivo en lugar de ser un dolor, y en el que la muerte se parece á un voluptuoso desvanecimiento en lo infinito. Me hallaba resuelto á entregarme á él en adelante completamente; á separarme de toda sociedad que podia distraerme, y á encerrarme en el silencio, la soledad y la indiferencia, en medio de la gente que encontrára allí; mi aislamiento de espíritu era un lienzo, á traves del cual no queria ver ya á los hombres, sino á la naturaleza y á Dios solamente.

Al pasar por Chambéry, habia visto á mi amigo Luis de““. Lo habia hallado en la misma disposicion que estaba yo mismo; sabio separado con disgusto por el fastidio de

la vida, genio desconocido, alma replegada en sí misma, cuerpo fatigado por el pensamiento. Luis me habia indicado una casa aislada y tranquila en lo alto de la ciudad de Aix, donde se recibian los enfermos á pupilo. Esta casa, perteneciente á un buen anciano, médico retirado, no se comunicaba con la ciudad mas que por un estrecho sendero. Este camino subia allí entre los arroyos de las aguas termales. La espalda de la casa daba á un jardin rodeado de pórticos y emparrados. Mas allá, prados en cuesta, y bosques de castaños y nogales, conducian á las montañas por senderos alfombrados de menuda yerba, donde se estaba seguro de no encontrar mas que cabras. Luis me habia prometido venir á vivir conmigo á Aix apenas hubiera arreglado algunos asuntos que lo retenian en Chambéry desde la muerte de su madre. Su presencia debia serme grata, porque su alma y la mia se comprendian por su desencanto. Sufrir lo mismo es mucho mejor que gozar del mismo modo. El dolor tiene lazos mas estrechos que la felicidad para ligar dos corazones. Luis era en este momento el único ser cuyo contacto no me fuera doloroso. Yo lo esperaba sin impaciencia y sin afán.

V.

Fuí recibido con agasajo y bondad en la casa del anciano médico. Diéronme una habitacion, cuya ventana daba al jardin y á la campiña. Casi todas las demas habitaciones estaban desocupadas. La mesa larga del comedor, servida por la familia, estaba desierta tambien. No reunia á las horas de comer mas que la gente de casa y tres ó cuatro enfermos retrasados de Chambery y de Turin. Estos enfermos venian á los baños despues del gran concurso para hallar las habitaciones mas baratas, y una vida económica conforme con su pobreza. No habia nadie con quien yo pudiera conversar ó contraer alguna familiaridad de azar. El médico y su muger lo sentian mucho. Ellos se excusaban con lo tardío de la estacion ó con los convidados, que habian marchado demasiado pronto. Solo hablaban con entusiasmo visible y con un respeto tierno y compasivo de una jóven estrañera, detenida en los baños por una languidez que se temia degenerarse en consuncion lenta. Ocupaba ella sola, con una camarera, hacia algunos meses, la habitacion mas retirada de su casa

Jamás bajaba á la sala comun. Comia en su cuarto; no se la veia jamás sino en su ventana, que daba al jardin, á través de las cortinas del emparrado, ó en la escalera, cuando volvía de recorrer sobre un asno las casitas de las montañas.

Yo tenia compasion de esta muger, relegada como yo, sola en pais extranjero; enferma, puesto que buscaba la salud; triste, porque evitaba el bullicio y hasta las miradas de la gente. Pero yo no deseaba verla, á pesar de la admiracion que causaba á mi alrededor, por su gracia y su belleza. Lleno el corazon de cenizas, cansado de miserables y precarias simpatías, de las cuales ninguna, escepto la de la pobre Antonina, habia sido conservada con seria piedad en mi memoria; avergonzado y arrepentido de relaciones ligeras y desordenadas; ulcerada el alma por mis faltas; seca y árida por el disgusto de vulgares pasiones; tímido y reservado de carácter y actitud, no teniendo esta confianza en sí mismo que lleva á otros hombres á buscar aventuras y familiaridades casuales; yo no pensaba ni en ver, ni en ser visto. Pensaba mucho menos en amar. Gozaba, por el contrario, con áspero y falso orgullo de haber abogado para siempre esta puerilidad en mi corazon, y de bastarme á mí mismo para sufrir ó para sentir aquí

bajo. En cuanto á la felicidad, no creia ya en ella.

VI.

Yo pasaba los dias en mi habitacion con algunos libros que mi amigo me enviaba de Chamberi. Despues del mediodia recorria solo los sitios salvajes de las montañas, que limitan por el lado de la Italia el valle de Aix. Volvia muy fatigado por la noche; me sentaba á cenar, entraba en mi aposento, y pasaba horas enteras recostado en la ventana. Contemplaba este firmamento que inclina el alma á pensar, del mismo modo que atrae el abismo al que se asoma á el, como si tubiera secretos que revelarle. Me adormecia en este mar de pensamientos, sin buscar su orilla. Me despertaba con los rayos del sol, con el murmullo de las fuentes termales, para meterme en el baño, y para emprender despues del desayuno las mismas escursiones y las mismas melancolías de la víspera.

Algunas veces al asomarme por la noche á mi ventana del jardin, veia otra ventana abierta, alumbrada por una luz á pocos pasos de la mia, y una mujer, recostada como

yo, que separaba con la mano de su frente las largas trenzas negras de cabellos, para mirar tambien el jardin alumbrado por la luna, las montañas y el cielo. Yo no distinguia en este claro-oscuro mas que un perfil puro, pálido, trasparente, encerrado en ondas negras de una cabellera lisa y pegada á las sienes. Esta figura se destacaba sobre el fondo luminoso de la ventana, alumbrada por la lámpara de la habitacion. Habia oido tambien algunas veces el sonido de una voz de muger que pronunciaba algunas palabras ó que daba órdenes en su interior. El acento, ligeramente extranjero, aunque puro; la vibracion, un poco febril, lánguida, dulce y sin embargo prodigiosamente sonora de esta voz, cuya entonacion oia sin percibir sus palabras, me habian conmovido. Esta voz duraba como un eco prolongado en mi oido largo tiempo despues de haber cerrado mi ventana. No habia oido otra que se le pareciese, ni aun en Italia. Resonaba entre los dientes medio cerrados, como estas pequeñas liras de metal que los muchachos de las islas del Archipiélago hacen resonar en sus labios por la tarde á la orilla del mar. Era mas bien un retintin que una voz. Yo lo habia observado, sin sospechar que esta voz sonaria tan profundamente y para siempre en toda mi vida. No pensaba ya en ella al dia siguiente.

Un dia, sin embargo, al volver antes de la noche, por la puerta pequeña del jardin, bajo las parras, vi mas de cerca á la estrangera que se calentaba con los rayos tibios del sol; sentada en un banco del jardin, colocado al Occidente. Ella no habia oido el ruido de la puerta que yo habia cerrado, y se creia sola. Pude contemplarla mucho rato sin ser visto. No habia entre los dos mas que la distancia de veinte pasos, y la cortina de un emparrado, ya sin hojas, á causa de los primeros frios. La sombra de las últimas hojas de la viña luchaban solosobre su rostro con los rayos del sol, que parecia hacer ella misma flotar. Su estatura se creia mayor, como la de esas figuras metidas en baños de mármol, envueltas en lienzo, cuya figura se admira, á pesar de que no se distinguen bien sus formas. Ella estaba tambien envuelta en un traje de pliegues anchos y sueltos; un chal blanco, rodeado al cuerpo, no permitia ver mas que sus dos manos, cuyos dedos, un poco delgados y finos, se cruzaban sobre sus rodillas. Daba vueltas maquinalmente á uno de estos clavetes encendidos salvajes que florecen bajo la nieve de las montañas, y que se llama «el clavel poeta.» No sé por qué una punta de su chal, levantado en forma de capuchon, cubria su cabeza para librar sus cabellos de

la humedad de la tarde. Recogida en sí misma, con el cuello inclinado sobre el hombro izquierdo, las pupilas cerradas por largas y negras pestañas para evitar los rayos del sol, las facciones petrificadas, la tez pálida, la fisonomía abismada en un pensamiento silencioso, todo la hacía asemejarse á una estatua de la muerte, pero de la muerte que atrae y que roba al alma el sentimiento de las angustias humanas, y la transporta á las regiones de la luz y del amor, bajo los rayos de la vida eterna y bienaventurada. El ruido de mis pasos sobre las hojas secas le hizo abrir los ojos. Estos ojos eran de color de mar claro, ó de lapiz con rayas negras, rasgados, y un poco cubiertos por el abatimiento de la pupila, y guarnecidos por la naturaleza de esta franja fruncida de pestañas negras y largas que las mujeres de Oriente buscan artificiosamente para realzar el acento de la mirada, y dar energía á la languidez misma, y algo de salvaje á la voluptuosidad. La mirada de estos ojos parecía venir de una distancia que no he encontrado después en ningún ojo humano. Era semejante á los rayos de las estrellas que vienen á herirnos por la noche desde millones de leguas. La nariz, griega, se unía, por una línea casi sin inflexión, á una frente elevada y estrecha, como la frente

abrumada por un pensamiento fuerte; los labios eran un poco pequeños, ligeramente deprimidos en los extremos de la boca por un pliegue habitual de tristeza; los dientes, mas bien de nácar que de marfil, como los de las ninfas de las playas húmedas del mar y de las islas; la cara, de un óvalo que comenzaba á adelgazarse hácia las sienes y debajo de la boca; la fisonomía, de un pensamiento, mas bien que de un ser humano. Y sobre esta fantasía general de espresion, una languidez indecisa, entre la del sufrimiento y la de la pasion, que no permitia á la mirada separarse de esta figura sin llevarse su imágen eterna.

Por último era la aparicion de una enfermedad contagiosa del alma, bajo los caracteres de la mas seductora y majestuosa belleza que haya surgido nunca del sueño de un hombre sensible.

Yo la saludé respetuosamente al pasar delante de ella; mi actitud reservada y mis ojos bajos le pedian perdon por haberla distraído involuntariamente. Un ligero sonrosado tiñó sus mejillas pálidas cuando pasé junto á ella. Entré en mi aposento todo trémulo, sin saber qué frio de la noche se habia apoderado de mí. Vi algunos minutos despues que la jóven entraba en su habitacion, dirigiendo una mirada indiferente á

mi ventana. La volví á ver del mismo modo, á las mismas horas, los dias siguientes, en el jardin ó en el patio, sin tener jamás el pensamiento ni la audacia de acercarme á ella. La hallaba tambien algunas veces en los prados de las cabañas, guiadas por niñas que arreaban su asno y que le cogian fresas; otras veces en su barca por el lago. Yo no le daba otra señal de aproximacion mas que un saludo respetuoso y grave; ella me lo devolvía con una melancólica distraccion, y seguíamos nuestro camino por la montaña ó por el agua.

VII.

Y sin embargo, me sentia triste y desorientado por la noche, cuando no la habia hallado en todo el dia. Yo bajaba sin saber por qué al jardin. Allí permanecia, á pesar del frio de la noche, con los ojos clavados en su ventana. Tenia dificultad en retirarme hasta haber entrevisto su sombra, á traves de las cortinas, ú oido una nota de su piano, ó el metal extraño de su voz. El salon del cuarto que ella ocupaba por la noche, estaba contiguo al mio. Solo se hallaba separado por una puerta gruesa de encina, cerrada con dos cerrojos.

Podia oir confusamente el ruido de sus pisadas, el crugido de sus vestidos, el que hacian las hojas del libro al volver las páginas. Me se figuraba que algunas veces oia hasta su respiracion. Habia colocado instintivamente la mesa en que escribia y colocaba mi luz junto á esta puerta, porque no me consideraba tan solo oyendo estos ligeros movimientos de vida cerca de mí. Me figuraba vivir acompañado con esta aparicion desconocida que llenaba insensiblemente todos mis dias. En una palabra, tenia secretamente todos los pensamientos, todos los deseos, todos los refinamientos de la passion, antes de sospechar que estaba enamorado. El amor no estribaba para mí en tal ó cual síntoma, en tal mirada, en tal afan, en tal circunstancia exterior, contra la cual hubiera podido defenderme, no; se hallaba como estos miasmas invisibles esparcidos en la atmósfera que me rodeaba, en el aire; en la luz; en la estacion moribunda; en el aislamiento de mi existencia; en la aproximacion misteriosa de esta otra existencia que se hallaba aislada tambien; en estas largas escursiones que no me alejaban de ella mas que para hacerme sentir mejor la atraccion irresistible que me acercaba á eila; en su vestido blanco visto desde lejos á través de los pinos de la montaña; en sus cabellos negros que el viento

del lago estendia sobre el borde de su batel; en sus pisadas en la escalera; en la luz de su ventana; en el ligero chasquido del entarimado de abeto bajo sus pasos en su habitacion; en el roce de su pluma sobre el papel cuando escribia; en el silencio mismo de estas largas noches del otoño que ella pasaba sola leyendo, escribiendo ó meditando á algunos pasos de mí; en la fascinacion, en fin, de esta belleza fantástica, que yo habia visto demasiado sin mirarla, y que volvía á ver cerrando los ojos, á través del muro, como si hubiera sido trasparente para mí.

Este sentimiento, sin embargo, no estaba mezclado en mí con ningun deseo indiscreto, ni con la menor curiosidad de penetrar el secreto de esta soledad y la frágil muralla de nuestra separacion casi voluntaria.

¿Qué me importa á mí, me decia yo, esta mujer herida en el corazon, ó en el cuerpo, hallada por acaso en medio de estas montañas de un pais extranjero? Yo habia sacudido, lo creia al menos, el polvo de mis pies; no queria ligarme á la vida por ningun lazo del alma y de los sentidos, sobre todo por ninguna debilidad del corazon. Despreciaba profundamente el amor, porque no habia conocido bajo este nombre mas que sinsabores, coqueterías, ligerezas ó profanaciones, escepto en el de Antonina, que no

era mas que una maravillosa puerilidad de sentimientos, una flor desprendida del tallo antes de la hora de su perfume.

VIII.

Por otra parte, ¿quién era esta mujer? ¿Era un ser como yo, ó una de esas apariciones, uno de esos meteoros vivos que atraviesan el cielo de nuestra imaginacion sin dejar mas rastro que el deslumbramiento de nuestros ojos? ¿Era de mi patria, ó de otra patria lejana, de alguna isla del Oriente ó de los Trópicos, adonde yo no podria seguirla despues de haberla adorado algunos dias, para tener que llorarla eternamente? Y ademas, ¿era libre su corazon para corresponder al mio? ¿Era posible que una belleza tan seductora hubiera atravesado el mundo y hubiera llegado á esta madurez, cercana casi á la declinacion de la juventud sin haber abrasado á su paso á uno de aquellos sobre quienes hubiera fijado sus miradas? ¿Tenia padre, madre, hermanos ó hermanas? ¿No estaria casada? ¿No tenia en el universo un hombre separado de ella momentáneamente por circunstancias inesplicables, pero que vivia en su corazon, como

ella vivia sin duda en el suyo?

Yo me decia todo esto á mi mismo para alejar de mí la obcesion involuntaria, desanimada, y sin embargo deliciosa. Desdeñaba hasta el pedir informes. Creia indigno de mi estoicismo el intentar penetrar este arcano. Encontraba mas digno y quizá tambien mas dulce dejar flotar mi espíritu en la duda.

IX.

Pero la familia del médico no tenia el mismo orgullo de corazon para respetar este secreto. La curiosidad natural en los huéspedes de estas casas, que viven de los extranjeros, interpretaba en la mesa todas las circunstancias, todas las probabilidades, todas las nociones mas fugitivas que podia recoger acerca de la jóven extranjera. Sin preguntar, y aun evitando provocar la conversacion, supe lo poco que traspiraba de esta vida oculta. Yo rompía inútilmente la conversacion. Todos los dias y en todas las comidas se suscitaba de nuevo: hombres, mujeres, niños, bañistas, criados de la casa, guías de las montañas, bateleros; ella habia admirado, conmovido, enternecido á

todos sin hablarles. Ella era el pensamiento, el respeto, la conversacion y la admiracion de todos. Hay ciertos seres que iluminan, que deslumbran, que arrastran todo á su esfera de atraccion, sin pensar en ello, sin quererlo, y muchas veces hasta sin sospecharlo siquiera. Se diria que ciertas naturalezas tienen su sistema, como los astros, y que hacen gravitar las miradas, las almas y los pensamientos de sus satélites, en sus propios movimientos. La belleza física ó moral es su poder, la fascinacion es su cadena, el amor es su emanacion. Se les sigue á traves de la tierra, y hasta el cielo, á donde van á perderse en su juventud, y cuando ya no se les ve, el ojo queda como ciego y deslumbrado, y se deja de mirar, donde ya no se ve nada. El vulgo mismo conoce estos seres superiores; yo no sé en qué signos. El los admira sin comprenderlos, como los ciegos de nacimiento que sienten los rayos sin ver el sol.

X.

Supe así que esta mujer vivia en Paris; su marido era un anciano, ilustre en el último siglo por trabajos que habian hecho

época en los descubrimientos del espíritu humano. El habia adoptado esta jóven extranjera, cuya belleza é ingenio lo habian admirado, á fin de dejarle á su muerte su nombre y sus bienes. Ella lo amaba como á un padre. Ella le escribia todos los dias cartas que eran el diario de su alma y de sus impresiones; ella habia caido hacia dos años en una languidez que habia alarmado á su marido. Le habian aconsejado el cambio de clima y los viajes al Mediodia; y como las enfermedades del anciano le impidiesen acompañarla, la habia confiado á una familia de sus amigos de Lausana, con la cual habia recorrido la Suiza y la Italia; en fin, no habiendo bastado el cambio de clima para restablecer sus fuerzas, un médico de Ginebra, temiendo un ataque al corazon, la habia llevado á las aguas de Aix, y debia volver por ella para acompañarla á París á la entrada del invierno. Hé aquí todo lo que supe entonces de esta ecsistencia, ya tan querida, y de quien me obstinaba en creer que todo detalle me era completamente indiferente. Yo sentí un poco mas de ternura hácia esta encantadora mujer, herida en la flor de la juventud por una enfermedad que no apaga la vida sino afinando sus sensaciones, y encendiendo mas y mas la llama que amenaza apagar. Yo buscaba con la

vista, cuando encontraba á la extranjera en la escalera, algunas líneas imperceptibles de sufrimiento en los extremos de sus labios, un poco pálidos, y alrededor de sus hermosos ojos azules, continuamente abatidos por el insomnio. Me interesaban sus encantos, y mucho mas esta sombra de la muerte, á través de la cual creia yo verla como un fantasma de la noche mas bien que como una realidad. Esto fué todo. Nuestras vidas continuaron corriendo tan próximas por el espacio, pero tan separadas por el incógnito, como al principio.

XI.

Comenzando á blanquear las primeras nieves las copas de los pinos sobre las cimas de la Saboya, habia renunciado á mis escursiones por la montaña.

El calor dulce de los últimos dias de octubre se habia concentrado en el fondo del valle. El aire era templado todavía en las orillas y el agua del lago. La larga calle de álamos que conducia á el, recibia el sol del Mediodia y me encantaba todavía con el movimiento de las hojas y los murmullos de las copas. Pasaba una parte del dia en el agua. Les ba-

teleros me conocian; aun se acuerdan, segun me dicen, de las largas navegaciones que les obligaba á hacer en los golfos mas separados y en las ensenadas mas salvajes de las dos costas de Francia y de Saboya. La jóven estrangera se embarcaba tambien algunas veces, al mediodia, para dar paseos mas cortos. Los bateleros, orgullosos de llevarla y atentos á los menores síntomas de frescura, de nubes ó de viento que aparecian en el cielo, tenian mucho cuidado de prevenirla, ellos preferian su salud y su vida al salario de sus jornadas perdidas. Una vez tan solo se equivocaron. Se habian prometido una travesía y una vuelta fáciles para ir á visitar las ruinas de la abadía de Haute-Combe, situada sobre la orilla opuesta. Habian apenas andado las dos terceras partes de su camino, cuando una ráfaga de viento, saliendo de las gargantas estrechas de Ródano, vino á sublevar las pacíficas olas, como una brisa que los marineros llaman «carabinera,» que se levanta de repente y hace zozobrar las embarcaciones al doblar el cabo en la mar. El pequeño bajel, perdida su vela, y sostenido con dificultad por el balanceo de los dos remos tendidos por el marinero, fluctuaba como una cáscara de nuez sobre las olas, cada vez mas gruesas. La vuelta era imposible, y se necesitaba mas

de media hora de fatiga y de peligro antes de ponerse al abrigo bajo la sombra de las altas y escarpadas rocas de Haute-Combe. La suerte ó el destino de mi alma, que dirigia aquel dia mi vela indecisa por el lago, á la misma hora, me habia hecho embarcar aquel dia en un bajel mas fuerte, armado con cuatro remeros vigorosos. Iba á visitar, en una isla en el fondo del lago, á un pariente de mi amigo de Chambéry, llamado el Sr. de Chatillon. Tenia su castillo sobre una roca, en la cima de esta isla.

Ya estábamos á algunos golpes de remo nada mas del puerto de Chatillon, cuando mis ojos, que seguian maquinalmente casi á pérdida de vista el batel de la jóven enferma, se apercibieron de su desgracia, y de la lucha que su embarcacion sostenia contra el golpe de viento. Viramos de bordo, mis remeros y yo, unánimemente.

Nos metimos en el fondo del lago, y en plena tempestad, para volar al socorro del bajel que desaparecia continuamente bajo un horizonte movedizo de espumas. Larga y terrible fué la ansiedad de mi alma en la hora que empleamos en atravesar casi toda la anchura del lago, y en reunirnos al batel que peligraba. Cuando por fin lo alcanzamos, tocaba ya á la orilla. Una larga ola lo arrojó á nuestra vista sobre la arena, al pie de las ruinas de la abadía.

Nosotros lanzamos un grito de alegría. Nos arrojamos á porfía al agua para llegar antes en socorro del barco, y para llevar á la costa á la náufraga enferma. El pobre batelero, consternado, nos llamaba en su ayuda con gestos de afliccion y gritos de dolor. El nos señalaba con la mano el fondo de su barca, que nosotros no podíamos ver todavía. Cuando arribamos, vimos á la jóven señora tendida y desmayada en el fondo de la barca. Las piernas, el cuerpo, los brazos, cubiertos con una capa de agua helada y montones de espuma, con la cara solamente fuera del agua, y la cabeza, como la de una muerta, apoyada contra el cajoncito de madera que sirve para encerrar en la popa las redes y las provisiones de los marineros. Sus cabellos flotaban al rededor de su cuello y de sus espaldas, como las alas de un pájaro negro medio sumergido á la orilla de un estanque. Su rostro, cuyos colores nose habian borrado de repente, tenian la calma del mas tranquilo sueño. Era esa belleza sobrenatural que deja el último suspiro sobre la cara de las jóvenes muertas como el rayo mas encantador de la vida sobre la frente de donde ella se retira, ó como el primer crepúsculo de la inmortalidad sobre las facciones que ella quiere divinizar en la memoria de los que las sobreviven. Jamás la

habia visto, y jamás la volví á ver tan divinamente trasfigurada. ¿Era la muerte el dia de esta celeste figura, ó queria Dios darme en esta primera y solemne impresion el presentimiento y la imágen de esta forma inmutable, bajo la cual estaba yo destinado á sepultar esta belleza en mi memoria, á verla alli eternamente, y á invocarla sin cesar?...

Nos precipitamos en la barca para sacar á la moribunda de su lecho de espuma, y para llevarla al otro lado de las rocas. Puse la mano sobre su corazon, como la hubiera puesto sobre un globo de mármol. Acerqué mi oido á sus lábios, como lo hubiera acercado á los lábios de un niño dormido. El corazon palpitaba irregularmente, pero con fuerza; el aliento era sensible y tibio; conocí que no era mas que un largo desmayo, consecuencia del terror y del frio del agua. Uno de los bateleros la levantó por los pies; yo la tomé por la espalda y la cabeza, que se apoyaba en mi pecho. Así la llevamos, sin que diera señales de vida, hasta una casita de pescador, bajo la roca de Haute-Combe, que servia de hostería á los bateleros cuando llevaban curiosos á las ruinas. Consistia en una sala estrecha y oscura, ahumada, con una mesa llena de pan, de queso, y de botellas. Una escalera de madera, que partia de

la chimenea, conducía á un pequeño cuarto, alumbrado por una claraboya sin vidrio que daba al lago. El espacio estaba ocupado casi del todo por tres camas que se cerraban con puertas de madera, como hondos armarios. La familia se acostaba allí. La madre y dos hijas jóvenes de la casa, á quien entregamos la jóven desmayada, retirándonos por decencia fuera de la puerta, la estendieron sobre un colchon junto á la chimenea, encendieron un fuego dulce de paja y de ramas, la soltaron, la quitaron el vestido para secarlo, enjugaron sus miembros y el pelo que chorreaba agua del lago, y despues la llevaron, siempre desmayada, á una de las camas de la habitacion, donde habian tendido sábanas calientes sobre una piedra tibia del hogar, segun acostumbran los habitantes de estas montañas. En vano intentaron hacerla deglutir algunas gotas de vinagre y de vino para hacerla volver en sí. Viendo perdidos todos sus cuidados, é inútiles todos esfuerzos, prorrumpieron en sollozos y en gritos, que nos atrajeron á la casa.—«¡La señorita ha muerto, no hay mas remedio que llorar, y llamar al sacerdote!» gritaban. Los bateleros, consternados, se unian á las mugeres, y redoblaban el horror de estas lamentaciones. Yo me precipitéhacia la escalera, entré en la habita-

cion, me incliné hácia la cama, iluminada todavía por el crepúsculo; toqué su frente, que ardía; distinguí el movimiento débil, pero regular, de la respiracion, que levantaba y dejaba caer alternativamente la sábana de cáñamo grueso que cubria su cuerpo, hice callar á las mujeres, y dando un escudo á uno de los bateleros mas jóvenes, le mandé que fuera á buscar un médico. Me dijeron que habia uno á dos leguas de distancia, en una aldea situada sobre una de las mesetas del monte Chat. El batelero marchó corriendo. Los otros se sentaron junto á una mesa, tranquilizados con la idea de que la señora no estaba muerta. Las mujeres iban y venian de la alcoba á la sala, y del sótano al gallinero para disponer la cena. Yo me quedé sentado sobre un saco de harina de maiz, al lado de la cama, junto á los pies, con las manos cruzadas sobre las rodillas, y con los ojos clavados en aquel rostro inmóvil y en las pupilas cerradas de la extranjera. Ya era entrada la noche. Una de las jóvenes de la casa habia cerrado el postigo de la claraboya. Habia colgado una lámpara pequeña con pico de metal al muro, que proyectaba la luz sobre la ropa y la cara dormida, como la de un cirio que ilumina una mortaja. ¡Ay, yo he velado así des-

pues otros rostros, pero no se han vuelto á despertar!...

XII.

Jamás tal vez la mirada y el alma de un jòven permaneciò, durante tan largas horas, en tan estraña y profunda contemplacion. Suspendido entre la muerte y el amor, era incapaz de comprender si la angélica figura, dormida ante mis ojos, era un eterno dolor, ó una adoracion eterna la que aquella noche me preparaba en su misterio, ó que la madrugada iba á devolverme con el despertar y la vida. Los espasmos del sueño, que no eran bastante fuertes para reanimarla, habian apartado la ropa y descubierto uno de sus hombros. Sus cabellos se enlazaban alli en gruesos anillos negros y espesos. Su garganta, medio oculta por la almohada, se plegaba bajo el peso de su cabeza, que caia hácia atras, un poco inclinada sobre el carrillo derecho. Uno de sus brazos se habia escapado del cobertor, y se enlazaba enredador de su cuello. Dejaba distinguir tan solo la desnudez de un codo de marfil, que se dibujaba sobre el color gris de la camisa de grueso lienzo con que la habian cubierto

las campesinas. En uno de los dedos de la mano, sumergidos en los cabellos, veíase brillar una pequeña sortija de oro con un rubí, en el cual se reverberaba la lámpara. Las jóvenes de la casa se habían acostado, sin desnudarse, sobre el suelo. La madre se había medio dormido sobre una silla de madera, las manos y la cabeza apoyadas sobre el respaldo. Cuando el gallo cantó en el patio, salieron, sus zuecos en las manos, y descendieron sin ruido la escalera para marchar al trabajo. Permanecí solo entonces.

Los primeros resplandores del crepúsculo de la mañana comenzaban á filtrarse casi insensiblemente al través de las hendiduras de las maderas de la ventana. La abrí, esperando que el aire fresco, matinal y balsámico del lago y de las montañas, y tal vez acaso el primer rayo de sol, ejercerían la influencia del despertar general de la naturaleza sobre aquella vida que habria deseado volver á la vida á costa de mi propio aliento vital. Un ambiente fresco y casi glacial se esparció en el cuarto, y apagó la lámpara, casi consumida ya. Pero el lecho permaneció inmóvil. Oí á las pobres mujeres, que reunidas oraban debajo de mí, antes de dar principio á su diario trabajo. La idea de orar también surgió en mi corazón, como surge en toda alma que siente agotadas sus fuer-

zas, y que tiene necesidad de que una fuerza misteriosa y sobrehumana venga á suplir la impotencia de sus deseos. Me arrodillé sobre el suelo, juntas las manos al borde del lecho, fijos mis ojos en el rostro de la jóven. Oré largo tiempo ardientemente hasta que las lágrimas se asomaron á mis ojos. Acabaron por inundarlos y por ocultarme la figura de la muger cuyo despertar anhelaba con pasión. Habria pasado así muchas horas sin apercibirme de la duracion del tiempo y sin sentir el dolor de mis rodillas sobre la piedra: tan absorta estaba mi alma en una sola sensacion y en una sola voluntad. De repente, pasando maquinalmente la mano por mis ojos para enjugar las lágrimas, sentí una mano que tocaba la mia, y que caia dulcemente sobre mi cabeza, como para apartar mis cabellos, descubrir mi semblante y bendecirme. Lancé un grito, y miré; vi abrirse los ojos de la enferma; su boca respirar y sonreirse, y su brazo estendido hácia mí para coger mi mano, y oí estas palabras:—«¡Oh, Dios mio! os doy gracias: tengo un hermano.»

XIII.

El fresco de la mañana la habia despertado mientras yo oraba, el rostro anegado en

mis cabellos y en mis lágrimas, al lado de su lecho. Habia tenido tiempo para ver el ardor de mi compasion y el ardor de mi oracion. Habia tenido reflexion bastante para reconocermé á la luz que ya entraba en el cuarto. Desmayada en medio del aislamiento y de la indiferencia, se despertaba rodeada por la piedad, el interés y tal vez el amor de un piadoso desconocido. Privada de todo parentesco del alma en la flor abandonada de su vida, habia de repente encontrado á su lado la figura, la actitud, los cuidados, la oracion, las lágrimas de un joven hermano, y este nombre se habia escapado de su corazon y de sus lábios al recordar el sentimiento de esta dicha con la sensacion de la vida.

— «¿Un hermano? ¡oh, no, señora! le respondí cogiendo la mano que me alargaba, y apartándola respetuosamente de mi frente, como si no hubiese sido digno de ser tocado por ella; ¿un hermano? ¡oh, no; pero un esclavo, pero una sombra viviente de vuestros pasos, que no pide otra bendicion al cielo y mas felicidad á la tierra que el derecho de acordarse de esta noche, y conservar para siempre la imagen de esta aparicion sobrehumana que le hace desear seguirla hasta la muerte, ó que solo ella podria hacerle soportar la vida!» A medida que es-

tas palabras, entrecortadas y vacilantes, se escapaban de mis labios á media voz, las tintas rosadas de la vida se asomaban á sus mejillas; una sonrisa triste se esparcía enrededor de su boca como una incredulidad obstinada ante la dicha; sus ojos, elevados hácia el cielo, parecían escuchar con la mirada palabras que solo respondían á sus pensamientos. Jamás el paso de la muerte á la vida y de un sueño á la realidad fué tan rápido y tan visible sobre un semblante. Sorpresa, languidez, delirio, reposo, melancolia y dicha, timidez y abandono, gracia y reserva; todo se pintó á la vez sobre sus facciones refrescadas por el sueño, coloreadas por la juventud. Sus destellos alumbraban la sombría alcoba tanto como la luz de la mañana. Hubo mas palabras, mas revelaciones, mas confianzas, mas vaguedad en aquel semblante y en este silencio que en millones de palabras. El semblante humano es la lengua de los ojos; la fisonomía en la juventud es una clave que la pasión recorre con una mirada. Transmite de un alma á otra misterios de muda intimidad que no tienen traduccion en ningun idioma de la tierra. Mi fisonomía revelaba tambien sin duda un amigo á la mirada que se reposaba con tanta avidez sobre mis facciones. Mis vestidos, húmedos todavia; los bucles cas-

taños de mis largos cabellos, mil veces durante la noche entrelazados en mis manos; mi cuello, en que el pañuelo desatado el lazo caía en pliegues; mis ojos, apagados por la vigilia; mi tez, pálida por el insomnio y la emocion; el entusiasmo casi religioso que me inclinaba ante aquella santidad de la belleza sufriendo; la inquietud, la emocion, el gozo, la sorpresa, la débil luz de aquel desnudo cuarto, en medio del cual permanecía en pie sin atreverme á dar un paso, como si hubiese temido que se desapareciera el encanto de sueño tan divino; los primeros rayos del sol, en fin, que pasaban por la ventana y que venian á deslumbrar mis ojos y á hacer brillar las gotas de lágrimas mal secadas, todo debia dar á mi figura una fuerza de espresion y una transparencia de ternura que sin duda no volveria á tener segunda vez en el curso de una larga vida.

No pudiendo soportar el choque de estas emociones y la vibracion interior de este silencio, llamé á las mujeres. Subieron estas, y prorrumpieron en gritos de sorpresa viendo aquella resurreccion que les parecia un milagro. En el mismo instante, el médico que habia enviado á llamar la víspera, entró. Recomendò el descanso y algunas infusiones de plantas de aquellas montañas,

que calman los movimientos del corazon. Tranquilizó á todos diciéndonos que esta enfermedad de la juventud de las mujeres se calmaba frecuentemente con los años; que no era mas que un esceso de sensibilidad que hacia asemejarse la superabundancia de vida á la muerte, pero que no era jamás la muerte, á menos de que penas interiores viniesen á agravarla con causas morales y á convertirla en habitual melancolía y en incurable dificultad de vivir. Mientras las mujeres buscaban en los prados las yerbas indicadas por el médico, y las lavanderas repasaban su ropa mojada ó la planchaban en el piso bajo, salí de la casa, y fuí á recorrer solo las ruinas de la antigua abadía.

XIV.

Pero mi corazon se hallaba demasiade lleno con mis propias impresiones para interesarse por aquellos solitarios. El ascetismo y el entusiasmo de los primeros monasterios habian llegado á ser una profesion. Mas tarde vidas sin lazos con sus hermanos y sin utilidad para el mundo se habrán evaporado en aquellos claustros, no dejando ni huellas ni pesar sobre los sepulcros. Unicamente contemplé admirado la prontitud con que

la naturaleza se apodera de los sitios vacíos y de las mansiones abandonadas por los hombres, y ví cuán superior es su arquitectura, formada de arbustos, que se arraigan en los cimientos, de espinos, de enredaderas, de alhelíes suspendidos y de ramosas plantas que tienden su denso manto sobre las brechas de las paredes, á la fria simetría de las piedras y al decorado incierto de los monumentos del cincel de los hombres. Habia mas sol, mas perfumes, mas murmullos, mas santas salmodias de los vientos, de las aguas, de las aves, de los ecos sonoros del lago y de los bosques bajo los pilares ruinosos, en las naves desmanteladas y bajo las bóvedas resentidas y pendientes de la antigua iglesia vacía de la abadía, que otro tiempo resplandores de cirios y humo de incienso y de cantos monotonos en las ceremonias y procesiones que llenaban noche y dia aquel espacio. La naturaleza es el gran sacerdote, el gran pintor el gran poeta sagrado, el gran músico de Dios. El nido de golondrinas en donde los hijuelos llaman y saludan al padre y á la madre bajo la cornisa carcomida de un antiguo templo; los suspiros del viento del mar que parecen traer bajo los claustros deshabitados de la montaña las palpitaciones de la vela; los gemidos de la ola y las últimas notas de los cántitos de los pescadores; las

emanaciones embalsamadas que cruzan por momentos la nave; las flores que se deshojan y cuyos estambres llueven sobre las tumbas; el mecimiento de las telas verdes que entapizan las paredes; el eco sonoro y prolongado de los pasos del que visita los subterráneos en donde dormían los muertos; todo aquello era tan piadoso, tan recogido, tan infinito de impresiones, como lo era en otro tiempo el monasterio en todo su sagrado esplendor. Unicamente había algunos hombres de menos con sus miserables pasiones comprimidas por el estrecho recinto en donde las habían confinado y no sepultado; pero en cambio había de más á Dios, nunca tan visible y tan sensible como en la naturaleza; Dios, cuyo esplendor sin sombra parece volver á aquellas tumbas del ánimo con los rayos del sol y con la vista del firmamento que las bóvedas habían dejado ya de interceptar.

XV.

No era yo en aquel momento bastante dueño de mis pensamientos para poderme dar cuenta á mí mismo de aquellas vagas reflexiones. Me hallaba como un hombre á quien

se le acaba de descargar de un peso inmenso, y que respira á sus anchas estendiendo sus músculos contraídos, y caminando hácia todos lados en todo su vigor, como si fuese á devorar el espacio y aspirar todo el aire del cielo en sus pulmones. Ese peso de que me veía aliviado era mi propio corazón. Al entregarle, me parecía, por la vez primera, haber conquistado la plenitud de la vida. El hombre ha sido creado de tal modo para el amor que no llega á sentir que es hombre hasta el día en que tiene la conciencia de amar plenamente. Hasta ese momento busca, se inquieta, se agita y dibaga en sus pensamientos: desde entonces se para, descansa, y se encuentra en el fondo de su destino.

Sentéme sobre la pared, entapizada de yedra, de un inmenso y elevado terrado desmantelado, que dominaba entonces el lago, con las piernas colgando sobre el abismo y los ojos errantes sobre la inmensidad luminosa de las aguas, que se confundían con la luminosa inmensidad del cielo, y tan confundidos se hallaban los dos azules en la línea del horizonte, que no hubiera podido decir dónde principiaba el cielo y donde terminaba el lago. Parecíame que nadaba yo mismo en el puro éter, y que me abismaba en el océano universal. Pero la alegría interior en que nadaba era mil veces mas infinita, mas

luminosa y mas incomensurable que la atmósfera con que me confundia de aquella manera. Me habria sido imposible definirme á mí propio aquella alegría ó mas bien aquella serenidad interior. Era como un secreto sin fondo que se hubiese revelado en mi por sensaciones y no por palabras; una cosa parecida sin duda á esa sensacion del ojo que se abre á la luz despues de las tinieblas, ó de un alma mística que cree poseer á Dios. Una luz, un deslumbramiento, una embriaguez sin vértigo, una paz sin aniquilamiento y sin inmovilidad. Habria vivido en ese estado tantos millares de años como olas enviaba el lago á la arena de su playa, sin advertir que viviese mas segundos que los que empleaba cada respiracion mia. Eso debe ser la cesacion del sentimiento de la duracion del tiempo para los inmortales en el cielo: ¡Un pensamiento inmutable en la eternidad de un momento!...

XVI.

Esa sensacion no estaba precisada, articulada ni definida en mi: era demasiado completa para ser medida, demasiado una para ser divisible por el pensamiento, ni

aun susceptible de ser analizada por la reflexión. No era ni la belleza sobrenatural de la criatura á quien adoraba, porque la sombra de la muerte estaba interpuesta todavía entre aquella belleza y mis ojos; ni el orgullo de ser amado por ella, porque ignoraba si yo era para ella otra cosa que un sueño de la mañana en sus ojos; ni la esperanza de la posesion de sus encantos, porque mi respeto era infinitamente superior á esas viles satisfacciones de los sentidos para rebajar hasta ellas mi pensamiento; ni la vanidad satisfecha de poder hacer gala de la conquista de una mujer, porque esa fria vanidad jamás ha hallado cabida en mi alma, y no tenia á nadie en aquel desierto ante quien profanar mi amor descubriéndolo para gloriarme de él; ni la esperanza de encadenar aquel destino al mio, porque sabia que pertenecia á otro; ni la certeza de velar y la felicidad de encadenarme á sus pasos, porque yo no estaba mas libre que ella, y dentro de algunos dias el destino iba á separarnos; ni, por último, la certeza de ser amado, porque ignoraba todo de su corazon, escepto el ademan y la palabra de reconocimiento que me habia dirigido.

Era otra cosa; era el sentimiento desinteresado, puro, tranquilo, inmaterial: el re-

poso de haber hallado al fin el objeto buscado siempre y nunca encontrado de esa adoracion que sufre por falta de ídolo, de ese culto vago é inquieto por falta de divinidad á quien tributarlo, que atormenta el alma por la suprema belleza, hasta que hemos entrevisto el objeto de ese culto, y nuestra alma se ha adherido á él como la paja al iman, ó se ha confundido y aniquilado en ella como el soplo de la respiracion en las ondas del aire que se respira.

Y ¡cosa estraña! no sentia vehemente deseos de volverla á ver, de oir su voz, de acercarme á ella, de conferenciar en libertad con ella, que era ya todo mi pensamiento y toda mi vida. La habia visto, y la llevaba conmigo: nada podia ya arrebatarme á mi alma aquella posesion: de cerca, de lejos, ausente ó presente, la contenia dentro de mí mismo: todo lo demas me era indiferente. El amor completo es paciente, porque es absoluto y se siente eterno. Para arrancármelo habria sido preciso arrancarme el corazon. Sentia ya aquella imágen tan mia, como la luz es del ojo que una vez la ha mirado, como el aire es del pecho que una vez lo ha respirado, como el pensamiento es del alma que una vez lo ha concebido. Desafiaba al mismo Dios á que me pudiera arrebatarme aquella aparicion de mis deseos. La ha-

bia visto, y eso bastaba; para la contemplacion, ver es gozar. Apenas me importaba casi que ella me amase ó que pasára por delante de mis ojos sin divisarme. Su resplandor me habia tocado, y permanecia envuelto con sus rayos. Ella no podia ya retirarlos de mí, como el sol no puede recoger aquellos con que ha inundado ya una vez á la naturaleza. Sentia que no habria ya noche ni frialdad en mi corazon, aunque debiese vivir mil años, porque ella luciria siempre en él como lucia en aquel momento.

XVII.

Esa conviccion daba á mi amor la seguridad de lo inmutable, la calma de la certidumbre, la plenitud de lo infinito, la rebozadora embriaguez de una alegria que nunca se saciaria. Dejaba pasar las horas sin contarlas, seguro de que tenia delante de mí horas sin fin. Cada una de ellas me devolveria eternamente esa presencia interior. Podia separarme por espacio de un siglo de aquel ser, sin que ese siglo pudiera disminuir ni un solo dia la eternidad de mi amor. Iba, venia, me sentaba, volvia á levantarme, corria, acortaba mis pasos, y caminaba

sin palpar la tierra, como esos fantasmas á quienes sostiene en los aires la impalpabilidad de su naturaleza aérea, y que se deslizan por el suelo sin dejar en él huellas. ¡Abria mis brazos al aire, al lago, á la luz, como si quisiese estrechar á la naturaleza y darle gracias por haberse encarnado y animado por mí en un ser que reunia á mis ojos todos sus misterios, todo su esplendor, toda su vida, toda su embriaguez! Proster-nábame de rodillas sobre las piedras ó sobre los abrojos de las ruinas sin sentirlo, y al pie de los precipicios sin verlos. Gritaba palabras inarticuladas, que se perdian en el ruido de las olas bulliciosas del lago, y lanzaba en el azul del cielo miradas bastante prolongadas y penetrantes para descubrir en él al mismo Dios y asociarle por el himno de mi reconocimiento al éstasis de mi felicidad. No era ya un hombre, era un himno que vivia, gritaba, cantaba, oraba, invocaba, daba gracias, adoraba y rebosaba en efusiones mudas; un corazón embriagado, un alma loca, que agitaba y paseaba á orillas de los abismos un cuerpo que habia perdido la idea de su materialidad, y que no creia ya ni en el tiempo, ni en el espacio, ni en la muerte. Hasta tal punto el amor que acababa de brotar en mí me daba el sentimiento, el goce anticipado y la plenitud de la inmortalidad.

XVIII.

No llegué á advertir la desaparicion de las horas hasta que el sol de mediodia tocaba ya encima de los lienzos de pared de la abadía. Bajé saltando, á traves de los bosques, de roca en roca y de tronco en tronco. Mi corazon latia hasta querer saltárseme del pecho. Al acercarme á la pequeña posada, vi, en un prado que formaba cuesta detras de la casa, á la jóven enferma, sentada al pie de una pared al Mediodia: los habitantes de aquel desierto habian amontonado algunas piedras conta aquella pared. Su blanco vestido brillaba al sol sobre el verdor de la pradera. La sombra de un haz de heno resguardaba su semblante. Estaba leyendo un librito que tenia abierto sobre sus rodillas, y se distraia de vez en cuando de su lectura para jugar con los niños de la montaña que venian á presentarles flores y castañas. Al divisarme quiso levantarse como para venir hácia mí. Aquel ademan bastó para animarme á acercarme á ella. Recibiíme ruborizándose y con un temblor de labios que no se escapó á mis ojos y redobló mi propia timidez. Lo extraño de nuestra situacion nos embara-

zaba á ambos de tal suerte, que permanecimos mucho tiempo sin acertar á decirnos cosa alguna. Al fin hizo ella un ademán como para invitarme á que me sentara junto al haz de heno no lejos de donde ella estaba. Creí ver que me aguardaba y me habia conservado mi sitio. Senteme respetuosamente algo lejos de ella. El silencio continuaba siempre el mismo, y se conocia que buscábamos ambos, sin poder hallarlas, algunas de esas palabras triviales que se cambian como una moneda falsa de conversacion, y sirven para ocultar los pensamientos en vez de revelarlos: el temor de decir demasiado ó demasiado poco retenia nuestra alma en nuestros labios. Continuamos con la misma mudéz, y aquel silencio aumentaba nuestro rubor. Al fin, habiéndose encontrado nuestras miradas en su foco al levantar á un mismo tiempo nuestros ojos, vi tantos abismos de sensibilidad en la suya, y ella debió ver sin duda tanto impulso refrenado, tanta inocencia y tanta profundidad en la mia, que no pudimos apartarlas yo de su rostro ni ella del mio, y agolpándose á la vez en ellos las lágrimas de nuestros dos corazones, llevamos instintivamente las manos á nuestros ojos como para encubrir nuestros pensamientos.

No se cuántos minutos permanecimos de aquel modo. Por último, con voz trémula,

pero con algo de violencia y de impaciencia en el acento:—«Me habeis concedido vuestras lágrimas, dijo; os he llamado hermano mio; me habeis adoptado por hermana, ¿y no nos atrevemos á hablarnos? ¡Una lágrima, desinteresada de un corazon desconocido es mas de lo que vale mi vida, y mas de lo que me ha dado nunca!» Luego añadió en tono de tierna reconvencion:—«¿Habré llegado á ser persona estraña para vos desde que dejé de necesitar de vuestros cuidados? ¡Oh; en cuanto á mí prosiguió con acento de resolucion y seguridad, no sé de vos mas que vuestro nombre y vuestro semblante, pero sé vuestra alma. Un siglo no podria enseñarme mas!

—«Y yo, señora, le dije tartamudeando, querria no llegar á saber jamás nada de cuanto hace de vos un ser que vive con nuestra vida, y se halla unido por los mismos lazos que nosotros á este triste mundo: solo necesito saber una cosa, y es que habeis cruzado por él y me habeis permitido miraros de lejos y recordarlo siempre.—¡Oh, no os engañeis de ese modo, me replicó: no veais en mí una ilusion divinizada de vuestro corazon, pues sufriria terriblemente el dia en que esa quimera se desvaneciese! No veais en mí mas que lo que soy; una pobre mujer que desfallece en el desaliento y en la sole-

dad de su agonía, y que no llevará de la tierra nada mas divino que un poco de compasion. Ya lo vereis cuando os diga quién soy, añadió; pero antes decidme una cosa que me tiene inquieta desde el dia en que os ví en el jardin. ¿Por qué siendo tan jóven y de fisonomía tan dulce, estais tan solo y tan triste? ¿Por qué huís siempre de la presencia y de la conversacion de los dueños de la casa para internaros en los sitios poco frecuentados de las montañas ó del lago, ó para encerraros en vuestro cuarto? Vuestro a luz arde en él hasta bien tarde. ¿Teneis algun secreto en vuestro corazon que solo querais confiar á la soledad?»

Aguardaba ella con ansiedad visible y los párpados bajos, para ocultar la impresion que iba á causarle mi respuesta.—«Ese secreto, le dije, es el no tenerlo; es sentir el peso de mi corazon, á quien ningun entusiasmo agitaba hasta ahora en mi pecho, y que despues de haber intentado muchas veces inspirar sentimientos incompletos, me he visto obligado siempre á recogerlo con amargas circunstancias y disgustos que á pesar de mi juventud y sensibilidad, me han arrebatado para siempre el deseo de amar.»

Entonces le referí, como lo habria hecho á Dios mismo, y sin disfrazar cosa alguna, todo cuanto podia interesarle en mi vida; mi

nacimiento en una condicion modesta y pobre; mi padre, militar de antiguo temple; mi madre, mujer de esquisita sensibilidad, cultivada en su juventud por la elegancia de las letras; mis hermanas, jóvenes de piadosa y angelical sencillez; mi educacion por la naturaleza, enmedio de los hijos de las motañas de mi pais; mis estudios fáciles y apasionados; mi ociosidad forzada; mis viajes; mi primer estremecimiento serio de corazon hácia la jóven del pescador de Nápoles; mis malas amistades á mi regreso á Paris; las lijerezas, los desórdenes, las vergüenzas de mi mismo á que me habian arrastrado aquellas relaciones; mi ardor por la profesion militar, frustrado por la paz en el momento en que yo entraba en el ejército; mi salida del regimiento, mis viajes sin objeto; mi regreso sin esperanzas al hogar paterno; las melancolías de que me sentia devorado; mi deseo de morir; el desencanto de todo; por último, la languidez física, resultado del cansancio del alma, y que bajo los cabellos, bajo las facciones y bajo la frescura aparente de veinte y cuatro años ocultaba la precoz caducidad del alma y el desprendimiento de la tierra de un hombre maduro y fatigado de vivir.

Al insistir sobre aquellas arideces, sobre aquellos disgustos y sobre aquel desaliento

de mi vida, gozaba interiormente, porque ya no los sentia. Una sola mirada me habia regenerado enteramente, y hablaba de mí como de un ser muerto: habia nacido en mí un nuevo hombre.

Cuando concluí, levanté hácia ella mis ojos, como á mi juez, y vi que estaba toda trémula y llena de emocion:—«¡Dios mio, exclamó; cuánto me habeis hecho temblar! —¿Y por qué? le dije.—Si no hubiéseis sido desgraciado ni hubiéseis estado aislado en este mundo, habria ecsistido entre los dos una armonia de menos. No habriais recibido la necesidad de compadecer á alguien, y yo hubiera abandonado la vida sin haber columbrado siquiera la sombra de mi alma en otra parte que en el espejo en que se reflejaba mi fria imágen!... La historia de vuestra vida, prosiguió, cambiando el sexo y las circunstancias, es la historia de mi propia vida. No hay mas sino que la vuestra principia y la mia...»

No la dejé concluir.—«¡No, no! exclamé con sorda voz, pegando mis labios á sus pies, y rodeándolos convulsivamente con mis brazos, como para retenerla sobre la tierra: ¡no, no; no concluye, ó si concluye, concluye para dos!...» Temblé por el ademan que habia hecho y por el grito que involuntariamente se me habia escapado, y no me

atrevia á levantar mi rostro de la tierra de donde ella habia retirado sus pies.—«Levantaos, me dijo con voz grave, pero sin cólera; no adoreis un polvo que es mil veces mas polvo que el que ensucia vuestros hermosos cabellos, y que volverá mas ligero é impalpable al primer soplo de Otoño. No forméis un juicio equivocado acerca de la pobre criatura que teneis delante de vos, pues no es mas que la sombra de la juventud, la sombra de la belleza, la sombra del amor que debeis quizá sentir é inspirar algun dia, cuando esa sombra haga mucho tiempo que haya desaparecido. Conservad vuestro corazon para las que deben vivir, y no deis á la muerte mas que lo que se da á los moribundos: ¡una mano dulce para sostenerlos en el último paso de la vida, y una lágrima para llorarlos!...»

El acento grave, reflexivo y resignado con que pronunció estas palabras, me hizo temblar hasta en lo íntimo de mi corazon. Sin embargo, al levantar los ojos hácia ella, al ver los tintes matizados del sol poniente que iluminaba aquel rostro, en donde la juventud de las facciones y la serenidad de la espresion resplandecian cada vez mas, como si se hubiese levantado un nuevo sol en aquel corazon, no pude creer que la muerte estuviese oculta bajo aquellos brillantes

síntomas de vida. Y además, ¿qué me importaba? ¡Si aquella angelical aparición era la muerte, enhorabuena; la muerte era lo que yo adoraba! Quizá en eso mismo existía el amor inmenso y completo de que me sentía sediento: quizá Dios no me mostraba un resplandor próximo á extinguirse sobre la tierra, sino para hacérmelo perseguir, guiado por ese rayo, hasta la tumba y hasta el cielo.

—«No esteis tan pensativo, me dijo, y escuchadme.»

Díjome esto, no con el acento de una amante que da un tono serio á sus palabras, sino con la espresion de una madre joven todavía ó de una hermana de mas edad y reflexion que tratan de persuadir á un hermano ó á un hijo:—«No quiero que os dejéis llevar de una vana apariencia, de una ilusion, de un sueño: quiero que sepais á quién entregais tan temerariamente un alma que yo no podria retener sino engañándola. La mentira la he tenido siempre por tan odiosa é imposible, que ni aun querria la suprema felicidad del cielo, si fuera preciso engañar al cielo para conseguirla. La felicidad adquirida de ese modo, no seria para mí felicidad, sino remordimiento.»

Al hablar así, tenia impreso un candor tan grave en sus labios, tal sinceridad en

su acento, y tal pureza en sus ojos, que creí ver á la verdad inmortal sentada bajo aquella forma pura, en preseneia del sol, abriendo su voz al oído, su mirada á los ojos, su alma al corazón. Recostéme á sus pies, á orillas del haz de heno, con la cabeza apoyada sobre mi mano derecha, el codo en tierra, y mis ojos fijos en sus labios, de los que no quería perder ni una inflección, ni un movimiento, ni un suspiro.

XIX.

—«He nacido, dijo, cerca del país de Virginia, pues la imaginación del poeta ha hecho una patria á su ensueño en una de las islas del trópico. Debeis conocerlo en el color de mis cabellos, en mi cutis, mas descolorido que el de las mujeres de Europa, y en mi acento, que nunca he podido desterrar de mis labios. Gústame conservar ese acento, porque es el único recuerdo que he traído del cielo de mi infancia, y me trae á la memoria no sé qué de lastimero que canta en las brisas del mar, durante las horas calurosas, debajo de los cocoteros. Debeis conocerlo especialmente en esa indolencia incorregible de mis maneras y mi andar, que

nada tiene de la vivacidad de las francesas y que revela en el alma de las criollas un abandono y un carácter algo salvaje, incapaz de fingir ni ocultar nada.

«El nombre de mi familia es““, y Julia el mio. Mi madre pereció en el naufragio de una chalupa en que huia de Santo-Domingo, cuando la época del asesinato de los blancos. Arrojáronme las olas á la playa, en donde fuí hallada y criada por una negra, que me entregó á mi padre algunos años despues. Mi padre, despojado de sus bienes, proscripto y enfermo, me llevó á Francia á la edad de seis años con una hermana de mas edad que yo, y murió á poco tiempo de su regreso, en Bretaña, en casa de unos pobres parientes que nos habian recogido. Recibí allí una educacion adoptiva, hasta la muerte de aquella segunda madre que el destierro me habia dado. A los doce años se encargó el gobierno de mirar por mi suerte, como huérfana de un criollo que habia prestado servicios á la patria, y fui educada en todo el esplendor del lujo y en todas las amistades escogidas de aquellas casas suntuosas, en donde el estado recoge á las hijas de los ciudadanos muertos por su amor al pais. Crecí allí en edad, en talentos precoces y tambien, segun decian, en eso que entonces llamaban belleza. Gracia triste y gra-

ve, que no era mas que la flor de una planta de los trópicos abriéndose por algunos dias bajo un cielo extranjero. Como quiera que fuese, esa belleza y esos talentos inútiles no lisonjeaban á ningunos ojos ni á ningun cariño fuera del recinto en que me hallaba encerrada. Mis compañeras, con quienes habia anudado esas amistades de infancia, que llegan á formar como un parentesco del corazon, se marchaban una tras otra para volver á casa de sus madres á seguir á sus esposos. Ninguna madre me llamaba, ninguna pariente venia á visitarme: ningun jóven oia hablar de mi en el mundo ni me pedia en matrimonio. Teníame triste esas partidas sucesivas de todas mis amigas, ese abandono del mundo entero, y esa viudez eterna del corazon antes de haber amado. Lloraba con frecuencia en secreto, y reconvenia interiormente á la negra por no haberme dejado sepultada en las olas de mi primera patria, menos crueles que las del mundo en que habia sido arrojada.

„Un hombre célebre, y ya de edad, venia de vez en cuando á visitar en nombre del emperador la casa nacional, é informarse de los progresos que las alumnas hacian en las ciencias y en las artes, enseñadas por los primeros profesores de la capital. Presentábanme siempre á él como el modelo mas

completo de la educacion dada á aquellas huérfanas, y aquel caballero me trataba desde mi infancia con una predileccion particular.—¡Cuánto siento, decia algunas veces en voz bastante alta para que yo lo oyese, no tener un hijo!

“Un dia me llamaron al salon de la superiora, en donde hallé al ilustre anciano que me estaba esperando. Parecia tan turbado como lo estaba yo misma.—Señorita, me dijo al fin; los años corren para todos, largos para vos, cortos para mí. Teneis en la actualidad diez y siete años, y dentro de algunos meses llegareis á la edad en que esta casa debe entregaros al mundo; pero el mundo no tiene casa en donde recibiros, y os hallais sin patria, sin casa paterna, sin bienes y sin parientes en Francia. La tierra en que nacisteis está ocupada por los negros. Esa absoluta carencia de existencia independiente y de toda proteccion, me tiene inquieto hace muchos años respecto de vuestra suerte. La vida que una jóven se gana con su trabajo, es una vida llena de asechanzas y amarguras. Los asilos aceptados en casa de las amigas, son precarios y humillantes para la dignidad del alma. La estremada belleza de que la naturaleza os ha dotado, es un resplandor que hace traicion á la oscuridad de la suerte, y atrae al vicio como el

brillo del oro incita al hurto. ¿En dónde pensais guareceros contra esas tristezas y esos peligros de la vida?—No lo sé, le dije; y hace algun tiempo que solo en Dios ó en la muerte es donde veo quien pueda salvarme de mi destino.—¡Oh! replicó el anciano con una sonrisa triste é indecisa; todavía habria otro medio de salvacion, en el cual he pensado, pero que apenas me atrevo á proponeros.—Hablad, caballero, le dije: vuestra mirada y acento han sido siempre tan paternales para mí, que creeré obedecer á mi padre obedeciéndeos.—¡Un padre! exclamó: ¡oh, feliz mil veces el que tuviera una hija como vos! Perdonad si algunas veces me he atrevido á concebir semejante sueño. Escuchadme, añadió con voz mas grave y mas tierna, y respondedme con toda la libertad y toda la reflexion de vuestro corazón.

«Toco ya á los últimos años de mi vida, y no puede tardar en abrirse para mí el sepulcro: no tengo parientes á quienes dejar mi única herencia, la modesta reputacion de mi nombre, y los pocos bienes que mi trabajo me ha procurado. He vivido solo hasta ahora, embebido únicamente en esos estudios que han gastado é ilustrado mi existencia. Llego al término de mi vida, y conozco con dolor que no he principiado á

vivir, puesto que no he pensado en amar. Es ya demasiado tarde para volverme atrás y emprender el camino de la felicidad, en vez del de la gloria que por desgracia elegí; y sin embargo, no quisiera morir sin haber dejado en una memoria despues de mí esa prolongacion de nuestra ecsistencia en la ecsistencia de otro, á que se da el nombre de sentimiento, única inmortalidad en que creo. Ese sentimiento no puede ser otro que un poco de reconocimiento, y conozco que de quien quisiera obtenerlo es de vos. Pero para eso, añadió con mas timidez todavia, seria preciso que tuviéseis el valor de aceptar á los ojos del mundo, y para el mundo solamente, el nombre, la mano y el cariño de un anciano que seria solo un padre con el título de esposo, y que no pediria, á ese título, otra cosa que el derecho de recibiros en su casa y amaros como á su hija.

«Calló al decir esto, y se retiró, sin querer oir por aquel dia mi respuesta, que la tenia ya en los labios. Era aquel el único hombre que entre los que visitaban la casa habia manifestado hácia mí un sentimiento distinto de esa admiracion frívola y casi insolente que se revela por medio de miradas y exclamaciones, y que es tanto una ofensa como un homenaje á la inocencia y á la timidez. No conocia yo el amor: no sentia en

mí mas que el vacío de todo cariño de familia, y me parecia cosa muy dulce hallarlo al lado de un padre, cuyo corazon me habia adoptado con tanta generosidad. Encontraba un asilo honroso y seguro contra la incertidumbre de la ecsistencia en que me iba á ver lanzada dentro de algunos meses; un nombre que daria cierto prestigio á la mujer á quien iba á servir de diadema; unos cabellos encanecidos, pero encanecidos bajo la fama, que rejuvenece todos los dias á sus favoritos; unos años que casi quintuplicaban el número de los míos; pero unas facciones puras y majestuosas, que inspiraban el respeto del tiempo sin los disgustos de la vejez; un rostro, en fin, en que el genio y la bondad, estas dos bellezas de la edad, atraian hasta las miradas y el cariño de los niños...

.....
.....
«El dia en que debia salir para siempre del colegio de las huérfanas, entré en casa de mi marido, no como muger, sino como hija suya. El mundo le llamaba esposo; pero él no quiso nunca que yo le diese otro nombre que el de padre, y obtuvo de mí todo el respeto, toda la piedad y todas las atenciones de tal. Hizo de mí el centro radiante y adulado de una sociedad numerosa y escogida, compuesta de la flor de esos an-

cianos célebres en las letras, en la filosofía y en la política, que habian sido el brillo del último siglo y habian logrado escapar al hacha de la revolueion y á la esclavitud voluntaria del imperio. Eligiome amigas y consejeras entre las mugeres célebres de aquella época por su mérito y por sus talentos. Animóme él mismo á estrechar esos vínculos de corazon ó de entendimiento propios para distraer y dar variedad á mi vida monótona en la casa de un anciano. Lejos de mostrarse severo ó celoso de mis relaciones buscaba con complaciente cuidado todos los hombres notables cuya sociedad podia tener algun atractivo para mi. Se habria tenido por dichoso si yo hubiese preferido á alguno entre todos ellos, y su preferencia habria seguido á la mia inmediatamente. Veíame hecha el idolo y el culto de aquella casa, y quizá esa idolatría general de que era objeto fué lo que me salvó de todo sentimiento de predileccion. Me encontraba demasiado feliz y demasiado lisonjeada para sentir mi propio corazón, y luego habia una paternidad tiernísima en las relaciones de mi marido conmigo, aunque su ternura se limitaba solo á estrecharme algunas veces contra su corazon y besarme en la frente apartando con la mano mis cabellos. Habria yo temido quitar algo á mi felicidad tocando á ella,

aun cuando fuese para completarla; y sin embargo, mi marido solia reconvenirme á veces chanceándose por mi indiferencia, y me decia que cuanto mas dichosa fuese yo, mas lo seria él con mi felicidad.

»Una sola vez creí amar y ser amada. Un hombre de reputacion ilustre por el genio, poderoso por el alto favor de que gozaba con el jefe del gobierno, seductor por la gloria que le rodeaba y por su presencia, bien que hubiese ya pasado la edad madura, pareció aficionarse á mí con un fuego que me engañó á mí misma. Sentíame embriagada, no de orgullo, sino de reconocimiento y admiracion. Améle algun tiempo, ó mas bien amé la ilusion que me hacia yo misma bajo su nombre, é iba á ceder á un sentimiento, que me pareció una ternura apasionada del alma, y no era en él mas que un delirio de los sentidos. Su amor se me hizo odioso asi que conocí la naturaleza de él; me avergoncé de mi error, me recogí en mí misma, y me encerré mas que nunca en la monotonia de mi fria felicidad.

La mañana la dedicaba á estudios serios y á lecturas agradables en la biblioteca de mi marido, á quien me complacia en servir de discípula; la tarde á paseos solitarios en los grandes bosques de Saint-Cloud ó de Meudon con él, y por la noche un corto nú-

mero de amigos, la mayor parte graves y ya de edad, hablaban de todo en la libertad que infunde la confianza. Todos aquellos corazones frios, pero indulgentes, parecían arrastrados hácia mi juventud por aquella pendiente que hace volver á bajar el sentimiento del corazon de los ancianos como el agua de las cimas cubiertas de nieve. Ahí tenéis toda mi vida: juventud anegada bajo aquella nieve de cabellos blancos, atmósfera templada con esos hálitos de ancianos, que si bien me conservaba concluyó por hacerme caer en languidez. Habia demasiados años entre aquellas almas y la mia. ¡Oh! ¡Cuánto habria dado por tener un amigo ó una amiga de mi edad para dar algun calor con su contacto á mis pensamientos que se congelaban en mí como el rocío de la mañana sobre una planta próxima á los hielos de aquellas montañas!

» Mi marido me miraba muchas veces con tristeza, y parecia alarmarse de la languidez de mi voz y de la palidez de mis facciones. Habria querido á toda costa infiltrar aire á mi alma y movimiento á mi corazon, y no cesaba de convidarme á todas las diversiones agradables propias para arrancarme de mi melancolía. Me confiaba á las mujeres de su sociedad, y me obligaba tiernamente á que me presentára en las fiestas, en los bai-

les y en los teatros. El brillo de mi juventud y de mi figura podia darme á mi misma la alegría y el orgullo de la embriaguez que esparcia en torno mio. Al dia siguiente entraba en mi habitacion cuando yo despertaba. Me hacia referir la impresion que yo habia producido, las miradas que habia traído hasta los corazones que parecia que yo habia conmovido.—Y vos, ¿no sentís nada, me decia con un tono de dulce interrogacion de todo lo que inspirais alrededor vuestro? ¿Vuestro corazon de veinte años ha nacido viejo como el mio? ¡Oh! ¡Cómo deseo veros preferir entre todos estos adoradores un ser de una naturaleza superior, que completára un dia con un puro amor vuestra felicidad, y que despues de mi muerte continuára mi ternura rejuveneciéndola á vuestro lado!—Vuestra amistad me basta, le respondia yo: yo no sufro; yo no deseo nada; yo soy feliz.—Sí, reponia él, ¡pero envejeceis á los veinte años! ¡Oh! ¡Pensad que teneis que cerrar-me los ojos! ¡Animaos, amad, vivid á todo trance, para que yo no tenga que sobreviviros!—Hacia venir médico sobre médico; todos, despues de haberme fatigado con preguntas, convinieron en decir que yo estaba amenazada de espasmos en el corazon. Los primeros síntomas de esta afeccion se habian revelado.—Necesitaba, decian, un

fuerte sacudimiento en mi vida, un largo cambio en mis hábitos sedentarios, un cambio completo de aire y de cielo para dar á mi naturaleza oriental, pero resfriada bajo estas brumas de Paris, la expansion y la energía que necesitaba para revivir. Mi marido no dudó en sacrificar á la esperanza de conservarme la alegría de tenerme siempre á su lado. No pudiendo, por su edad y sus funciones, acompañarme, me confió á una familia extranjera, que llevaba dos hijas casi de mi edad á Italia y á Suiza. Dos años he viajado con esta familia, he visto estas montañas y estos mares que me han recordado los de mi infancia; he respirado estos aires templados y fuertes de las olas y de los hielos; nada ha podido volverme esa juventud herida en mi corazon, aunque en mi fisonomía se engañan algunas veces todavía mis propios ojos. Los médicos de Ginebra me han enviado aquí por última tentativa de su arte; me han prescrito que prolongue aquí mi residencia hasta que haya un rayo de sol en este cielo de otoño, despues del cual iré á reunirme á mi marido. ¡Ay! ¡Hubiera querido yo tanto volverle su hija restablecida, jóven, brillante de porvenir! ¡Pero, lo conozco, no volveré mas que para entristecer sus últimos dias, y quizás para morir en sus brazos! ¡Me es

igual, continuò ella con una resignacion que tenia casi el acento de la alegría; y no dejaré la tierra ya sin haber entrevisto á este hermano tan deseado! ¡Este hermano del alma, á quien mi instinto enfermizo me habia hecho soñar en vano hasta este dia, y cuya imágen, anticipada por mi ideal, me habia desencantado de antemano de todos los seres reales! ¡Sí, dijo acabando, y cubriéndose los ojos con sus largos dedos sonrosados, á traves de los cuales vi filtrarse una ò dos lágrimas; sí, el sueño de todas mis noches se ha encarnado en vuestro rostro, esta mañana cuando desperté!... ¡Oh! ¡Si no fuera demasiado tarde para vivir todavía! ¡Ah! ¡Yo querria vivir ahora siglos, para prolongar el sentimiento de esta mirada que lloraba sobre mí, de estas manos cruzadas que oraban por mí, de esta alma que tenia piedad de mí, y de esta voz, añadiò descubriendo de repente sus ojos levantados al cielo; de esta voz que me ha llamado su hermana!... ¿Y que no me quitará ya este dulce nombre, prosiguió ella, con una mirada y un acento de tierna ansiedad, ni durante mi vida ni despues de mi muerte?»

.
.

XX.

Cayó mi cabeza inundada de felicidad á sus pies, y mi boca se pegó á ellos sin poder articular una palabra. Oí los pases de los barqueros que venian á decirnos que el lago estaba sereno y que todavía quedaba el tiempo preciso de día para volver á la orilla de Siboya. Levantámonos para seguirles, y ella y yo caminábamos con paso vacilante como en la embriaguez. ¡Oh! ¡Quién podría describir lo que experimentaba al sentir el peso de su cuerpo flexible, pero agobiado por los padecimientos, apoyado deliciosamente sobre mí como si ella se hubiese complacido involuntariamente en sentir y hacerme sentir á mí mismo que yo seria en adelante la única fuerza de su languidez, la única confianza de su debilidad, el único punto de apoyo de su desprendimiento de la tierra! ¡Todavía oigo, despues de pasados veinte años, desde aquel momento, el ruido de las hojas secas que crugian al estrujarse bajo nuestros pies; todavía veo nuestras dos largas sombras confundidas en una sola, que el sol de poniente proyectaba hácia la izquierda sobre la yerba del vergel, como un

movible sudario que seguia á la juventud y al amor para sepultarlos antes de tiempo! ¡Todavía siento el dulce calor de su hombro contra mi corazon, y el latido de uno de los rizos de sus cabellos que el viento del lago empujaba hácia mi rostro, y que mis lábios se esforzaban en retener para tener tiempo de besarlo! ¡Oh tiempo! ¡Cuántas eternidades de goces del alma sepultas en un minuto semejante; ó mas bien, cuán impotente eres para sepultar y para hacer olvidar!

XXI.

El crepúsculo de la tarde era tan tranquilo y templado, como borrascoso y glacial habia sido el dia antes sobre el agua. Las montañas flotaban en un ligero matiz de color violeta que las agrandaba y alejaba haciéndolas desaparecer: no podia decirse si eran montañas ó si eran grandes sombras movibles, y como de vidrio, á traves de las cuales se trasluciese el cielo ardiente de Italia. El azul celeste estaba sembrado de pequeñas nubes purpúreas, semejantes á las plumas ensangrentadas que se desprenden del ala de un cisne destrozada por las águilas. El viento habia caido con el dia.

Las olas prolongadas y anacaradas no arrojaban mas que una lijera cinta de espuma al pie de las rocas de donde pendian las hojas mojadas de las higueras. Las pequeñas humaredas de las cabañas elevadas, dispersas sobre los costados del monte de Chat, subian por uno y otro lado, y escalaban la montaña para elevarse, mientras que las cascadas se precipitaban en los barrancos como vapores de agua. Las olas del lago eran tan transparentes, que, al inclinarnos fuera de la barca, veíamos la sombra de los remos y nuestros rostros que nos miraban; y estaban tan templadas, que al mojar en ellas las puntas de los dedos para oír el murmullo que hacian al surcarlas nuestras manos, no sentíamos mas que las caricias del ligero y voluptuoso estremecimiento del agua. Una pequeña cortina, como en las góndolas de Venecia, nos separaba de los barqueros. Estaba ella recostada sobre uno de los bancos de la barca que le servia de cama, con el codo apoyado sobre la almohada, el cuerpo resguardado con chales de la humedad de la tarde, mi capa plegada en muchos dobleces alrededor de sus pies; el rostro, ora en la sombra, ora iluminado y deslumbrado por los últimos reflejos sonrosados del sol, suspendido en la cima de los abetos negros de la gran Cartuja. Me ha-

llaba reclinado sobre un montón de redes estendidas en el fondo de la barca, con el corazón henchido, la boca muda, y los ojos fijos en los suyos. ¿Qué necesidad teníamos de hablarnos, cuando el sol, la noche, las montañas, el aire, las aguas, los remos, el movimiento voluptuoso de la barca, la espuma lijera del surco que nos seguía murmurando, nuestras miradas, nuestro silencio, nuestras respiraciones, nuestras almas suspensas de consuno, hablaban tan divinamente por nosotros? Mas bien parecía que temiésemos instintivamente que el menor ruido de voces ó de palabras viniese á alterar la armonía y el encanto de semejante silencio. Creíamos deslizarnos desde el azul del lago al azul del horizonte elevado del cielo sin ver las riberas que acabábamos de dejar, ni aquellas á que nos dirigíamos.

En esto oí que se exhalaba de sus labios una respiración mas fuerte y prolongada que las otras, como si su pecho, oprimido por un peso invisible, hubiese devuelto en un solo hálito toda la aspiración de una larga vida. Turbéme al punto.—«¿Sufrís? le dije con tristeza.—No, dijo Julia; no ha sido un pesar sino un pensamiento.—¿Pues en qué pensais de esa manera? repliqué.—Pensaba, me respondió, en que si Dios paralizase en este instante toda la naturaleza; si ese

sol permaneciese así con su disco medio oculto detras de esos abetos que se asemejan á pestañas del párpado del cielo, si esa luz y esa sombra permaneciesen así confundidas é indecisas en la atmósfera; ese lago en la misma limpidez; esa atmósfera en la misma agradable temperatura; esas dos orillas eternamente á la misma distancia de la barca; ese mismo rayo de luz etérea sobre vuestra frente; esa misma mirada de vuestra compasion en mis ojos, esta misma posesion de alegría en mi corazon, comprenderia al fin lo que no he llegado á comprender desde que pienso y medito. = ¿El qué? le pregunté con ansiedad. = La eternidad en un minuto y lo infinito en una sensacion; exclamó reclinándose sobre la orilla de la barca como para mirar el agua y evitarme el embarazo de una respuesta. Tuve la torpeza de contestar con una de esas trivialidades de vulgar galanteria que se encontró impertinentemente en mis labios en vez de las castas é inefables adoraciones de que se hallaba inundado mi corazon. Era el sentido que no me bastaria semejante felicidad si no era la promesa y el gusto anticipado de otra felicidad. Comprendíome demasiado bien, y se sonrojó mas por mí que por ella misma. Volviose con el rostro alterado por la emocion de una santidad profa-

nada y con un acento tan tierno, pero mas penetrante y solemne que el que habia oido hasta entonces en sus labios:— «Me habeis hecho mucho mal, me dijo en voz baja: acercaos mas y escuchadme. No sé si lo que siento hácia vos y lo que pareceis sentir hácia mí es eso que se llama amor en el idioma pobre y confuso del mundo, en donde las mismas palabras sirven para espresar cosas que no se asemejan mas que en el sonido que producen en los lábios del hombre: no quiero saberlo; y vos, ¡oh! os lo suplico, ¡no lo sepais jamás! Pero sí sé que es la suprema y la mas completa felicidad que el alma de un ser viviente puede aspirar del alma, de los ojos, de la voz de otro ser que se le asemeja, que le faltaba y que se completa al encontrarle. Al lado de esa felicidad sin límites, de esa aspiracion mutua de los pensamientos por los pensamientos, de los sentimientos por los sentimientos, del alma por el alma, que los confunde en una existencia sola é indivisible, y que los hace tan inseparables como el rayo de ese sol que se pone y el rayo de esa luna que aparece cuando se encuentran en el mismo cielo para remontarse confundidos en ese mismo éter, ¿hay otra felicidad, torpe imagen de aquella, tan distante de la union inmaterial y eterna de

nuestras almas, como distante está el polvo de esas estrellas y el minuto de la eternidad? No lo sé, ni quiero saberlo, ¡ay! ni puedo saberlo nunca, añadió con un acento de desdenosa tristeza, cuyo sentido enigmático no comprendí al pronto. Pero, continuó con su abandono de postura, de acento y de confianza que parecía entregarla toda á mí: ¿qué me importan las palabras?... ¡Os amo! La naturaleza entera lo diría por mí si yo no lo dijese, ó mas bien dejadme que lo diga en voz alta la primera; dejadme que lo diga por los dos: ¡uno y otro nos amamos!

—» ¡Oh, decidlo; decidlo otra vez; repetidlo mil veces! exclamé levantándome como un insensato y recorriendo á largos pasos la barca que resonaba y zozobraba bajo mis pies. ¡Digámoslo ambos á dos; digámoslo á Dios y á los hombres, al cielo y á la tierra! ¡Digámoslo á los elementos mudos y sordos! ¡Digámoslo eternamente, y que toda la naturaleza lo repita con nosotros!...» Caí de rodillas delante de ella sobre los tablones de la barca, con las manos juntas y el rostro cubierto por mis cabellos. —«Serenaos, me dijo poniendo su dedo sobre mis labios, y dejad que concluya de hablaros sin interrumpirpe.» Volvime á sentar y callé.

«Ya os lo he dicho, ó mas bien, no os lo he dicho, sino que os lo he gritado desde lo íntimo

íntimo de mi alma al reconoceros: ¡os amo, y os amo con todo el ardor, con todas las ilusiones, con todas las impacencias de una vida estéril de veinte y ocho años, pasada en mirar sin ver y en buscar sin hallar lo que su naturaleza le habia revelado por un presentimiento de que érais vos el misterio! Pero ¡ay! os he conocido y amado demasiado tarde, si comprendéis el amor como el resto de los hombres lo comprenden, y como parecíais comprenderlo vos mismo hace poco en esa frase profana y ligera que me habeis dicho. Escuchadme aun, prosiguió, y comprendedme bien: soy vuestra, me entrego á vos, y os pertenezco como á mí misma, y esto lo puedo decir sin privar de nada á ese padre adoptivo, que no ha querido ver nunca en mí mas que una hija. Nada hay que me impida ser enteramente vuestra, y solo retengo de mí lo que vos mismo me mandais que guarde. No os admire este lenguaje, que no es el de las mujeres de Europa: ellas aman tibiamente, se sienten amadas del mismo modo, y temerian perder los deseos que inspiran, confesando un secreto que ellas quieren que se les arranque. Yo no me asemejo á ellas, ni en patria, ni en corazon, ni en educacion. Educada por un marido filósofo en el seno de una sociedad de espíritus libres; desnudos de las creen-

cias y de las prácticas de la religion que han minado, no tengo ninguna de las supersticiones, ninguna de las debilidades de ánimo, ninguno de los escrúpulos que hacen doblar la frente de la generalidad de las mujeres ante otro juez que su conciencia. Su Dios de la infancia no es el mio. Yo no creo mas que en el Dios invisible que ha escrito su símbolo en la naturaleza, su ley en nuestros instintos, su moral en nuestra razon. La razon, el sentimiento y la conciencia son mis únicas revelaciones. Ninguno de esos tres oráculos de mi vida me impedirian ser vuestra: mi alma toda entera se precipitaria en vuestros brazos, si solo pudiéseis ser feliz á ese precio. ¿Pero habríamos de encadenar vuestra felicidad y la mia á esa fugitiva embriaguez, cuya privacion voluntaria da mil veces mas goces al alma que los que da su satisfaccion á los sentidos? ¿No creeremos mejor en la inmaterialidad y en la eternidad de nuestro amor cuando permanezca elevado á la altura de un pensamiento puro, en las regiones inaccesibles al cambio y á la muerte, que si descendiese á la abyecta naturaleza de las sensaciones vulgares degradándose y profanándose en indignos placeres?... Además, continuó, despues de un corto silencio y ruborizándose como una me-

jilla aprocsimada al fuego; que si en un momento de incredulidad y de delirio ecsigié-
seis esa prueba de mi abnegacion, tened por
cierto que ese sacrificio, no solo seria el de
mi dignidad, sino tambien el de mi ecsis-
tencia; que mi alma puede, á lo que dicen,
exhalarse en un solo suspiro; que al arreba-
tarme la inocencia de mi amor me habríais
arrebataado al propio tiempo la vida, y que
creyendo tener vuestra felicidad en vuestros
brazos, solo habríais poseido una sombra y
quizá os encontraríais con la muerte!...»

Permanecimos largo tiempo sin poder uno
ni otro articular una palabra. Al fin, con
un suspiro arrancado de lo hondo de mi pe-
cho:—Os he comprendido, le dije, y mi co-
razon ha hecho el juramento de la eterna
inocencia de mi amor, antes de que hayais
acabado de pedírmelo.

XXII.

Aquella resignacion pareció colmarle de
felicidad y redoblar el encantador abandono
de su ternura. La noche habia caido sobre
el lago, en el que se miraban las estrellas
del firmamento: el profundo silencio de la

naturaleza adormecía la tierra. Los vientos los árboles, las olas, dejaban oír en nosotros las fugitivas impresiones del sentimiento ó del pensamiento que hablan en voz baja en los corazones felices. Los barqueros dejaban oír de vez en cuando esos cánticos halagüeños y monotonos que se asemejan á las ondulaciones acompasadas de las olas sobre las playas. Aquello me hizo pensar en su voz, que resonaba continuamente en mi oído.—«¡Ah! si marcáseis para mi esta noche deliciosa con algunos acentos arrojados á esas olas y á esas sombras para que quedasen eternamente llenas de vos!» le dije. Hice señal á los barqueros de que callasen y ensordeciesen el ruido de sus remos, de los que caían las gotas como un acompañamiento musical en pequeñas notas argentinas sobre el agua. Cantó Julia aquella balada escocesa, marítima y pastoril á la vez, en que una jóven, de quien su amante, pobre marinero, se habia separado para ir á buscar fortuna á las Indias, cuenta que sus padres cansados de esperar el regreso del jóven, la habian obligado á casarse con un anciano, á cuyo lado seria dichosa, si no pensára en el que fué su primer amor. Dicha balada principia así:

«Cuando están en el aprisco
recogidos los corderos
y yace el mundo en reposo
entregado á dulce sueño,
yo las penas de mi vida
repaso en mi pensamiento
de mi anciano y buen esposo
junto al pacífico lecho.»

Tras de cada estrofa hay un largo estrivillo, cantado en notas vagas y sin palabras que mece el alma en las olas de tristeza infinita, y hace subir á los ojos las lágrimas de la voz: luego vuelve á continuar la narracion en la estrofa siguiente, con el acento sordo y lejano de un recuerdo que lamenta lo pasado, sufre y se resigna. Si las estrofas griegas de Safo son el fuego mismo del amor, aquellas notas escocesas son las lágrimas mismas de la vida y la sangre de un corazon herido de muerte por el destino: ¡No se quien escribió aquella música; pero sea quien sea, bendito sea mil veces por haber hallado en unas pocas notas ese infinito de la tristeza humana en el gemido melodioso de una voz! Desde aquel dia no me ha sido posible oir los primeros compases de aquella cancion sin huir como un hombre perseguido por una sombra; y cuando sien-

ta en mi la necesidad de abrir mi corazón por una lágrima, me canto interiormente á mí mismo aquel aire lastimero, y me siento próximo á llorar... ¡Yo que nunca lloro!

XXIII.

Llegamos al pequeño muelle de la lengua de tierra que se adelanta en el lago, y en donde se amarran los barcos: es aquel el puerto de Aix, que está situado á media legua de la ciudad. Era mas de media noche, y no habia ya en el muelle carruaje ni asnos para conducir á los viajeros á la ciudad. El camino era demasiado largo para que una pobre mujer enferma lo hiciese á pie ... Despues de haber llamado inútilmente á las puertas de dos ó tres cabañas inmediatas al lago, propusieron los barqueros trasportar á la dama á Aix. Sacaron alegremente sus remos de los anillos que los sujetaban á la barca, los ataron juntos con las cuerdas de sus redes, colocaron encima de esas cuerdas una de las almohadas del barco , y formaron así una camilla flexible y flotante, sobre la cual hicieron acostar á la extranjera. Luego cuatro de entre ellos hicieron descansar cada cual sobre su hombro uno de los extremos de los

remos, y se pusieron en camino, sin imprimir al palanquin mas movimiento que el de sus pasos. Quise disputarles el placer de llevar una parte de aquella dulce carga; pero todos me rechazaron con obsequiosa solicitud.

Iba yo al lado de la camilla, con mi mano derecha en las manos de la enferma, á fin de que pudiera apoyarse y agarrarse á mí en los sacudimientos del camino, y la impedía que se escurriese de la estrecha almohada en que estaba acostada. ¡Caminamos así en silencio, á la claridad de la luna llena, bajo la larga arboleda de álamos. ¡Ay, cuán corta me pareció esa arboleda, y cuánto deseaba que me hubiera conducido así hasta al último paso de nuestras dos vidas! Ella no me hablaba, y yo no despegaba mis labios; pero sentia todo el peso de su cuerpo suspendido con confianza de mi brazo; sentia sus frias manos que rodeaban la mia, y de vez en cuando una involuntaria presion, un hálito mas ardiente sobre mis dedos, me hacian comprender que habia aproximado sus labios á mis manos para calentarlas. ¡No; jamás silencios como aquellos contuvieron tan mudas expansiones! Habíamos gozado de un siglo de felicidad en una hora. Cuando llegamos á casa del anciano médico, y pusimos á la enferma sobre el um-

bral de su cuarto, un mundo entero se desplomó entre nosotros. Sentí mi mano empapada en lágrimas, y enjugándola con mis labios y mis cabellos, fui á arrojarme vestido sobre mi lecho.

XXIV.

Por mas vueltas que dí en la almohada, no pude dormir. Los mil incidentes de aquellos dos dias se reproducian en mí con tal fuerza y tal reaccion de impresiones, que no podia creer que hubiesen terminado: volvía á ver y oír todo lo que habia visto y oído el día antes. La fiebre de mi alma se habia comunicado á mis sentidos, y me levanté y volví á echarme veinte veces, sin poder hallar la tranquilidad. Renuncié al fin al reposo, y traté de engañar con la agitacion de mis pasos la agitacion de mis pensamientos. Abrí la ventana, hojeé libros sin comprenderlos, dí pasos precipitados por mi cuarto, y quité y puse mi mesa y mi silla en diferentes puntos, para hallar un buen sitio y terminar la noche sentado ó de pie. Todo ese ruido se hizo oír en la sala inmediata. Mis pasos debieron turbar á la pobre enferma, que sin duda no oía mas que yo. Oí el ruido de unos

pies ligeros que se acercaban á la puerta de encina, cerrada con dos cerrejos, y que separaba su cuarto del mio: pegué mi oído al tabique, y oí una respiración contenida y el roce de un vestido de seda contra la pared. El resplandor de una luz filtraba á través de las rendijas de la puerta y por debajo de las hojas hasta el suelo de mi cuarto. Era ella, que estaba allí, con el oído también á pocas líneas de mi frente, y podía oír latir mi corazón.—“¿Estais enfermo? me dijo por lo bajo una voz, que habria reconocido en un solo suspiro.—¡No, respondí; pero soy demasiado feliz! El exceso de la felicidad es tan calenturiento como el exceso de la angustia. Esa fiebre es la de la vida: no la temo ni la huyo, y velo para gozar de ella.—Jóven, me dijo: retiraos á dormir mientras que yo velo: á mi es á quien toca ahora velar por vos.—Pero vos misma, le dije por lo bajo, ¿por qué no dormís?—Yo, me replicó, no quiero dormir mas, para no perder un minuto del sentimiento de felicidad de que me hallo inundada. Tengo poco tiempo para saborear mi alegría, y no quiero perder una sola gota de ella por el olvido en el sueño. He venido á sentarme aqui para otros tal vez, y para sentirme cerca de vos.—¡Oh! murmuré entre mis labios; ¿por qué tan separados todavia? ¿Por qué esta pared entre

ambos?—Es esta puerta la que se interpone entre nosotros, y no nuestra voluntad y nuestro juramento, me dijo. Mirad; si vuestro paso se halla detenido solo por ese obstáculo material, podeis salvarlo.» Y oí que su mano descorria el cerrojo por su lado.—«Si, podeis ya hacerlo, continuó, si no hay en vos algo mas fuerte que vuestro amor mismo que domine y subyugue vuestro arrebato: si, podeis salvarlo, continuó con acento á la vez mas apasionado y solemne; no quiero deber nada sino á vos mismo: hallareis en mí un amor igual al vuestro: pero, ya os lo he dicho, ¡en ese amor encontrareis tambien mi muerte!»

El exceso de mi emocion; el impetuoso impulso de mi corazon hácia aquella voz; la violencia moral que me rechazaba, me hicieron caer aniquilado, en la actitud de un hombre herido de muerte, sobre el umbral de aquella puerta cerrada, y oí que ella se sentaba al otro lado sobre el almohadon de un canapé que arrojó en el suelo del aposento. Continuamos parte de la noche hablando en voz baja á traves de las rendijas dejadas por la tosca obra de carpinteria entre el suelo y las hojas de la puerta. Palabras íntimas, desacostumbradas en la lengua ordinaria de los hombres, flotantes como los ensueños de la noche entre el

cielo y la tierra, interrumpidas á veces con largas pausas, durante las cuales se hablan los corazones, tanto mas, cuanto mas se siente la falta de las palabras para espresar conversaciones inesplicables. Al fin las pausas llegaron á ser mas prolongadas, las voces mas apagadas, y me dormí de cansancio, con la mejilla pegada á la pared y las manos juntas sobre mis rodillas.

XXV.

Cuando me desperté, el sol, bastante elevado ya en el cielo, inundaba mi cuarto con reflejos luminosos. Los pitirajos de otoño saltaban y picoteaban, gorjeando, las vides y grosellas bajo mi ventana: toda la naturaleza parecia haberse despertado, engalanado, iluminado y animado delante de mí para festejar el dia de nuestro nacimiento á una nueva vida. Todos los ruidos de la casa me parecian alegres como yo. No oia mas que los ligeros pasos de la doncella, que iba y venia por el corredor para servir el desayuno á su ama; las voces infantiles de las muchachas de la montaña, que traian flores de las orillas de las lagunas; las patadas y las campanillas de las mulas; que

la aguardaban en el patio para conducirla al lago ó al bosque de los abetos. Mudéme mis vestidos, manchados de polvo y espuma, lavé mis ojos, ajados y enrojecidos por el insomnio, peiné mis desordenados cabellos, me puse mis botines de cuero del cazador de gamos de los Alpes, cogí mi escopeta, y bajé á la mesa comun, en donde estaba desayunándose el anciano médico con su familia y sus huéspedes.

Hablóse durante el desayuno de la tempestad en el lago; del riesgo que habia corrido la jóven extranjera; de su desmayo en Haute-Combe; de su ausencia de tres dias, y de la dicha que habia tenido yo en encontrarla y traerla el dia antes. Regué al médico que fuese á pedirle en mi nombre el permiso de informarme acerca de su salud y acompañarla en sus escursiones. Volvió el médico con ella, mas hermosa, mas seductora y mas rejuvenecida por la felicidad de lo que se la habia visto hasta entonces. Deslumbraba á todo el mundo: á nadie miraba mas que á mi, y yo solo comprendia aquellas miradas y aquellas palabras de doble interpretacion. Sus guias la trasportaron con exclamaciones de alegria sobre el sillón de estribo flotante que sirve de silla de montar á las mujeres de Saboya, y yo seguí á pie la mula de ruidosas campanillas

que la conducía aquel día á los castillos mas elevados de la meseta de la montaña.

Pasamos allí el día entero casi sin hablar-nos, pues tanto habíamos llegado ya á comprendernos sin necesidad de palabras, ocupados unas veces en contemplar el resplandeciente valle de Chambery, que parecia abrirse y ensancharse mas á medida que nos íbamos elevando, parándonos otras á orillas de las cascadas, cuyo vapor matizado por el sol nos envolvía en ondulantes arco iris que nos parecían el marco sobrenatural y la aureola de nuestro amor; otras veces cogíamos las últimas flores de la tierra sobre los prados en cuesta de los castillos, y las cambiábamos entre ambos como letras inteligibles para nosotros solos de aquel alfabeto embalsamado de la naturaleza: otras veces recogíamos las castañas olvidadas al pie de los castaños, que mondábamos para cocerlas por la noche al fuego de su hogar; otras veces nos sentábamos bajo los últimos castillos de las montañas, abandonados ya por sus habitantes, y nos decíamos lo felices que serian dos seres como nosotros relegados por su fortuna á una de aquellas cabañas desiertas formadas de algunos troncos y tablas, á la luz de las estrellas, al murmurar del viento en los abetos, al estremecimiento de los hielos y las nieves, pe-

ro separados de los hombres por la soledad y aspirando ellos mismos una vida llena en que rebozaba un mismo sentimiento!

XXVI.

Por la tarde volvimos á paso lento, mirándonos tristemente como si hubiésemos dejado nuestro dominios y nuestra felicidad para siempre tras nosotros. Subió ella á su cuarto, y yo me quedé para comer con la familia y los huéspedes. Despues de comer llamé, como habíamos convenido, á la puerta de su cuarto. Recibiome como á un amigo de la infancia á quien hubiera vuelto á hallar despues de una larga ausencia. Encontrábala comunmente medio recostada sobre un canapé cubierto de lienzo blanco, en el rincon formado antre la chimenea y la ventana: en una mesita de madera oscura, sobre la cual ardia una luz, habia diferentes libros, cartas recibidas ó principiadas á escribir por el dia, una caja de caoba con té que me dió al marcharse y que desde entonces conservé siempre sobre mi chimenea, y dos tazas de porcelana azul y rosa de la China, en las que tomábamos el té á media noche. El anciano médico subia ordinaria-

mente conmigo para hablar con su jóven enferma; pero despues de media hora de conversacion, conociendo aquel amable hombre que mi presencia contribuia mas que sus consejos y sus baños al restablecimiento visible de una salud que tan preciosa era para todos, nos dejaba solos con nuestros libros y nuestras conversaciones. A media noche besaba yo su mano que me alargaba ella por encima de la mesa, y me retiraba á mi cuarto. Nunca me acostaba hasta que no oia ruido alguno en el suyo.

XXVII.

Todavía pasamos cinco largas y cortas semanas en aquella íntima y deliciosa vida: largas, si atiendo á las innumerables palpitaciones de felicidad que contaban en nuestros corazones; cortas, si pienso en la imperceptible rapidez de las horas que las llenaban. Parecia que por un milagro de la Providencia, que no se reproduce un año entre diez, la estacion, cómplice de nuestra felicidad, estaba de acuerdo con nosotros para prolongarla. Todo el mes de octubre, y mas de la mitad de noviembre se asemejaba á una primavera resucitada del invierno,

y que no habia olvidado mas que sus hojas en la tumba. Las brisas eran templadas, las aguas estaban azules, los abetos verdes, las nubes sonrosadas, los soles resplandecientes. Unicamente los dias eran cortos; pero las largas noches junto á las cenizas calientes de su chimenea nos acercaban mas, haciéndonos mas exclusivamente presentes uno á otro, é impidiendo que nuestras miradas y nuestras almas se evaporasen en el esplendor de la naturaleza exterior. Preferíamos á los largos dias del verano, porque nuestro esplendor estaba en nosotros mismos, y lo sentíamos mejor, confinándonos en nuestra morada durante las largas tinieblas de los crepúsculos y de las noches de noviembre, al ruido que hacian al caer las primeras ráfagas de escarcha ó de nieve sobre sus vidrios, y á los gemidos del viento de otoño: aquel viento humedecido parecia recogernos en nosotros mismos y gritarnos: —«Apresuraos á deciros todo cuanto no se hayan dicho todavía vuestros corazones, y todo lo que hayan de decirse antes que el hombre y la mujer mueran, porque yo soy la voz de los malos dias que se acercan y que van á separaros.»

XXVIII.

Visitamos así juntos sucesivamente todas las radas, todas las olas, todas las arenas del lago, todas las cimas, todos los grupos, todos los desfiladeros, todos los valles escondidos, todas las grutas y todas las cascadas engastadas en las hendiduras de las rocas de la Saboya. Vimos mas sitios sublimes ó graciosos, mas soledades misteriosas, mas desiertos encantados, mas casitas suspendidas entre los abismos y las nubes, con sus cornisas salientes de las montañas, mas vergeles, mas aguas espumosas sobre los prados en cuesta, mas bosques de abetos y castaños abriendo á las miradas sus sombrías columnatas y repitiendo el eco de nuestras voces bajo sus bóvedas, que los que se necesitarian para ocultar un mundo de amantes. Dejábamos en cada uno de esos sitios uno de nuestros suspiros, uno de nuestros entusiasmos, una de nuestras bendiciones. Les rogábamos por lo bajo, ó en voz alta, que conservasen el recuerdo de la hora que habíamos pasado juntos, de los pensamientos que nos habian inspirado, del aire que nos habian hecho respirar, de la gota de

agua que habíamos bebido en el hueco de nuestras manos, de la hoja ó de la flor que allí habíamos cogido, de las huellas que nuestras pisadas habian impreso en la yerba húmeda, y que nos devolviesen todo eso algun dia con la partícula de existencia que allí habíamos dejado al pasar y respirar, para no perder nada de la felicidad que rebozaba en nuestros corazones, y volver á hallar todos aquellos minutos, todos aquellos éstasis, todas aquellas emanaciones de nosotros mismos, en ese depósito fiel de la eternidad en donde todo vuelve á encontrarse, hasta el soplo que se acaba de respirar, y el minuto que se cree haber perdido.

Jamas quizas desde la creacion de aquellos lagos, de aquellos torrentes y de aquellos granitos se habian elevado hácia Dios himnos tan tiernos y ardientes desde aquellas montañas. Habia en nuestras almas bastante vida y amor para animar toda aquella naturaleza, aguas, cielo, tierra, rocas y plantas, y para hacerles exhalar suspiros, impulsos, efusiones, voces, gritos, perfumes y llamas capaces de llenar el santuario entero de una naturaleza más vasta y muda todavía que la que nos rodeaba. Aun cuando se hubiese creado un universo para nosotros solos, habríamos bastado ambos para llenarlo, vivificarlo y darle

la voz, la palabra, la bendición y el amor por una ternidad. ¿Y quién ha sentido nunca los límites de su vida, de su fuerza de existir y de amar al lado de una mujer adorada, en presencia de la naturaleza y del tiempo, y bajo las miradas de Dios? ¡Oh, amor! ¡Cuánto te temen los infames y cómo te proscriben los perversos! Tú eres el gran sacerdote de este mundo; el revelador de la inmortalidad, el fuego del altar, y sin tu resplandor no sospecharia el hombre lo infinito.

XXIX.

Aquellas seis semanas fueron para mí un bautismo de fuego que trasfiguró mi alma, purificándola de las manchas con que hasta entonces se habia afeado. El amor fué la antorcha que, abrazándome, me hizo ver con su luz á la naturaleza, á este mundo, á mí mismo y al cielo. Comprendí la nada de este mundo, viendo como desaparecia ante una sola chispa de la verdadera vida, y me avergonzé de mí propio mirándome en lo pasado y comparándome con la pureza y perfección de la que la amaba. Entré en el cielo de las almas, penetrando con ojos y corazón en aquel mar de belleza, sensibilidad,

pureza, melancolía y amor que se entreabría mas y mas á cada momento en los ojos, en la voz y en la conversacion de la celestial criatura que acaba de manifestarse á mí. ¡Cuántas veces me prosterné de rodillas ante ella, con la frente pegada á la yerba en la actitud y en el sentimiento de la adoracion! ¡Cuántas veces la supliqué, como se suplica á un ser de otra naturaleza, que me lavase en una de sus lágrimas, que me abrasase en una de sus llamas, que me aspirase en una de sus respiraciones, para que no quedase de mí en mí propio mas que el agua purificadora con que me hubiese lavado, el fuego celeste en que me hubiera consumido, el nuevo soplo con que habia animado mi nuevo ser, á fin de que yo fuese ella ó ella yo, y de que Dios mismo, al llamarnos á su presencia, no pudiese reconocer ni separar lo que un milagro del amor habia trasformado y confundido!... ¡Oh! si teneis un hermano, un hijo ó un amigo que nunca haya conocido la virtud, rogad al cielo que le haga amar de esa manera. En tanto que ame, será capaz de todos los sacrificios, de todos los heroísmos para igualarse al ideal de su amor. Y cuando ya no ame, le quedará para siempre en el alma un sabor de celestial placer que le disgustará de las aguas del vicio, y una mirada fija secretamente en el manan-

tial donde le fué permitido beber una vez.

¡Cuantos saludables rubores de mí mismo sentia en presencia de la que amaba! Pero sus reconvenciones eran tan tiernas, sus miradas, aunque tan penetrantes, eran tan dulces, sus perdones eran tan divinos, que al humillarme ante ella nunca me sentia rebajado, sino ensalzado y engrandecido. Creia como sentir que brotaba de mi propia naturaleza en mí mismo la pureza, el resplandor que su luz reflejaba en mí solamente. Comparábala sin cesar involuntariamente con las demas mujeres que habia entrevisto. Exceptuando á Antonina, que se me representaba como la inocente infancia de Julia; exceptuando á mi madre, á quien se asemejaba en su santidad y en su madurez, ninguna mujer podia tener á mis ojos el menor término de comparacion. Una sola de sus miradas envolvía en la sombra todo el resto de mi vida. Sus conversaciones me revelaban sublimidades, estensiones, delicadezas, elegancias, divinidades de sentimiento y de pasion que me trasportaban á regiones desconocidas, en donde creia respirar por primera vez el aire natal de mis propios pensamientos. Toda la ligereza, vanidad, puerilidad, aridez, ironía ó amargura de alma que habia en mí durante los malos años de mi adolescencia, desaparecia de tal modo, que

no me reconocia ya á mí propio. Al separarme de ella me creia bueno, me sentia puro, y volvía á hallar la gravedad, el entusiasmo, la oracion, la piedad interior, las lágrimas ardientes que no brotan de los ojos, sino que suben como un manantial oculto del fondo de nuestras arideces aparentes y lavan el corazon sin enervarlo. Hacia propósito de no bajar nunca de aquellas alturas celestes, pero sin vértigos, adonde sus tiernas reconvenciones, su voz, su sola presencia tenían el don de elevarme. Era aquello como una segunda virginidad de mi alma que contraía á los rayos de la eterna virginidad de su amor. No podía decir si habia mas piedad que atractivo en la impresion que sentia, pues tanto se mezclaban en ella por iguales partes la pasion y la adoracion, y cambiaban mil veces por minuto en mis pensamientos el amor en culto y el culto en amor. ¡Oh! ¿No es ese el punto culminante del amor, el entusiasmo en la posesion de la perfecta belleza y el placer en la suprema adoracion? Todo cuanto ella decia, me parecia eterno; todo cuanto miraba, sagrado: tenia envidia á la tierra que hollaba con sus plantas, y los rayos del sol que la envolvian me parecian dichosos por haberla tocado. Habria querido recoger y separar para siempre del resto de la atmósfera el aire que á

mis ojos habia divinizado respirándolo: habria querido hasta marcar el vacío que iba dejando en el espacio para que ninguna criatura inferior lo ocupara nunca en el resto de la duracion de la tierra. ¡En una palabra, yo veia, sentia y adoraba todo, hasta al mismo Dios, á traves de aquella divinidad de mi amor!.. Si durase la vida en semejante estado del alma, la naturaleza se paralizaria, la sangre cesaria de circular, el corazon se olvidaria de latir, ó mas bien no habria movimiento, ni flojedad, ni cansancio, ni precipitacion, ni muerte, ni vida en nuestros sentidos: no habria mas que una petrificacion viva y eterna de nuestro ser en otro ser. Ese estado debe asemejarse al estado del alma anonadada y que vive en Dios.

XXX.

¡Que felicidad! Los viles apetitos de la passion sensual se habian aniquilado (pues asi lo habia querido ella) en la plena posesion del alma del uno por el otro. La felicidad me hacia, como acontece siempre, mejor y mas piadoso de lo que nunca hubiera sido. Dios y ella se confundian tan completamente en

mi alma, que la adoracion que le tenia era tambien una perpétua adoracion del ser divino que la habia creado. ¿Yo no era mas que un himno, y en mi himno no habia dos nombres, pues Dios era ella y ella era Dios! Nuestras conversaciones por el dia, cuando nos deteniamos á contemplar, respirar, y admirar en las vertientes de las montañas á orillas del lago ó en el tronco de algun castaño junto á las praderas bañadas de sol se encaminaban con frecuencia por efecto del rebosamiento natural de dos almas demasiado llenas hácia el abismo sin fondo de todos los pensamientos; esto es, hácia lo infinito y hácia la palabra que por si sola llena lo infinito: Dios. Sorprendíame cuando pronunciaba esta última palabra con la entusiasta bendicion de corazon que encierra toda una revelacion en un acento; sorprendíame verla apartar ó bajar sus miradas y ocultar en los pliegues de sus hermosas cejas ó en la contraccion de su boca distraida una pena ó una incredulidad triste que me parecia en contradiccion con nuestros arrebatos. Un dia le pregunté tímidamente la causa.—«Es que esa palabra me hace mal, me dijo.—¿Y cómo, repliqué, la palabra que encierra el nombre de toda vida, de todo amor y de todo bien puede hacer mal á la mas perfecta de sus obras?—¡Ay! exclamó Julia con el

acento de una alma desesperada; es que esa palabra contiene para mí la idea del ser cuya existencia he deseado mas ardientemente que no fuese un sueño; y ese ser, añadió con voz sorda y mas débil, no es para mí ni para los sabios de quienes he recibido lecciones sino una ilusion la mas maravillosa, pero la mas vacía, de nuestro pensamiento.— ¡Cómo, le dije; vuestros maestros no creen en un Dios! Pero vos que amais, ¿podeis no creer en él? ¿Pues hay una palpitacion de nuestros corazones que no sea una aclamacion de lo infinito?— ¡Oh! se apresuró ella á replicar; no interpreteis de demencia la sabiduría de los hombres que me han abierto los velos de la filosofía, y han hecho brillar á mis ojos el brillante resplandor de la razon y de la ciencia en vez de la luz fantástica y pálida con que las supersticiones humanas iluminan las voluntarias tinieblas difundidas de intento al rededor de sus pueriles divinidades. No es el Dios de vuestra madre ni el de mi nodriza en quien yo creo; ese no es el Dios de la naturaleza y de los sabios. Yo creo con estos en un ser, principio y causa, fuente, espacio y fin de todos los demas seres, ó mas bien que no es él mismo, sino la eternidad, la forma y la ley de todos esos seres visibles ó invisibles, inteligentes ó no inteligente, animados ó ina-

animados, vivos ó muertos, de que se compone el único verdadero nombre de ese ser de los seres: ¡lo infinito! ¡Pero la idea de la inconmensurable grandeza, de la fatalidad soberana, de la necesidad absoluta é inflexible de los actos de ese ser que vosotros llamais *Dios* y nosotros *ley*, escluye de nuestros pensamientos toda inteligencia exacta, toda denominacion justa, toda imaginacion razonable, toda manifestacion personal, toda revelacion, toda encarnacion, toda relacion posible entre ese ser y nosotros, y hasta el homenaje y la oracion! ¿Es natural que la consecuencia haga oracion al principio?... ¡Oh, qué cruel es esto, añadió, y cuántas bendiciones, oraciones y lágrimas habria derramado ya á sus pies desde que os amo!...» Recobrándose luego algun tanto: «Os sorprendo, continuó, y os aflijo; pero perdonadme: ¿no es la primera de las virtudes, si es que hay virtudes, la verdad? Sobre este solo punto no podremos entendernos nunca; de consiguiente no hablemos de él. Vos habeis sido educado por una madre piadosa en el seno de una familia cristiana: vos habeis respirado allí con la atmósfera las santas credulidades del hogar: os han conducido por la mano á los templos; os han mostrado imágenes, misterios, altares y os han enseñado oraciones diciéndoos: «Dios está allí, que os

escucha y responde.» Lo creísteis, porque entonces no teníais edad para examinar. Luego habeis dejado á un lado esos juguetes de vuestra infancia para imaginar un Dios menos pueril y menos afeminado que ese Dios de los tabernáculos cristianos. Pero siempre ha quedado en vuestros ojos aquel primer deslumbramiento: y el dia en que os creísteis imbuido, sin saberlo, en la falsa luz con que os fascinaron al entrar en la vida, os quedaron dos debilidades de inteligencia: el misterio y la oracion. No hay misterio ninguno, añadió con voz mas segura y solemne: ¡no hay mas que la razon, que disipa todo misterio! El hombre mal intencionado ó crédulo es el que ha inventado el misterio: Dios es quien ha hecho la razon. Y no hay oracion prosiguió mas tristemente; porque de una ley inflexible no hay que esperar que ceda, y en una ley necesaria nada se puede variar. Los antiguos, en su ignorancia popular, bajo la cual ocultaban su sabiduría, lo conocian muy bien, añadió, y por eso oraban á todos los dioses de su invencion; pero nunca á la ley suprema: ¡el destino!»

Calló la jóven.—«Paréceme, le dije, despues de un largo silencio, que los maestros que os han enseñado esa sabiduria han subordinado demasiado en sus teorías de las

relaciones del hombre con Dios, el ser sensible al ser que piensa; en una palabra, que han olvidado del hombre el corazón, ese órgano de todo amor, como la inteligencia es el órgano de todo pensamiento. Las representaciones que el hombre se ha hecho de Dios pueden ser falsas y pueriles; pero sus instintos, que son su ley no escrita, tienen que ser á veces verdaderos. De otro modo, la naturaleza habria mentido al crearla. Supongo que no creereis que la naturaleza sea una mentira, añadí sonriéndome, vos que decíais hace poco que la verdad era quizá la única virtud. Ahora bien, cualquiera que sea el objeto que Dios se haya propuesto al dar estos dos instintos, el misterio y la oración, al corazón del hombre; ora haya querido revelarle por ese medio que él, Dios, es incomprendible, y que el misterio es su verdadero nombre; ora haya querido que todas las criaturas le tributasen honor y bendición, y que la oración sea el incienso universal de la naturaleza, siempre tendremos que el hombre lleva en sí esos dos instintos cuando piensa en Dios: ¡el misterio y la oración! ¡El misterio! prosiguió; toca á la razón humana ensancharlo, aclararlo, apartarlo mas y mas, sin llegarlo á disipar nunca completamente. ¡La oración! es la necesidad que siente el corazón

de derramar continuamente la imploracion útil ó inútil, oida ó no, como el perfume sobre los pasos de Dios. ¡Que ese perfume caiga á los pies de Dios ó caiga en tierra, no importa: siempre cae en tributo de debilidad, de humillacion y de adoracion!... ¿Pero quién sabe si es perdido? añadí con el tono de una esperanza que en la voz del que habla triunfa de la misma duda; ¿quién sabe si la oracion, esta comunicacion misteriosa con la omnipotencia invisible, no es en efecto la mayor de las fuerzas sobrenaturales ó naturales del hombre? ¿Quién sabe si la voluntad suprema é inmortal ha querido desde la eternidad inspirarla y satisfacerla en el que ora, y hacer así por la invocacion participe al hombre del mecanismo de su propio destino? ¿Quién sabe, por último, si Dios en su amor y en su bendicion perpétua á los seres emanados de él, ha querido dejarles ese lazo con él como la cadena invisible que suspenda el pensamiento de los mundos al suyo? ¿Quién sabe si en su soledad majestuosa, poblada con él solo, ha querido que se eleve y baje incesantemente ese vivo murmullo, esa conversacion inestinguible con la naturaleza, en todos los puntos de lo infinito, desde él á los seres que vivifica, abraza y ama, y de todos esos seres hasta él? En todos los casos la oracion

es el privilegio mas sublime del hombre, puesto que es el que le permite hablar á Dios, y aun cuando Dios fuese sordo, todavía le rogaríamos, porque si su grandeza no permitiera darnos oídos, la nuestra consistiría en orar á él.»

Conocí que mis razonamientos la enternecian sin convencerla, y que su alma, algo secada por la ciencia, no habia abierto aun sus manantiales hácia Dios. Pero el amor no debía tardar en enternecer su religion, despues de haber enternecido su corazon: las delicias y las angustias de la passion debian hacer brotar muy pronto en aquella alma la adoracion y la oracion, estos dos perfumes del espíritu que se abrasa y languidece, el uno lleno de embriaguez, y el otro de lágrimas, pero ambos á dos divinos.

XXXI.

Entre tanto la felicidad, la soledad de ambos á dos, este Eden de las almas tiernas el descubrimiento que ella hacia en mi todos los dias de algun abismo de mi pensamiento en armonía con los misterios de su propia naturaleza; aquel aire de otoño en

las montañas, que conservan como estufas caldeadas por el verano el calor del sol hasta la proximidad de las nieves; aquellas escursiones lejanas á los castillos ó sobre el agua; el valanceo del barco, ó el dulce movimiento de los lomos de los mulos, parecido al de las olas ligeras y lentas del mar; la leche de aquellos pastos que le llevaban todavía espumando, por mañana y tarde, en copas talladas por los pastores, y mas que nada aquella exaltacion dulce, aquel delirio apacible, aquel vértigo continuo de un alma á quien un primer amor levanta de la tierra como en alas y pasea de pensamientos en pensamientos, de ensueños en ensueños, á traves de un nuevo cielo, en una perpetua expansion del corazon; todo esto contribuia visiblemente á restablecer su salud. De un dia á otro se la veia rejuvenecer, como si fuese una convalecencia del alma que se comunicára á sus facciones. Su rostro, algo marchito en un principio alrededor de sus ojos por esas manchas opacas ó azules, semejantes á las huellas que dejan impresas los dedos de la muerte, recobraba la plenitud de mejillas, el calor de sangre, la frescura de tez, el vello algodonoso de una jóven que hubiese caminado mucho sobre la montaña en donde las primeras heladas brisas de las lagunas hubiesen azotado su mejilla,

sus párpados habian perdido su pesadez, sus ojos su sombra, sus labios sus arrugas. Sus miradas nadaban en una perpetua niebla luminosa del alma; vapor de un corazon ardiente condensado sobre el globo de los ojos en lágrimas que están subiendo continuamente, pero que aquel mismo fuego deseca y hace que nunca corran. Sus actitudes, sus movimientos y sus pasos volvian á adquirir la fuerza, la flexibilidad y la ligereza y vivacidad de los de una niña. Cada vez que entraba de vuelta de sus escursiones conmigo en el patio, el anciano módico y su familia se admiraban del prodigioso cambio operado en veinte y cuatro horas en su salud, y del deslumbramiento de su juventud y vida que difundia en los ojos.

La felicidad parecia en efecto irradiar y sembrar en rededor suyo una atmósfera en que estaba envuelta y en la que envolvía á los que la miraban. Esa irradiacion de la belleza, esa atmósfera del amor no son enteramente, como se cree, imágenes de poeta. El poeta no hace mas que ver mejor lo que se escapa á las miradas distraidas ó ciegas de los demas hombres. Se ha dicho mil veces de una hermosa jóven, que ilumina las tinieblas en la noche: de Julia podia decirse que calentaba el aire á su alrededor. Yo caminaba y vivia envuelto en aquella

plácida emanacion de su belleza renaciente:
los demas la sentian al paso.

XXXII.

Cuando volvía á mi cuarto, durante los cortos instantes en que me veía precisado á separarme de ella, me sentía, aun cuando fuese á la mitad del día, como en un calabozo, sin aire y sin luz. El sol mismo, por brillante que estuviese, no me alumbraba, á menos que lo reflejase ella en mis ojos. Cuanto mas la veía, mas la admiraba y menos podia creer que fuese una criatura de la misma especie que yo. La divinidad de su amor habia concluido por llegar á ser una fe de mi imaginacion. Prosternábame sin cesar en pensamiento delante de aquel ser demasiado tierno para ser un Dios, demasiado divino para ser una mujer. Buscábale nombres, y no los encontraba. A falta de nombre, la llamaba en mí mismo misterio, y le tributaba bajo ese nombre vago é indefinido un culto que participaba de lo terrenal por la ternura, del ensueño por el entusiasmo, de la realidad por la presencia, y del cielo por la adoracion.

Julia concluyó por obligarme á confesar

que habia escrito versos algunas veces, pero nunca se los habia enseñado. Por lo demas, ella parecia amar poco esa forma artificial y estudiada del lenguaje que altera, cuando no la idealiza, la sencillez del sentimiento y de la impresion. Su naturaleza era demasiado súbita, demasiado profunda y demasiado grave para prestarse á esas formalidades, á esos giros y á esas lentitudes de la poesía escrita. Ella era la poesia sin rima, desnuda como el corazon, sencilla como la primer palabra, meditabunda como la noche, luminosa como el dia, rápida como el relámpago, inmensa como la estension. Su alma era una escala infinita que ninguna prosodia habria bastado á sujetar á compás. Hasta su misma voz era ún canto perpétuo con el cual no podia igualarse ninguna armonia de versos. Si hubiese vivido mucho tiempo á su lado, jamás habria leído ni escrito versos. Ella era para mí el poema vivo de la naturaleza y de mí propio. Mis sentimientos resonaban en su corazon, mis imágenes en sus miradas, mi melodía en su voz. Ademas que la poesia enteramente materialista y sonora de fines del siglo XVIII y del imperio, de la que tenia los principales volúmenes en su cuarto, tales como «Delille y Fontanes,» no habia sido hecha para nosotros. Su alma que habia

sido mecida por las olas melodiosas de los trópicos, era un foco de dolor, de ensueño y de amor, que todas las voces del aire y de las aguas no habrían bastado á exhalar. Á veces probaba á leer delante de mí aquellos libros y admirarlos bajo el punto de su reputacion; pero los desechaba con un gesto de impaciencia y quedaban sordos en sus manos como cuerdas rotas, cuyo sonido se busca en vano pulsando el teclado. La nota de su corazon estaba solo en el mio; pero nunca pudo salir de él. Los versos que ella debia inspirarme solo debian resonar sobre su tumba. Jamás supo á quién amaba antes de morir, pues yo era para ella su hermano. Poco le habria importado que fuese yo un poeta para todo el mundo; en su amor no habia nada de mí mas que yo mismo.

Una sola vez le revelé involuntariamente un debil don de poesia que ella estaba lejos de sospechar ó desear en mí. Mi amigo Louis““ habia venido á pasar algunos dias en nuestra compañía. Habíase ocupado la noche hasta las doce en lecturas, conversaciones intimas, ensueños en voz alta, tristeza ó sonrisas; y admirábamos aquellos tres jóvenes destinos desconocidos poco tiempo antes unos á otros, y recogidos ahora é identificados bajo el mismo techo, al rincon del mismo hogar, á los murmullos de las mis-

mas tempestades de otoño, en una casita de las montañas de Saboya. Tratábamos de prever por qué caminos de la Providencia ó de la casualidad aquellos mismos vientos de la vida nos dispersarian ó nos reunirían de nuevo. Aquellas ojeadas hácia el horizonte de nuestras vidas futuras habian concluido por entristecernos. Permaneciamos mudos delante de la mesita de te, sobre la que estábamos puestos de codos. Al fin Luis, que era poeta, sintió susurrar una nota de melancolia en el alma, y quiso escribirla. Diole ella un lápiz y papel, y trazó sobre el mármol de la chimenea algunas estrofas, lastimeras todas, é impregnadas de lágrimas como las estrofas fúnebres de «Gilberto. Asemajábase él á Gilberto, y habria escrito seguramente aquellas estrofas, que vivirán tanto como el gemido de Job en la lengua de los hombres.

Los versos de Luis me enternecieron: tomé el lápiz de su mano, y alejándome por un momento al interior de la habitacion, escribí á mi vez esos versos que morirán conmigo sin haber sido recogidos; primeros versos que hayan salido de mi corazon y no de mi imaginacion. Los leí sin atreverme á levantar los ojos hácia aquella á quien iban dirigidos. Esos versos helos aquí.. pero no; quiero borrarlos, porqueto do mi genio estaba en mi amor, y desapareció con él.

Al concluir la lectura de esos versos, vi en el rostro de Julia iluminado por el reflejo de la luz, una espresion de admiracion tan tierna, y de belleza tan sobrehumana, que me quedé tan incierto, como mis versos lo decian, entre el ángel y la mujer, entre el amor y la prosternacion. Este último sentimiento fué el que triunfó al fin á la vez en mi alma, y en la de mi amigo. Caimos de rodillas delante de su canapé, y besamos el extremo del chal negro que envolvía sus pies. Aquellos versos no le parecieron mas que la emanacion instantánea y aislada del sentimiento que experimentaba hácia ella: los elogió, pero no volvió á hablarme mas de ellos. Gustábanle mas nuestras conversaciones naturales, y hasta nuestros silencios meditabundos, al lado uno de otro, que esos juegos del entendimiento que profanan el alma mas bien que no la espresan. Luis nos dejó algunos dias despues.

XXXII.

A consecuencia de estos primeros versos mios, débil estrofa del himno continuo de mi corazon, me suplicó la compusiese una oda que dirigiria como un tributo de admi-

racion, y como un ensayo de mi talento, á uno de los hombres de su sociedad de Paris, á quien profesaba mas respeto y adhesion. Era Mr. de Bonald. Nada conocia yo de él mas que su nombre, y la aureola de legislador filósofo y cristiano de que justamente estaba rodeado entonces. Figurábame que tenia que hablar á un Moises moderno que tomaba de los rayos de otro Sinai la luz divina de que inundaba á las leyes humanas. Escribí la oda en una noche, y á la mañana siguiente la leí, bajo un castaño del monte, á aquella que me la habia inspirado. Hizo-me que se la leyera tres veces, y por la noche la copió con su mano ligera, pero firme. Sus letras se deslizaban como la sombra de las alas de sus pensamientos sobre el papel blanco, con la rapidez, elegancia y limpieza del vuelo del pájaro en los aires. Al otro dia la envió á Paris, y Mr. de Bonald le respondió cosas de buen agüero sobre mi talento. Tal fué el origen de mis relaciones con este hombre excelente, cuyo carácter siempre estimé y admiré despues, sin participar de sus doctrinas teocráticas. Mi adhesion á sus simbolos, que yo ignoraba, no habia sido mas que una complacencia al amor, y despues habria sido un homenaje á la virtud; pero Mr. de Bonald era, como Mr. de Maistre, uno de esos profetas de lo pa-

sado, uno de esos ancianos de ideas, á quienes se saluda con veneracion. Sentados en el umbral del porvenir, no quieren entrar en él, pero se detienen un instante para oir los bellos gemidos de las cosas que mueren en el espíritu humano!

XXXIII.

Ya no era otoño: era un dulce invierno, todavía claro y tibio por momentos de escapadas del sol entre las nubes. ¡Nosotros nos hacíamos la ilusion, y nos decíamos que era otoño, tanto horror teníamos á reconocer el invierno que iba á separarnos! Muchas mañanas caia la nieve en ligeros copos blancos sobre las rosas de Bengala y siemprevivas del jardin, como el blanco plumon de los cisnes, mudado por la noche en los cielos, por donde los veíamos atravesar. Luego derretia el sol esa nieve, y muchas veces pasábamos horas deliciosas en el lago. La respiracion y movimiento de las aguas entibian, reflejándolos, los últimos rayos del año: aun tenian sus anchas hojas las higueras que penden de las rocas espuestas al Mediodía, sobre las olas, y las reverberaciones del sol contra estas rocas les daban to-

davía los colores, los esplendores y calores de las tardes del otoño. Solo que estas horas eran rápidas como la huida de los remos que nos paseaban, contra los luminosos escollos que forman, al Mediodía, la costa del lago. La luz del sol en la copa de los pinos, el musgo verde, los pájaros de invierno mas ricamente vestidos, mas inquietos y mas familiares que los de primavera, la abundancia y la espuma serpeante de las mil cascadas, estendiéndose sobre las praderas inclinadas, y viniendo á encontrarse en las ramblas, de donde caian con murmullos sonoros desde lo alto de las rocas peladas y negras en el lago; el ruido cadencioso de los remos, sus surcos plañideros que parecen proferir, como una voz amiga oculta bajo las ondas, gemidos misteriosos sobre nosotros, acompañándonos con sus penas; y, en fin, el bienestar sobrenatural que experimentábamos en aquella atmósfera luminosa y caliente, uno al lado de otro, separados de la tierra por aquellos abismos de agua, nos inundaban por instantes con tal sentimiento de voluptuosidad de ser, de tal plenitud de alegría interior, de tal desbordamiento de paz en el amor, que hubiéramos desafiado al cielo mismo á que añadiese algo mas. Pero esta felicidad estaba mezclada en nosotros del sentimiento que ella iba á terminar;

cada golpe de los remos resonaba en nuestros corazones como un paso del día que nos acercaba á la separación. ¿Quién sabe si mañana aquellas hojas que tiemblan no habrán caído en el agua? ¿Si ese musgo, donde podíamos sentarnos aun, no estará ya cubierto con una capa espesa de nieve? ¿Si esos escollos espléndidos, si ese cielo azul, esas ondas rutilantes, no serán envueltas por las brumas de la noche próxima en un océano de pálidas y sombrías escarchas?

A estos pensamientos se escapaba de nuestros pechos un prolongado suspiro, á los dos al mismo tiempo, sin osar comunicárnoslos, por miedo de despertar la desgracia al nombrarlos. ¡Oh! ¡Quién no ha tenido en su vida de esas felicidades sin seguridad y sin mañana, donde la vida se concentra en una hora que se quisiera hacer eterna, y que se siente huir minuto á minuto oyendo resonar la péndola, mirando el minuterio que devora el espacio, ó escuchando el rumor de la proa que deja las olas atrás, y que nos acerca á la orilla donde será preciso descender del cielo de nuestros sueños sobre la piedra dura y fría de la realidad!

XXXIV.

Una tarde, despues de comer, que nos mecíamos deliciosamente en el batel, en una ensenada tibia y tranquila, formada entre dos brazos del monte del Chat, al lejano rumor de una pequeña cascada, que forma como un canto perpétuo bajo las grutas por donde filtra antes de perderse en el abismo de las aguas, quisieron nuestros bateleros bajar á tierra para levantar las redes que habian echado la víspera. Permanecimos solos en la barca mal amarrada á un brazo de higuera que se rompió con el movimiento de las olas, y fuimos arrastrados sin advertirlo, llegando al medio de la ensenada, á trescientos pasos de las rocas perpendiculares, entre las cuales está encerrada. Las aguas del lago tenian en este sitio ese color bronceado; esa semejanza al metal fundido; esa pesada inmovilidad que les dá siempre la sombra de las altas peñas tajadas, y la vecindad de las rocas cortadas á pico, y que anuncian la inconmensurable profundidad de las olas en un lecho que no se osa sondear. Yo podia tomar los remos y acercarnos así á la orilla; pero este aislamiento de

toda naturaleza viva nos causaba un estremecimiento delicioso. Hubiéramos querido perdernos así, no en un mar que tiene orillas, sino en un firmamento que no las tiene.

Ya no oíamos las voces de los marineros, y solo percibíamos la titilacion lejana é intermitente de la cascada, algunas brisas que atravesaban de vez en cuando la inmóvil atmósfera cargada de los gemidos armoniosos de los pinos, y los suaves y sordos golpes de las olas contra los costados de la barca, á quien solo hacia ondular ligeramente el movimiento de nuestras respiraciones.

El sol y la sombra de la montaña se dividian por mitades iguales nuestra barca; la proa el sol, la popa la media luz. Yo estaba sentado á los pies de Julia en el fondo de la lancha, como el primer dia que la conduje de Haute-Combe. Complacíamos recordar por la memoria y por todas las circunstancias ese primer dia, esa era misteriosa é íntima en que para nosotros comenzaba el mundo, porque ese dia era la fecha de nuestro encuentro y de nuestro amor. Ella estaba medio acostada sobre el banco, con un brazo colgando sobre el agua, el otro apoyado en mi hombro y jugando con un bucle de sus largos cabellos: yo tenia inclinada la cabeza hácia atrás para que mis ojos no vieses de todo el horizonte mas que el firmamento

y su figura, destacándose sobre el azul del cielo. Su rostro estaba inclinado sobre el mio como para contemplar su sol sobre mi frente y su día en mis ojos. Una espresion de ventura tranquila, profunda, inefable, irradiaba de todas sus facciones y daba á su semblante un esplendor y una transparencia de alma digna de aquel cuadro del cielo en el que la miraba adorándola. De repente la ví palidecer, retirar sus dos brazos, incorporarse como sobresaltada en su asiento, llevarse las manos á sus ojos, sepultar en ellas un instante su rostro, reflexionar muda, retirar luego, las manos bañadas de algunas lágrimas, y esclamar con acento de resolucion serena y tranquila: — «¡Oh, muros!...»

Despues de esta palabra permaneció un instante en silencio, y luego repuso. — «¡Oh, si, muros, porque la tierra nada tiene que darnos ya, ni el cielo que prometernos!» En seguida miró algun tiempo el cielo, las montañas, el lago, las olas transparentes y medio luminosas bajo la sombra del batel. — «Ves, me dijo (esta era la primera vez, y fué tambien la última, que se sirvió al hablarme de esa forma de lenguaje, solemne ó familiar, segun se le dirigia á Dios ò á los hombres); ves cómo todo está preparado para un arrobamiento divino de nuestras vi-

das! Mira ese sol del mas bello de nuestros años, que se pone para no levantarse mañana quizás; mira esas montañas, que se contemplan por la última vez en ese lago, cómo estienden hasta nosotros sus amplias sombras, para decirnos: «Sepultáos en esa sudario que os tiendo;» mira esas olas puras, límpidas profundas, mudas, que nos preparan una cama de arena donde nadie llegará á despertarnos para decirnos:—«¡Partamos!» Ningun ojo humano nos vé. Nadie sabrá por qué misterio irá mañana á encallar la barca vacía en alguna roca de la costa. Ni un pliegue de esas olas denunciará á los curiosos ó á los indiferentes el lugar en que dos cuerpos se habrán sumergido abrazándose bajo las ondas, desde donde dos almas habrán subido reunidas al eterno éter. ¡Ningun ruido quedará de nosotros sobre la tierra, mas que el pliegue de la ola que se cerrará sobre nosotros!... ¡Oh; muramos en esta embriaguez del alma y de la naturaleza, que solo nos hará sentir de la muerte su voluptuosidad! ¡Mas tarde queremos morir, y tal vez moriremos menos felices! Yo tengo algunos años mas que tú y esta diferencia, insensible hoy, crecerá con el tiempo. Los pocos atractivos que te han seducido en mi rostro se marchitarán, y solo quedará en tus ojos el recuerdo y la sorpresa de tu entusiasmo

desvanecido. Además, yo solo puedo ser un alma para tí... tú sentirás la necesidad de otra dicha... y yo moriré de celos si tú la encuentras con otra mujer... ¡Yo moriré de dolor si te veo desgraciado por causa mía!... ¡Oh, muramos, muramos, y soloquemos ese porvenir dudoso ó siniestro en este último suspiro que solo tendrá en nuestros labios el sabor sin mezcla de completa felicidad!...»

Mi alma me decia en el mismo momento, y con la misma fuerza, lo que su boca me decia al oido, lo que su rostro me decia á los ojos, lo que la naturaleza solemne, muda, fúnebre en el esplendor de su hora suprema, me decia á todos los sentidos. De suerte que las dos voces que yo oia, la una fuera, la otra dentro, me decian las mismas palabras, como si uno de estos dos lenguajes no fuera mas que el eco ó la traduccion del otro. ¡Yo olvidé el universo, y le respondí:—«¡Muramos!»

.

¡Enlacé ocho veces alrededor de su cuerpo y del mio, estrechamente unidos como en un sudario, las cuerdas de la red de los pescadores que se encontraron á mano en el batel, y la levanté en mis brazos, que habia conservado libres, para precipitarla

conmigo en las olas!... En el momento en que iba á hacer un esfuerzo con mis pies para sumergirnos para siempre juntos, sentí caer su pálida cabeza, como el peso de una cosa muerta, sobre mi hombro, y su cuerpo vacilar sobre sus rodillas. El exceso de emociones, la felicidad de morir juntos, se habian adelantado á la muerte misma: se habia desmayado en mis brazos. La idea de abusar de su desmayo para arrastrarla conmigo, sin saberlo ella, tal vez á pesar de ella, me acometió con repentino horror, y me doblegué bajo su peso en el fondo de la barca. Apresuráme entonces á desatar las cuerdas que nos oprimian, y acostándola sobre el banco, sacudí con mis propias manos, mojadas en el lago, gotas de agua fria sobre su frente y sus labios. No sé cuánto tiempo permanecemos así sin sentimiento, sin color, y sin voz. ¡Cuando advertí que abria los ojos de nuevo y volvía á la vida, la noche cerraba, y el rodar insensible de las olas nos habia arrastrado al medio del lago!

—«Dios no lo ha permitido, le dije; vivimos: lo que nos parecia un derecho de nuestro amor, ¿no era un doble crimen? ¿No hay nadie á quien pertenezcamos sobre la tierra?... ¿Nadie tampoco en el cielo? añadí mostrándole respetuosamente con la vista

y el ademan el firmamento, como si hubiera entrevisto en él el juez y el señor de los destinos.—No hablemos mas de eso, me dijo ella rápidamente, y en voz baja; no hablemos mas nunca! ¡llabeis querido que viva, viviré; mi crimen no era morir, sino arrastraros conmigo á la tumba! Habia cierta amargura, y como un tierno cargo en su acento y en su mirada.—¿El mismo cielo, le dije, respondiendo á sus pensamientos, tiene horas como estas que acabamos de pasar juntos? La vida las tiene, y esto basta para hacérmela adorar.» Pronto volvió á adquirir ella sus colores y su serenidad; yo tomé los remos, y conduje lentamente el batel hácia la pequeña playa de arena. Allí oí la voz de los bateleros, que habian encendido una hoguera, bajo la concavidad de una roca. Atravesamos el lago meditando, y entramos silenciosos en la casa.

XXXV.

Al entrar por la noche en su aposento, la encontré anegada en llanto delante de su mesa, donde habia esparcidas muchas cartas abiertas entre las tazas del té.—«Mejor habríamos hecho en morir de una vez, pues

ya va á comenzar para mí la prolongada muerte de la separacion,» dijo señalándome con el dedo las cartas que tenian el sello de Ginebra y de Paris.

Su marido le escribia que comenzaba á inquietarse por su larga ausencia en una estacion que podia hacerse cruda de un dia á otro; que él mismo sentia debilitarse de mes en mes, y que deseaba abrazarla y bendecirla antes de morir. Sus tristes instancias iban acompañadas de ternuras completamente paternales, y de alusiones al hermoso y jóven hermano que le hacia olvidar demasiado sus otras amistades. La otra carta era del médico de Ginebra, que debia llegar en busca suya para conducirla á Paris. Decíale que se veia obligado á marchar inmediatamente para prestar sus ausilios á un príncipe soberano de Alemania, que reclamaba todos sus cuidados y que le enviaba en su lugar á un hombre respetable y seguro que la acompañaría á Paris el cual le serviria de ayuda de cámara y de correo durante el camino. Este hombre habia llegado, y la marcha estaba decidida para de allí á dos dias.

Estas noticias, aunque presentidas siempre, nos hirieron como si nunca hubieran debido llegar. Pasamos casi la mitad de la noche en silencio; los ojos secos, apoyados

de codos en la mesa no osando hablarnos ni mirarnos por miedo de prorrumper en llanto y solo interrumpiendo esta larga agonía muda de nuestros pensamientos por algunas palabras incoherentes y distraídas, pronunciadas con voz sorda, palabras que resonaban en el aposento como gotas de lágrimas sobre un ataúd. También yo resolví marchar al instante.

XXXVI.

El día siguiente fué la víspera de nuestra separación, día que, como para apesadumbrarnos mas, se alzó mas esplendido y templado que las mas serenas mañanas de Octubre.

Mientras que hacian los carruajes y cargaban el coche, salimos nosotros con las mulas y los guías, y fuimos al valle y á la montaña á darles nuestro adios, y á hacer como las estaciones de nuestro amor en todos los sitios en que primeramente nos habíamos visto, luego encontrado, despues sentado, y mas tarde conversado y amado, durante el largo y divino comercio de aquella naturaleza solitaria y nosotros. Comenzamos primero por Tresserves, colina en-

cantadora, que se alza como un prado de verdura entre el valle de Aix y los lagos: sus laderas, cortadas á pico sobre las aguas están pobladas de castaños dignos de los de Sicilia, cuyos brazos estendidos sobre el abismo recortan el cielo ó los pedazos azules del lago, segun que se mire, de arriba ó de abajo. Sobre las raíces aterciopeladas de musgo de estos hermosos árboles, que vén pasar á los hombres y á las mugeres como hormigas, eran donde habian rodado los sueños de nuestra fantasía en las horas de contemplacion. Desde allí bajamos por una pendiente rápida hasta un pequeño castillo solitario, que se llama «Bon-port.» Este terreon está de tal modo sepultado por la parte de tierra entre los castaños de Tresserves y por la parte del lago entre los plieges profundos de una ensenada, que apenas se apercibe, ya sea marchando sobre la colina, ya navegando por la pequeña mar del Bourget. Un terrado, cubierto de algunas higueras, separa al castillo de la playa de arena fina donde continuamente vienen á morir, espumar y gemir las azuladas lenguas de las olas. ¡Oh! ¡Cuánto envidiamos á los dichosos poseedores de este nido ignorado de los hombres, oculto entre las ramas de los árboles y las aguas, y solamente conocido de los pájaros del lago, del viento del Mediodia y

del sol! ¡Bendijámosle mil veces en su reposo, y le deseamos abrigase corazones como los nuestros!

XXXVII.

Subimos desde «Bon-port,» volviendo la estremidad de la colina de Tresserves, al Norte, hácia las altas montañas que dominan el valle de Chambery, en Génova, y volvimos á ver los pastos, las cabañas, sepultadas bajo los nogales, y las cumbres vestidas de césped donde mugian las tiernas becerrillas, cuyo esquilon acompaña perpétuamente á sus pasos sobre la yerba, para advertir á los pastores que las guardan desde lejos. El viento glacial del invierno habia quemado ya las puntas de las yerbas, y nos recordamos las horas deliciosas que allí habíamos pasado, las palabras que nos habíamos dicho, las ilusiones de separacion del mundo que allí nos habíamos hecho, y los suspiros que allí habíamos confiado á los vientos y á los rayos de las montañas para llevarlos al cielo. Recordamos todas aquellas horas de felicidad y de paz desaparecidas, todas las palabras, todos los sueños, todas las miradas y todas las aspiraciones, como se

despoja una casa, cuando se la deja, de todo lo mas precioso que para nosotros tiene. Mentalmente sepultamos todos estos tesoros, todos estos recuerdos, todas estas esperanzas en las paderes de madera de aquellas reducidas chozas cerradas hasta la primavera, como en un depósito de nuestras almas, para encontrarlas intactas á la vuelta, si es que debíamos volver allí jamás!

XXXVIII.

Volvimos á bajar hasta el espumante lecho de una cascada, donde han levantado un pequeño monumento fúnebre á una mujer joven y hermosa, madama de Broc. Allí cayó esta víctima, hace algunos años, arrastrada por un torbellino de las aguas á lo profundo de una gruta, cuya espuma hizo aparecer algun tiempo despues su blanca túnica, haciendo encontrar el cuerpo de este modo. Muchas veces vienen los amantes á sentarse delante de esta tumba húmeda, y sus corazones se oprimen, y sus brazos se acercan pensando que su frágil felicidad depende de un paso dado en falso sobre la resbaladiza piedra.

Desde esta cascada, que ha tomado el

nombre de «Mad. de Broc, marchamos en silencio hácia el lago, que se domina en toda su estension desde el pie del castillo de «Saint—Innocent, donde nos apeamos de nuestras mulas, bajo un alto bosque de encinas y de brezos, solitario entonces: despues, un rico colono, vuelto de las Indias, ha construido una hermosa casa de campo y plantando jardines en su recinto paternal. Dejamos pacer por el bosque á nuestras mulas desfrenadas, bajo la vigilancia de los niños que nos conducian, y nos adelantamos solos, de árbol, en árbol, hasta la estremidad de aquella lengua de tierra, donde vimos brillar el lago y oimos estremecerse sus aguas.

Este bosque de Saint—Innocet es un bosque que avanza por medio de las ondas, en la parte mas melancólica é inhabitada de su ribera, que termina en algunas rocas de granito parduzco, lavadas por la espuma cuando el viento la levanta, secas y lucientes cuando las aguas bajan. Allí fué donde nos sentamos en dos piedras contiguas, y frente de nosotros, en la otra parte del lago, se alzaba en pirámide la abadía de Haute-Combe. Miramos una pequeña mancha blanca que brillaba al pie de los sombríos terrados del monasterio, y vimos era la casa del pescador, adonde las olas nos habian arro-

jado á ambos, para reunirnos eternamente por la casualidad de este encuentro: ¡aquel era el aposento donde se habia pasado aquella noche, á la vez fúnebre y divina que habia decidido de nuestras vidas!—«¡Allí fué! me dijo estendiendo los brazos sobre el lago, y señalándome con el dedo el punto luminoso, apenas visible en la lontananza y en la sombra de la orilla opuesta. ¿Habrá un lugar y un día, añadió tristemente, en que la memoria de lo que ha pasado en nosotros, allí, en horas inmortales, no se os aparezca en la lontananza de vuestro porvenir, sino como aquella pequeña mancha sobre el fondo tenebroso que vemos?»

No pude responder á estas palabras; tanto este acento, esta duda, esta perspectiva abierta sobre la muerte, sobre la inconstancia, sobre la posibilidad del olvido, me habian despedazado el corazon y llenado el alma de presentimientos. Rompí en lágrimas, que oculté entre mis dedos, volviéndome hácia el viento de la tarde para que las secase desapercibidas en mis ojos; pero ella las vió, y repuso tiernamente:

—«Rafael, no; jamás me olvidareis; lo conozco; pero el amor es corto y la vida es lenta. Largos años vivireis despues que yo, y agotareis la naturaleza en todo lo que hay de dulce y amargo en los labios humanos;

sereis hombre. Lo conozco en vuestra sensibilidad á la vez viril y femenina. ¡Sereis hembra, en toda la miseria y en toda la grandeza de ese nombre conque Dios ha llamado á una de sus mas raras criaturas! ¡En una sola de vuestras aspiraciones teneis soplo para millares de vidas! ¡Vivireis en toda la estension y energía de la palabra «vida! Yo...»

Detúvose un momento, y alzó los ojos y los brazos al cielo, bajando la cabeza como para darle gracias.—«¡Yo he vivido!... vivido bastante, repuso con acento satisfecho, puesto que he respirado, para llevarlo para siempre conmigo, el soplo de la única alma que esperaba sobre la tierra, y que me vivificaría en la misma muerte de que ha sacado vuestra aspiracion!... ¡Moriré jóven, y moriré sin pena ahora, porque he agotado en un aliento esa vida que no agotareis vos antes que estos hermosos bucles se hayan vuelto blancos como esa espuma que moja vuestros pies!

»Este cielo, esta ribera, este lago, estas montañas han sido el escenario de mi única verdadera vida en este mundo. ¡Juradme confundir de tal modo en vuestra memoria este lago, este cielo, esta ribera y estas montañas con mi recuerdo; que la imagen de este sitio sagrado os sea de aquí en adelan-

te inseparable de mi propia imágen; que esta naturaleza en vuestros ojos, y yo en vuestro corazon, no seamos mas que una sola cosa .. á fin, añadió de que cuando volvais despues de largos dias á ver esta dulce y magnífica naturaleza, á errar bajo estos árboles, á sentaros junto á estas olas á oir estas brisas y estos murmullos, me volvais á ver y me oigais tan presente, tan viva, tan amante como aquí....»

No pudo acabar, y se deshizo en lágrimas. ¡Oh! ¡Cuánto y cuán largo tiempo lloramos! El rumor de nuestros sollozos, sofocados en nuestra manos, se confundia con los gemidos del agua sobre la arena. Nuestras lágrimas formaban pequeñas arrugas en el espejo de agua durmiente que estaba á nuestros pies. ¡Despues de veinte años, no puedo recordar esto sin sollozar!

¡Oh, hombres; no os inquieteis por vuestros sentimientos, y no temais que el tiempo se los lleve. No hay ni «hoy» ni «mañana» en los poderosos recuerdos de la memoria; ¡no hay mas que «siempre!» ¡El que no siente ya, no ha sentido nunca! Hay dos memorias; la memoria de los sentidos, que se gasta con ellos, y que deja perder las cosas perecederas; y la memoria del alma, para quien el tiempo no existe, que revive á la vez en todos los puntos de lo pasado y de lo pre-

sente de su existencia: ¡facultad del alma que tiene, como el alma misma, la universalidad y la inmortalidad del espíritu! Tranquilizaos vosotros, los que amais: el tiempo solo tiene poder sobre las horas, mas ninguno sobre las almas.

XXXIX.

Intenté hablar, pero no pude. Mis sollozos hablaron, mis lágrimas juraron.

Entonces nos levantamos para alcanzar á los arrieros, y dimos la vuelta por la estensa avenida de pinos deshojados, donde tan largo tiempo tuvo estrechada mi mano, durante el primer paseo que dimos juntos. Al atravesar el arrabal de chozas que precede á la puerta de la ciudad, y la plaza y la calle pendiente de Aix, semblantes tristes nos saludaban desde las ventanas y desde el umbral de las **puertas**, como las almas tier-
nas saludan al pasar dos golondrinas que se han retardado, y que van á dejar las últimas las almenas de los muros de una ciudad. Las pobres mujeres se levantaban del banco de piedra donde hilaban, cerca de sus casas; los niños abandonaban sus cabras y sus jumentos, y todos llegaban á dirigir,

estos una mirada, aquellos una palabra, los otros una inclinacion muda, á la jóven dama y á aquel á quien todos creian su hermano. Era tan bella, tan graciosa para todos, tan amada de todos, que se hubiera dicho que aquello era el último rayo del sol que se retiraba del valle.

XL.

Cuando estuvimos en lo alto de la ciudad, nos apeamos de las mulas, y despedimos á los niños. No queriendo perder una hora de este último dia, que aun no se apagaba sobre las nieves rosadas de los Alpes, subimos lentamente y solos un camino áspero que conduce á un jardin en terrado de una linda casa, que se llama la casa «Chevalier». Desde este terrado se esparcia la mirada con libertad sobre la poblacion, sobre el lago, sobre las gargantas del Ródano, y sobre los cuellos y cimas del paisaje, del cual es este lugar, como la plataforma alzada en medio de un panorama. Allí permanecemos sentados sobre un tronco de árbol tendido en tierra, y apoyados de codos sobre el parapeto, mudos é inmóviles, mirando todos aquellos lugares que en el espacio de seis

semanas habíamos llenado con nuestras miradas, pasos, conversaciones, sueños y suspiros. Cuando estos sitios se fueron sucesivamente apagando en el crepúsculo y en la sombra; cuando ya solo quedó una poca de luz boreal en un rincón del horizonte, ambos nos levantamos con sobresalto y sin habernos concertado para ello, y huimos mirando en vano atrás, como si una mano invisible nos hubiera lanzado de aquel Eden, cerrando cruelmente tras de nuestros pasos aquella decoracion de nuestra felicidad y de nuestros amores.

XLI.

Volvimos á entrar. La noche fué triste: sin embargo, yo debia acompañar á Julia en su carruaje hasta Lyon. Cuando la aguja de su pequeño reloj portatil marcó las doce de la noche, salí para dejarla descansar un poco hasta la mañana siguiente. Acompañóme hácia la puerta que yo abrí. —«Hasta mañana,» le dije besando su mano, que me alargó en el corredor. Nada me contestó; pero le oí murmurar sollozando entre labios detras de la puerta que acababa yo de cerrar:—«¡No hay ya mañana para nosotros!»

Todavía las hubo, pero fueron cortas y amargas, como las últimas gotas de una copa vaciada. Salimos antes de amanecer para Chambery, á fin de no mostrar en público nuestras mejillas, descoloridas por el insomnio, y nuestros ojos, enrojecidos por las lágrimas. Pasamos allí el día en una pequeña posada del arrabal de Italia. Aquella posada, cuyas galerías de madera daban á un jardín atravesado por un riachuelo, nos hacia durar la ilusion algunas horas mas, recordándonos las galerias, la soledad y el silencio de nuestra morada de Aix.

XLII.

Antes de dejar á Chambery y su amado valle, quisimos visitar juntos la casita de Juan Jacobo Rousseau y de Mad. de Warens en las Charmettes. Un paisaje no es mas que un hombre ó una mujer. ¿Qué es Vaucluse sin Petrarca? ¿Qué es Sorrento sin el Tasso? ¿Qué es la Sicilia sin Teócrito? ¿Qué es el Paraclete sin Eloisa? ¿Qué es Annecy sin Mad. de Warens? ¿Qué es Chambery sin Juan Jacobo Rousseau? ¡Cielo sin rayos, voces sin ecos, sitios sin alma! El hombre no presta solo animacion al hombre, sino á to-

da una naturaleza entera. Lleva consigo una inmortalidad al cielo, y deja otra en los sitios que ha consagrado. Buscando sus huellas, se las encuentra y se conserva con él.

Cogimos el tomo de «Las Confesiones,» en que el poeta de las Charmettes describe aquel retiro campestre. Rousseau fué arrojado allí por los primeros naufragios de su destino, y recogido en el seno de una mujer jóven, hermosa, de aventurera vida, y naufraga como él. Aquella mujer parecia haber sido dotada espresamente por la naturaleza de virtudes y debilidades, de sensibilidad y de licencia, de piedad y de independenciamiento de ánimo, para cobijar la adolescencia de aquel genio extraño cuya alma contenia á la vez un sabio, un amante, un filósofo, un legislador y un insensato. Otra mujer habria hecho quizá brotar otra vida; pero se encuentra toda entera en un hombre la primera mujer á quien amó. ¡Feliz el que hubiese encontrado á madame de Warens antes de su profanacion! Era un ídolo adorable; pero ese ídolo habia sido mancillado, y rebajaba él mismo el culto que un alma nueva y amorosa le tributaba. Los amores de aquel jóven y de aquella jóven son una página de Dafnis y Clíoé, arrancada del libro y hallada envuelta en cieno en el lecho de una cortesana.

No importa: aquel fué el primer amor ó el primer delirio de aquel hermoso jóven. El sitio en que nació ese amor; el emparra-do bajo el cual hizo Rousseau sus primeras declaraciones; el cuarto en donde se ruborizó de sus primeras emociones; el patio en donde el discípulo se gloriaba de descender á los trabajos mas humildes para servir á su amante en su protectora; los castaños di-seminados, á cuya sombrase sentaban juntos para hablar, interpolando de locas risas y de caricias infantiles aquellas festivas teolo-gías; sus dos rostros tan en armonía con aquel paisaje, tan bien confundidos en aque-lla naturaleza salvaje, limitada y misteriosa como ellos; todo esto tiene para los poetas, para los filósofos y para los amantes un atractivo oculto, pero profundo, del cual no acierta uno á explicarse la razon, ni aun ce-diendo á él. Para los poetas es todo aquel-lo la primera página de aquel alma, que fué un poema; para los filósofos, es la cuna de una revolucion; para los amantes el nido de un primer amor.

XLIII.

Subíamos hablando de aquel amor el sen-

dero pedregoso que por lo hondo de un barranco conduce á las Charmettes. Estábamos solos. Los pastores habian abandonado los prados secos y los setos sin hojas. El sol brillaba á traves de algunas nubes fugitivas, y sus rayos mas concentrados eran mas ardorosos en los flancos abrigados del barranco. Los pitirreos saltaban casi bajo nuestras manos en los matorrales. Nos parábamos de vez en cuando, y nos sentábamos sobre el ribazo del sendero al Mediodía para leer una ó dos páginas de «Las Confesiones,» é identificarnos con el sitio.

Parecíanos ver al jóven vagabundo, cubierto casi de harapos, llamando á la puerta de Annecy, y entregando con rubor su carta de recomendacion á la bella reclusa en el sendero del desierto que conducia desde su casa á la iglesia. Presentábanse nos con tal fuerza á nuestra imaginacion el jóven y la jóven reclusa, que se nos figuraba que nos estaban aguardando y que íbamos á verlos á la ventana ó en los paseos del jardin en las Charmettes. Volviamos á ponernos en seguida en camino para detenernos otra vez. Aquel sitio nos traia y rechazaba á la vez como un sitio en donde el amor habia sido revelado y profanado tambien. No existia este peligro para nosotros, pues nuestro amor debia salir de allí tan puro y tan divino como lo lle-

vábamos en nuestras dos almas.

—«¡Oh! decia entre mí; si yo fuese Rousseau, qué no hubiera hecho de mí esta otra Mad. de Warens, tan superior á la de las Charmettes como inferior soy yo, no en sensibilidad, sino en genio á Rousseau.

Reflexionando de ese modo, subíamos una cuesta muy pendiente, en la que se veian diseminados algunos añejos nogales. Aquellos árboles habian visto jugar á los dos amantes sobre sus raices. A la derecha, en el punto en que se estrecha la garganta como para cerrar enteramente el paso al caminante, un terraplen de piedras toscas y mal unidas sostiene la casa de Mad. de Warens, que es un pequeño cubo de piedras cenicientas con una puerta y dos ventanas del lado del terraplen; otra puerta y otras dos ventanas del lado del jardin; tres cuartos, bajos de techo, en el piso superior, y una gran sala al nivel del suelo, sin mas muebles que un retrato de Mad. de Warens cuando era jóven. Su gracioso rostro, á través del polvo del ahumado lienzo, aparece radiante de belleza, de ilusiones y de alegría. ¡Pobre mujer encantadora! Si no hubiese encontrado á aquel muchacho errante en los caminos; si no le hubiera abierto su casa y su corazon, aquel genio sensible y sufrido se habria estinguido en el fango.

Aquel encuentro se asemeja á una casualidad; pero fué la predestinacion de aquel grande hombre bajo la figura de una primer amante. Aquella mujer le salvó, cultivó sus disposiciones, y le exaltó en la soledad, en la libertad y en el amor como aquellas huris de Oriente que preparan á los jóvenes seides al martirio por medio de los placeres. Ella fué la que formó su imaginacion mediatunda, su alma femenil, su tierno acento y su pasion por la naturaleza. Al comunicarlesu alma visionaria le dió el entusiasmo de las mujeres, de los jóvenes, de los amantes, de los pobres, de los oprimidos y de los desgraciados de su siglo. ¡Ella le dió el mundo, y él fué ingrato!... ¡Ella le dió la gloria, y él le legó el oprobio!... Pero la posteridad debe estarles reconocida y perdonar una debilidad que nos trajo al profeta de la libertad. Cuando Rousseau escribió aquellas páginas odiosas acerca de su bienhechora, no era ya Rousseau, sino un pobre insensato. ¿Quién sabe si su imaginacion enfermiza y turbada, que le hacia ver entonces el insulto en el beneficio, el odio en la amistad, no le hizo ver tambien á la cortesana en la mujer sensible, y el cinismo en el amor? Siempre he abrigado esa sospecha, y desafío á cualquier hombre de razon á que reconstruya con verosimilitud el carácter que Rousseau da á su

amante con los elementos contradictorios que aglomera en aquella naturaleza de mujer. Uno de esos elementos escluye al otro. Si tenia bastante alma para adorar á Rousseau, no amaba al mismo tiempo á Claudio Anet: si lloraba á Claudio Anet y á Rousseau, no amaba al mancebo peluquero: si era piadosa no se gloriaria de sus debilidades, sino que las deploraría: si era tierna, bella y accesible como Rousseau nos la pinta, no estaria reducida á buscar sus adoradores entre los que vagaban por los caminos y las calles. Si aparentaba devocion con semejante vida, seria una mujer de cálculo é hipócrita; y si era una mujer hipócrita, no seria la mujer ingénua y franca de «Las Confesiones.» Este retrato no es verdadero: no es mas que una cabeza y un corazon de capricho. En todo eso hay un misterio, y ese misterio quizá esté mas bien en la mano estraviada del pintor que en la naturaleza de la muger cuyos caractéres reproduce. No debemos ni acusar al pintor, que no estaba ya en el cabal uso de su juicio, ni creer en el retrato, que desfigura una creacion adorable despues de haberla bosquejado.

Encuanto á mi, jamas he creido que Mad. de Warens se reconociese en las páginas sospechosas de la vejez de Rousseau. Siempre se me ha presentado á mi imaginacion tal co-

mo se me apareció en Arnecy al jóven poeta bella, sensible, tierna, algo ligera, aunque piadosa realmente, pródiga de bondades, sedienta de amor, y de confundir los dulces nombres de madre y de amante en su cariño á aquel jóven que le enviaba la Providencia y que su necesidad de amar le hacia adoptar. Este es el verdadero retrato, tal como las personas ancianas de Chambery y de Annecy me han dicho haberlo oido bosquejar á sus padres. El alma misma de Rousseau se rebela contra sus acusaciones. ¿Dónde habria adquirido áquella melancolía femenil del corazon, aquellos toques finos y delicados de la sensibilidad, si una mujer no se los hubiese infiltrado en su corazon? No; la muger que ha creado á semejante hombre no es una cortesana cínica, sino una Eloisa caida, y caida en el amor, no en la torpeza y la depravacion. Apelo á Rousseau jóven y amante, de Rousseau viejo ceñudo, que calumniaba á la naturaleza humana, y lo que voy á buscar muchas veces con ilusiones la ilusion en las Charmettes es á Mad. de Warrens, mas tierna y seductora á mis ojos y en mi corazon que en el suyo.

XLIV.

Una pobre mujer nos encendió lumbre en el cuarto de Mad. de Warens. La jardinera acostumbrada á las visitas de extranjeros y á sus conversaciones largas y recogidas en el teatro de los primeros años de un hombre célebre, continuó sus ocupaciones en la cocina y en el patio, sin hacer alto en nosotros. Dejonos calentarnos tranquilamente ó vagar libremente de la sala al jardín y del jardín á las habitaciones. El jardín bañado de sol, rodeado de una pequeña pared que lo separa de las viñas; pero cuajado de yerbas y legumbres, y ensuciado con plantas parásitas, malvas y ortigas, se asemejaba á aquellos cementerios de aldea, en donde los habitantes van los domingos á calentarse al sol de invierno contra las paredes de la iglesia, hallando la tumba de los muertos. Los paseos, arenosos en otro tiempo y ahora llenos de tierra húmeda y de musgo amarillo, demostraban bastante el abandono en que los dejaba la ausencia de los huéspedes. Oh! ¡cuánto habríamos deseado descubrir allí una huella del pié de Mad. de Warens en la época en que iba de árbol en árbol y de ce-

Tomo I.

pa en cepa, con cestillas en la mano, á coger peras del vergel ó uvas de la viña, loqueando con el discípulo ó el confesor! ¡Pero no queda otro vestigio de ellos en su casa que ellos mismos! Su nombre, su memoria, su imágen, el sol que han visto, el aire que han respirado y que parece todavía radiante con su juventud, templado por sus hálitos, sonoro con sus voces, nos envuelven con los mismos resplandores, las mismas respiraciones, los mismos ensueños y los mismos ruidos con que encantaban su primavera.

Veia en el recogimiento, en la fisonomía pensativa y en el silencio de Julia, que la impresion de aquel santuario de amor y de genio no la conmovia menos que á mí. Hasta habia momentos en que se apartaba de mí para recogerse en sus propios pensamientos como si temiese comunicármelos todos, unas veces entrando en la casa para calentarse, mientras que yo estaba en el jardin; otras volviendo al jardin y sentándose en el banco de piedra del emparrado, cuando iba yo á reunirme á ella junto á la lumbre. Al fin fuí á buscarla debajo del emparrado: las últimas hojas amarillas de la parra colgaban próximas á desprenderse de su pámpano y permitian que el sol la inundase y revisitiese, por decirlo así, con sus rayos.—«¿En

qué deseais pensar sin mí? la dije con un acento de tierna reconvencion. ¡Por ventura pienso yo solo alguna vez?—¡Ah, me contestó; no me creereis tal vez; pero pensaba en que desearia ser Mad. de VVarens para vos durante una sola estacion; aunque debiera ver el resto de mis dias pasarse en el abandono, y mi memoria en la vergüenza, como ella; aun cuando fuéseis tan ingrato y calumniador como Rousseau!..

»¡Qué feliz es! prosiguió, paseando por el cielo su mirada, como si entoviese la imágen de la mujer singular que tanto envidiaba. ¡Qué feliz es! ¡Ella ha podido sacrificarse por el que amaba!

—»¡Oh! qué ingratitud, y qué profanacion de vos misma y de nuestra felicidad, la respondí conduciéndola á pasos lentos hacia la casa sobre las hojas secas que se deshacian bajo nuestros pies. ¿Os he dado á entender por ventura con una sola palabra, por una sola mirada, por un solo suspiro, que faltase algo á mi triste pero completa felicidad? ¿En vuestra angelical imaginacion, no concebís para un segundo Rousseau (si la naturaleza hubiese formado dos) otra Mad. Warens? ¿Una segunda Mad. de VVarens, jóven, virginal, pura, amante y hermana á la vez, dando su alma entera, su alma inviolable é inmortal, en vez de sus atractivos

percederos; dándosela á un hermano perdido y vuelto á encontrar, joven, extraviado, errante tambien, como el hijo del relojero, en este mundo: abriendo á este hermano, no su casa y su jardin, sino el luminoso hogar de su ternura; purificándole en su fuego, lavándole de sus primeras manchas en el agua de sus lágrimas; desviándole para siempre de todo deseo que no fuese la contemplacion y la posesion interior enseñándole á gozar en sus mismas privaciones mucho mas que gozaria en esos arrebatos sensuales que el bruto divide con el hombre; trazándole su camino en la vida á la luz de las miradas con que le protege; estimulándole á la gloria y á la virtud, y recompensándole del sacrificio con este pensamiento? Qué, ¿gloria, virtud, sacrificios, nada pasa desapercibido para el corazon de una amante, todo se acumula en su amor, todo se multiplica en su reconocimiento, todo vá á reunirse á ese tesoro de ternura que se llena aquí abajo y que no se ha de abrir sino en el cielo?...

Sin embargo, hablando así, cai anonadado y oculto el rostro entre mis manos sobre una silla lejos de la suya. Allí permanecí largo rato sin hablar una palabra.—«Vámonos, me dijo ella; tengo frio, este sitio no es bueno para nosotros.» Dimos algunas monedas

á la buena mujer, y volvimos á tomar lentamente el camino de Chambery.

XLV.

Al siguiente dia Julia salió para Lyon. Por la tarde Luis “ vino á vernos á la posada. Yo le decidí á venir conmigo á pasar algunas semanas en casa de mi padre. Estaba esta sobre el camino de Lyon á Paris. Salimos juntos, y habiendo buscado en Chambery un carruaje descubierto para seguir en posta el de mi amiga hasta el punto en que debíamos separarnos, pudimos encontrarlo.

Antes de amanecer nos pusimos en marcha, y corríamos en silencio por los sinuosos desfiladeros de la Saboya que se abren en el puente de Beauvoissin, sobre las llanuras pedregosas y monotonas del Delfinado. En cada parada bajábamos del carruaje para acercarnos al estribo del que nos precedia, é informarnos de la salud de la pobre enferma. ¡Ay! Cada vuelta de las ruedas que la alejaba del manantial de vida que ella habia encontrado en Saboya parecia arrebatlarla sus colores y dar á sus ojos y á todas sus facciones esa languidez y esa

fiebre lenta que me habian admirado como la belleza de la muerte la vez primera que la vi.

La procsimidad del momento en que debíamos abandonarla la oprimia visiblemente el corazon. Entre la «Tour du Pin» y Lyon entramos para distraerla en su carruaje, acompañándola algunas leguas. Yo la rogué que cantase el romance del marinero escocés para que le oyese mi amigo, y ella lo hizo por complacerme. Pero en la segunda estrofa, que refiere la despedida de dos amantes, la conformidad de nuestra situacion con la desesperada tristeza de las notas de la balada, entonadas por la voz, la conmovieron de tal modo, que rompió á llorar, deshaciéndose en lágrimas con nosotros. Cubriose la cara con un chal negro que llevaba como un velo. Yo la ví llorar bajo el chal durante mucho tiempo. En la última parada le acometió un desmayo que duró hasta que llegamos á la puerta de la fonda en que paramos en Lyon. Ayudamos á su doncella á llevarla á la cama, y habiéndose repuesto durante la noche, continuamos al siguiente dia nuestro camino hasta Macon.

XLVI.

Allí era donde debíamos separarnos definitivamente. Mi amigo y yo dimos algunas instrucciones á su conductor. Apresuramos la despedida, temiendo agravar su mal prolongando las emociones dolorosas, como se abre repentinamente una herida para no oír el grito del dolor. Mi amigo partió para la casa de mi padre, adonde yo le habia de seguir un dia despues.

Sin embargo, apenas Louis hubo partido, cuando me hallé imposibilitado de cumplirle la palabra que le habia dado. La idea de dejar á Julia inundada en lágrimas, y siguiendo en invierno un largo camino, entregada á los cuidados de dos criados, sin saber si caeria enferma, aislada en alguna posada, y llamándome en vano en el lecho de la muerte, me impidió el tener un solo momento de reposo. Yo no tenia dinero. El buen anciano que me habia prestado los veinte y cinco luises habia muerto durante mi ausencia. Tomé mi reloj, una cadena de oro que me habia regalado hacia tres años una amiga de mi madre, algunas alhajas, mis charreteras, mi sable, los galones de plata de mi uniforme, lo envolví todo en mi capa, y me dirigí á casa del joyero de mi madre, quien

me dió treinta y cinco luises por todas estas prendas. Desde allí corrí á la posada donde dormia Julia, é hice llamar á su conductor. Le dije que acompañaria de lejos su carruaje hasta la puerta de Paris, pero que no queria que la señora lo notase, temiendo que ella se opusiera. Le pedí informes de las ciudades y de las fondas en que debia detenerse y bajar, para yo detenerme en las mismas ciudades, aunque en distintas paradas. Recompensé generosamente y por adelantado su discrecion. Tomé caballos de posta, y salí media hora despues de haber visto marchar el carruaje que deseaba escoltar.

XLVII.

Ningun obstáculo imprevisto vino á contrariar la misteriosa vigilancia que queria ejercer invisible sobre el destino de la que seguia. El conductor advertia secretamente en las paradas la procsimidad de un segundo carruaje, para cuyo servicio pedia dos caballos, que yo encontraba preparados siempre. Yo apresuraba ó detenía mi marcha, segun queria acercarme ó alejarme del primer carruaje. Preguntaba á los postillo-

nes por la salud de la jòven que habian conducido.

De lo alto de las lomas, á lo lejos en las llanuras, divisaba el carruaje que corria en medio de la niebla ó á la luz del sol, llevando mi felicidad. Mi pensamiento se adelantaba al galope de los caballos, se lanzaba al carruaje, contemplaba á Julia dormida en su sueño, ocupado por mi recuerdo, ó velando y llorando en las imágenes de nuestros bellos dias pasados. Cuando yo cerraba los ojos para verla mejor dentro de mí mismo, creia oir su respiracion. Hoy mismo apenas puedo comprender cómo tuve bastante imperio sobre mí para resistir, durante un viaje de ciento veinte leguas, al ímpetu interior que me precipitaba constantemente hácia aquel carruaje, tras del cual corria sin querer alcanzarlo, y dentro del cual estaba encerrada toda mi alma, mientras que mi cuerpo, insensible á la nieve y á la lluvia, seguia conmovido de vaiven en vaiven y de escarcha en escarcha, sin tener conciencia de sus propios sufrimientos. Pero el temor de causar á Julia una emocion inesperada que pudiera serle fatal, de renovar una escena de despedida cruel; la idea de velar, como una providencia amante, con un desinterés angelical, sobre su seguridad, me afirmaba en mi resolucion.

La primera vez paró ella en la gran fonda de Antun; yo en una posada del arrabal que estaba al lado. Antes de amanecer los dos carruajes, uno á la vista del otro, corrian otra vez sobre la estensa línea ondulosa y blanca que marca el camino, á través de las llanuras parduzcas y de los bosques de encinas drúidicas de la alta Borgaña. Nos detuvimos en la pequeña ciudad de Avallon; ella en el centro, yo en una de las estremidades de la ciudad. El siguiente dia corríamos hácia Sens. La nieve, amontonada por los vientos del Norte alrededor de las elevadas y ávidas llanuras de Lucy-le-Bois y de Vermanron, caia en anchos copos medio derretidos sobre las montañas y sobre el camino, y ahogaba el ruido de las ruedas. Distinguíase apenas el nebuloso horizonte á muy pequeña distancia, á través de esa polvareda de nieve que el viento levantaba en torbellinos de las campiñas vecinas. No podia apreciarse ni por la vista ni por el oído la distancia de los dos carruajes. De repente, delante de mí y rozando con las cabezas de mis caballos, vi el coche de Julia detenido en medio del camino. El conductor, habiendo bajado de su asiento, estaba de pie sobre el estribo dando gritos y lleno de desesperacion. Salté á tierra, volé á la puertecilla del carruaje por un impulso mas fuer-

te que mi prudencia; me arrojé en el coche donde la doncella procuraba hacer volver en sí á su señora de un desmayo, causado por la fatiga y por el huracan, y tal vez tambien por el estado de su alma. ¡Lo que yo sentí al sostener entre mis brazos aquella cabeza adorada en una hora de incompleta insensibilidad, deseando y temiendo á la vez que ella oyera y reconociera la voz que la llamaba á la vida; mientras que el conductor iba á buscar fuego y agua caliente á las lejanas chozas, y la doncella, teniendo sobre sus rodillas los elados pies de su señora, los frotaba con sus manos y los oprimia contra su pecho para calentarlos, nadie puede comprenderlo ni decirlo, á menos que no haya sentido en su corazon la lucha de la vida y de la muerte!

Por fin, estos tiernos cuidados, la impresion de las botellas de agua caliente traídas por el conductor, la de mis manos sobre las suyas, la de mi aliento sobre su frente, volvieron el calor á las estremidades. El color que asomaba á sus mejillas y un largo suspiro que se escapaba de sus labios me anunciaron que iba á volver de su desvanecimiento. Entonces me arrojé desde el carruaje al camino para no ser reconocido cuando abriera los ojos. Allí permanecí un momento al lado de las ruedas y un poco detras, con el

rostro cubierto con la capa. Encargué á los criados el secreto de mi aparicion, y ellos me hicieron seña de que la viajera volvía en sí. Yo oí su voz, que balbuceaba al despertarse como de un sueño, estas palabras:— «¡Oh, si Rafael estuviese aquí! ¡Creí que era Rafael!» Me arrojé en seguida en mi carruaje. Los caballos volvieron á marchar, y bien pronto nos separó una larga distancia. Por la noche fuí á la posada donde habia ella parado en Sens para informarme del estado de su salud. El conductor me aseguró que dormia tranquilamente.

Seguí sus huellas hasta «Fossard, parada de postas cerca de la pequeña ciudad de Montereau. En este sitio el camino de Sens á Paris se divide, pasando un brazo por Fontainebleau y el otro por Melun. Este último, siendo algunas leguas mas corto, fué el que yo tomé para adelantarme á Julia al llegar á Paris y verla bajar del carruaje á la puerta de su casa. Hice marchar un carruaje á todo correr, y llegé mucho antes de anochecer á la fonda en que tenia costumbre de alojarme en París. Entrada la noche, fuí á apostarme sobre uno de los malecones de Paris enfrente de esa casa de Julia que tantas veces me habia descrito. La reconocí como si hubiera pasado en ella toda mi vida. Vi en su interior, á traves de los vidrios, ese mo-

vimiento de sombras que van y vienen en una casa en que se espera á un huésped de importancia. Distinguí en su habitacion y en el techo el reflejo del fuego encendido en la chimenea. El rostro de un anciano se acercó muchas veces á una ventana pareciendo interrogar el mas ligero ruido. Este era su marido, su padre. Los porteros tenian la puerta abierta y se adelantaban de tiempo en tiempo fuera del umbral para escuchar tambien. Un reverbero, agitado por el viento tempestuoso de diciembre, despedia y retiraba sucesivamente una luz rápida y tibia sobre el suelo y delante de la puerta. Por fin, una silla de posta desembocó rápidamente de una de las calles, y fué á detenerse bajo las ventanas de la casa. Corrí hácia allí; me oculté en la sombra de una columna en una puerta que está al lado de la en que se habia detenido el carruaje. Vi á los criados precipitarse á la puertecilla. Vi á Julia bajar en brazos del anciano, que la abrazó como un padre abraza á su hijo despues de una larga ausencia; él volvió á subir penosamente la escalera, sostenido por el portero. El coche fué desocupado. El postillon le llevó á la cochera que estaba en otra calle, y la puerta se cerró. Yo volví á tomar mi puesto sobre el pretil de la ribera.

XLVIII.

Desde allí contemplé por mucho tiempo las ventanas iluminadas de la casa de Julia. Procuraba entrever lo que pasaba en el interior. Notaba ese movimiento de gentes que llevan las maletas, que deshacen los paquetes, que arreglan los muebles, á la llegada de un huésped. Cuando este movimiento hubo cesado y las luces dejaron de discurrir de una habitacion á otra, iluminándose la habitacion del anciano en el piso principal con la débil luz de una lamparilla distinguí á través de los vidrios del entre-suelo que estaba debajo el talle esbelto y flexible de Julia, que se dibujaba en sombra, inmóvil sobre las blancas cortinas. Permanecí algun tiempo en esta actitud; despues la vi abrir la ventana á pesar del frio, mirar un momento al Sena del lado en que yo estaba, como si su mirada hubiese sido detenida sobre mi por una revelacion sobrenatural del amor; luego volverse y mirar por un largo espacio de tiempo del lado del Norte una estrella que teníamos costumbre de contemplar juntos, y que nos habíamos prometido mirar durante la ausencia, como para dar un punto de reunion

á nuestras almas en la inaccesible soledad del firmamento. Yo sentí esta mirada como hubiera sentido un ascua que cayera sobre mi corazón. Comprendí que nuestras almas estaban unidas por el mismo pensamiento. Todas mis resoluciones se hundieron. Me adelanté para llegar á su ventana y arrojar un grito que la hiciera reconocer á su hermano á sus pies. En el mismo momento cerró ella la ventana. El ruido de los coches ahogó mi grito. La luz del entresuelo se extinguió, y yo quedé inmóvil delante de su casa. El reloj de un edificio próximo dió lentamente las doce. Yo me acerqué á la puerta, y la besé convulsivamente sin atreverme á llamar. Me arrodillé sobre el umbral, y rogué á la piedra que me guardase el bien supremo que acababa de conducir y confiar á sus muros y me alejé.

XLIX.

El día siguiente salí de Paris, sin haber visitado á ninguno de los amigos que allí tenía entonces, feliz interiormente por no haber dicho una sola palabra, de no haber dirigido una sola mirada, de no haber dado un solo paso que no fuese por ella. El resto

del mundo no ecsistia ya para mi. Solamente, y antes de partir, puse en la estafeta una carta fechada en Paris y dirigida á Julia, quien debia recibirla al despertarse. Esta carta no contenia mas que estas palabras: —«Yo os he seguido. He velado invisible sobre vos. No he podido abandonaros, sin dejaros entregada á los cuidados de los que os aman. Ayer, á media noche, cuando abrísteis la ventana y suspirásteis mirando la estrella, estaba yo al lado vuestro. Hubiérais podido oir mi voz. ¡Cuando leais estas líneas estaré ya muy lejos!...»

L.

Viajé de dia y noche en tal confusion de ideas, que no sentí ni el frío, ni el hambre, ni la distancia, llegando á M. ““ como si hubiese salido de un sueño y casi sin recordar mi viaje de Paris. Encontré á mi amigo Louis ““, que me esperaba en la pequeña casa de campo de mi padre. Su presencia fué un consuelo para mí. Podia al menos hablarle de aquella á quien él admiraba tanto como yo. Nos acostábamos en el mismo cuarto, y una parte de la noche la pasábamos en hablar de aquella divina aparicion,

que le habia deslumbrado tanto como á mí. El la consideraba como una de esas ilusiones fantásticas, como una de esas mujeres mas grandes que la naturaleza, tales como la Beatriz del Dante, la Eleonora del Tasso, la Laura del Petrarca ó la Victoria Colonna, poeta, amante, heroina á la vez; figuras que atraviesan la tierra casi sin tocarla y sin detenerse en ella, solamente para fascinar las miradas de algunos hombres privilegiados por el amor, para arrastrar sus almas á inspiraciones, aspiraciones y para ser el «sursum corda» de las imaginaciones privilegiadas. En cuanto á Luis, no se atrevia á elevar su amor tan alto como su entusiasmo. Su corazón tierno, débil, y llagado de antemano, estaba enteramente ocupado con la dulce imagen de una pobre huérfana. Su felicidad hubiera consistido en llevarla al altar, para vivir en el retiro y en la paz en una casita al lado de Cambery. La falta de medios de los dos pobres amantes les contenia en los límites de su triste y tierna amistad, temiendo llevar en la indigencia el nombre de su familia y legar la miseria á sus hijos. La jóven murió algunos años despues de desesperacion y de tristeza. Es una de las mas delicadas criaturas que he visto extinguirse por falta de algunos rayos de fortuna. Su rostro, notable por una floreciente juven-

tud igualmente próxima á extinguirse ó á renacer, era la mas sublime garantia de esa virtud de la desgracia que se llama resignacion. Llegó á perder la vista á fuerza de llorar en secreto durante los largos años de esperanza y de incertidumbre. La encontré una vez volviendo de Italia. Una de sus hermanas pequeñas la conducia de la mano por las calles de Chambery. Al oir mi voz palideció, y buscó á tientas un apoyo á su mano ciega.—«Perdonad, me dijo; pero cuando yo escuchaba esa voz en otro tiempo, oia otra al mismo tiempo...» ¡Pobre niña! hoy escucha en el cielo la voz de su amante.

LI.

¡Cuán largos se me hicieron los dos meses que me fué preciso pasar lejos de ella en el campo ó en la ciudad, en casa de mi padre, esperando llegase la época en que debia reunirme con Julia en Paris! Habia agotado en los tres ó cuatro meses que acababan de pasar la pension que me daba mi padre, los secretos recursos de la ternura de mi madre, la bolsa de mis amigos, para pagar las deudas que la disipacion, el juego y los viajes me habian hecho contraer. No tenia me-

dio alguno de procurarme la pequeña cantidad necesaria para ir á Paris y para vivir en él, aun en la escasez y retirado. Me era preciso esperar al mes de enero, época en que debia percibir un trimestre de la pension de mi padre, y en que tambien un tio tan rico como severo y unas buenas tias ancianas tenian costumbre de hacerme algunos regalos. Con todos estos recursos esperaba poder reunir una suma de seiscientos ú ochocientos francos, que bastaba para poder vivir en Paris unos cuantos meses. Esta medianía no me seria costosa á mi vanidad de aquí en adelante, puesto que mi vida se cifraba únicamente en mi amor. ¡Todas las riquezas del mundo no me hubieran servido para otra cosa que para comprar el momento del dia que ansiaba pasar cerca de ella!...

Los dias que tuve precision de esperar estuvieron esclusivamente ocupados con su imágen. Nos habíamos consagrado mutuamente todas las horas del dia. Por la mañana, apenas se levantaba, encerrábase para escribirme. En el mismo momento yo la escribia tambien. Nuestras páginas y nuestros pensamientos se cruzaban todos los correos, en el camino se interrogaban, se respondian, se confundian sin interrumpirse un solo dia. Realmente no habia entre

nosotros sino algunas horas de ausencia; las de la tarde y las de la noche. Y aun esta las llenaba con su contemplacion. Me rodeaba de sus cartas; las abria sobre la mesa; las sembraba sobre mi lecho; las aprendia de memoria; me recitaba á mí mismo los pasajes mas tiernos y mas apasionados, procurando imitar su voz, sus ademanes, su mirada. Yo la respondia, y llegaba á crearme una ilusion tal de la realidad de su presencia, que me impacientaba cuando venian á interrumpirme para comer ó para recibir alguna visita. Figurábaseme que venian á arrebatármela, á arrojarla fuera de mi habitacion. En mis largas escursiones sobre las montañas ó sobre las nebulosas praderas sin horizonte que bordean el rio, tomaba su carta de por la mañana. Me sentaba repetidas veces sobre las rocas, á la orilla del agua ó sobre los hielos, para volverla á leer. Cada vez que repetia su lectura, parecíame descubrir en ella una palabra ó un acento que habia pasado desapercibido. Siempre dirigia maquinalmente mis escursiones por el lado del Norte, como si cada paso que daba hacía Paris me hubiese llevado á ella y disminuido en otro tanto la distancia cruel que nos separaba. A veces caminaba largo trecho sobre el camino de Paris con esta única intencion. Cuando era preciso volverme,

luchaba conmigo mismo largo tiempo. Cuando me hallaba triste, me volvía muchas veces hacia el punto del horizonte en que ella respiraba. ¡Oh, cuánto envidiaba las alas de los cuervos cubiertas de nieve, que volaban hacia el Norte á través de la niebla! ¡Qué daño me hacían los carruajes que veía pasar sobre el camino y corriendo hacia París! ¡Cuántos días de mi inútil juventud no hubiera yo cedido por hallarme en el sitio de esos ancianos desocupados, que miraban con una fría indiferencia por los vidrios de la ventanilla al jóven solitario que marchaba en sentido inverso de su corazón á la orilla del camino! ¡Cuán infinitamente largos se me hacían los cortos días de diciembre y de enero! Para mí no había mas que una hora feliz en todas estas horas: aquella en que oía desde mi habitacion los pasos del cartero que distribuía las cartas á la puerta de las casas. Desde que le sentía abrir la ventana. Veíale llegar de lo último de la calle, con las manos llenas de cartas que entregaba á los criados, esperando delante de cada casa el importe del correo. ¡Cuántas veces maldije la lentitud de las buenas mujeres que no concluían de contar el dinero sobre su mano! Antes de que el cartero llamase á la puerta de la casa de mi padre, había yo salvado la escalera y atravesado el zaguán,

presentándome en el umbral de la puerta. En tanto que el anciano cartero revolvía su paquete de cartas, yo procuraba descubrir la cubierta de fino papel de Holanda, y la elegante forma de letra inglesa, que me revelaban mi tesoro entre todos aquellos papeles ásperos y aquellos pesados sobrescritos de cartas del comercio ó de cartas indiferentes. Me apoderaba de ella temblando. Mis ojos se cubrían de una nube, mi corazón latía con violencia, y las piernas temblaban bajo el peso de mi cuerpo. Ocultaba la carta en el pecho, temiendo encontrar á alguien en la escalera, y que una correspondencia tan frecuente pareciese sospechosa á mi madre. Entonces me ocultaba en mi habitación. Corría el cerrojo por dentro, para devorar á mi placer aquellas páginas sin ser interrumpido. ¡Qué de lágrimas, de besos y aun bocados sobre aquellos escritos! ¡Ay! Cuando pasados algunos años he vuelto á hojear ese volúmen de cartas, ¡cuantas palabras borradas con mis labios faltaban para el sentido de las frases, que mis lágrimas ó mis trasportes habían lavado ó desgarrado!

LII.

Despues del desayuno volvia á subir á mi habitacion para leer segunda vez mi carta, y para contestar á ella. Aquellas eran las mas deliciosas y las mas febriles horas de mis dias. Tomaba cuatro pliegos del mas ancho y mas fino papel de Holanda, que Julia me habia enviado de París para este objeto, y cuyas páginas empezaban muy alto y concluian muy bajo, escrito sobre las márgenes, vuelto á escribir en distinto sentido sobre los renglones, y conteniendo millares de palabras. Todas las mañanas los llenaba, y los llenaba demasiado pronto, hallándolos escasos para el desbordamiento apasionado y tumultuoso de mis pensamientos. En estas cartas no habia ni principio, ni fin, ni medio, ni gramática, ni nada de lo que se entiende generalmente por estilo. Era mi alma entera ante otra alma, espresando, ó mas bien balbuceando como podia las tumultuosas sensaciones de que se hallaba llena, á favor del lenguaje insuficiente de los hombres: este lenguaje no ha sido formado para espresar lo inesplicable; signos imperfectos palabras vacías, frases insulsas, lengua de

hielo, que la plenitud, la concentracion y el fuego de nuestra alma hacia fundir como un metal refractario para formar de ellos otra lengua vaga, etérea, ardiente, acariciadora como las lenguas de las llamas, sin sentido para los demas, y que nosotros solo entendíamos porque era nuestra representacion. Nunca esta efusion de mi alma se detuvo ni se aminoró. ¡Si el firmamento no hubiese sido mas que una página, y Dios me hubiese permitido que la llenase con mi amor, esta página no hubiera podido contener todo cuanto yo sentia decirse dentro de mí! Nunca me detenía sino cuando los cuatro pliegos estaban llenos, y siempre me parecia no haber dicho nada; y es que, en efecto, nada habia dicho, porque ¿quién ha podido contar el infinito?

LIII.

Estas cartas, en que para nada entraba la mezquina pretension de talento, y que no eran una obra, sino un sentimiento, me hubieran, sin embargo, servido de mucho mas adelante, si Dios me hubiese llamado á hablar á los hombres ó á describirles las tintas las debilidades ó los arrebatos de las pasio-

nes del alma en las obras de imaginacion. Debo decir que sin saberlo luchaba desesperado, y como Jacob con el ángel, contra la pobreza, la avidez y la inflexibilidad de la lengua, de que me veia obligado á servirme por ignorar el lenguaje del cielo, los esfuerzos sobrenaturales que hacia para vencer, purificar, estender, doblegar, espiritualizar, colorear, enervar ó debilitar las espresiones; la necesidad de espresar con palabras las mas íntimas y los mas imperceptibles matices del sentimiento, las aspiraciones mas etéreas del alma, los impulsos mas irresistibles y la pureza mas contenida de la passion; en fin, hasta las miradas, la actitud, los suspiros, los silencios, el enternecimiento, las alucinaciones del corazon en la adoracion del invisible objeto de su amor; estos esfuerzos que deshacian la pluma bajo mis dedos como un instrumento rebelde, la hacian, sin embargo, encontrar alguna vez, y sin dejar de romperse, la palabra, el giro, el grito que buscaba para dar una voz al imposible. Entonces no me habia espresado en ninguna lengua; pero habia arrojado el grito de mi corazon, y era entendido. Cuando me levantaba de la silla despues de este agitado y delicioso combate contra las palabras, la pluma y el papel, me acuerdo que, á pesar del frio de mi habitacion en iuvier—

no, un sudor helado corría por mi frente, y abría la ventana para refrescar y enjugar mis cabellos.

LIV.

Pero no eran estas cartas solamente los gritos del amor, sino que la mayor parte de las veces eran invocaciones, contemplaciones, sueños del porvenir, perspectivas del cielo, consuelos, oraciones.

Este amor, privado por su naturaleza de todas las sensaciones voluptuosas que debilitan el corazón satisfaciendo los sentidos, había vuelto á abrir en mí los manantiales de la piedad, enturbiados ó desecados por los goces impuros. Este sentimiento se elevaba en mi alma á la altura y á la pureza del amor divino. Me esforzaba en elevar conmigo hasta el cielo, sobre las alas de mi imaginación ecstática y casi mística, esa segunda alma paciente y agostada. Hablaba de Dios, único ser bastante perfecto para haber creado esa perfección sobrehumana de belleza, de genio y de ternura; solo él bastante grande para contener la inmensidad de nuestras aspiraciones, él solo bastante infinito é inagotable para absolver y

para abismar en el hogar de su seno el amor que habia infundido en nosotros para que su llama al consumirnos uno por otro nos hiciese exhalar juntamente en él nuestros suspiros! Yo consolaba á Julia de los sacrificios de una felicidad mas completa en este mundo que el deber nos imponia. Hacia valer el mérito de estos sacrificios de un momento á los ojos del Eterno, remunerador de nuestras acciones. Bendecia la pureza y el desinterés de nuestros sentimientos que debian proporcionarnos un dia una felicidad mas inmaterial y mas pura en la atmósfera eterna de los espíritus celestiales. Llegaba hasta llamarme dichoso y á cantar himnos á la resignacion á que estábamos condenados por el mismo amor, pero por un amor mas grande. Inducia á Julia á que no se ocupase de mis penas y á que ella misma no las tuviese. Le demostraba un valor, un desprecio hácia los goces terrenos, que muchas veces yo no tenia sino en las palabras. Le hacia el holocausto de todo cuanto habia de humano en mí, elevándome á la inmaterialidad de los ángeles porque no entreviese un dolor ó una queja en mi oracion. Yo la suplicaba que buscase en una religion tierna y pródiga, á la sombra de las iglesias, en la fe misteriosa de ese Cristo, Dios de las lágrimas, en la oracion, las es-

peranzas infinitas, los consuelos y las dulzuras que yo mismo habia gustado en mi infancia. Ella me habia despertado el sentimiento de la piedad. Para ella únicamente redactaba esas fervientes y tranquilas oraciones que suben al cielo como una llama que ningun viento hace oscilar. ¡La encargaba que se ejercitase en estas oraciones á ciertas horas del dia y de la noche, en que yo mismo las pronunciaria para que nuestros dos pensamientos, unidos por las mismas palabras, se elevasen juntos, á una misma hora, en una misma invocacion!... Y ademas las regaba con lágrimas, que dejaban sus huellas sobre las palabras mas elocuentes y mas edificantes sin duda que las palabras mismas. Despues me llegaba furtivamente á poner en el correo esta médula de mis huesos. A la vuelta me encontraba aliviado, como si alli hubiese dejado una parte del peso de mi propio corazon.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

**Obras de recreo que se hallan
de venta en la Imprenta de Go-
mez, calle de la Muela n. 32.**

La historia de los Girondinos.—*Los mis-
terios de Londres.*—*Elina ó Sevilla por
dentro.*—*Gardiki, por Sué.*—*Zanoni, por
Bulwer.*—*La Joven Regente, por Masson.*
—*La Duquesa de Mazarin, por Laverne.*
—*El Marqués de Surville, por Sué.*—*El
Hijo del Diablo, por Paul Féval.*—*El Ca-
ballero de la Casa Roja, por Dumas.*—*El
Aventurero Castellano.*—*El Marqués de
Pombal.*—*Los Ultimos dias de un pueblo.*
—*Lo que es el Mundo ó Memorias de un Es-
céptico.*—*Doña Mercedes de Castilla ó el
viaje á Catay.*—*El Caballero d'Harmen-
tal, por Dumas.*—*Guy Mannering ó el As-
trólogo, por Walter Scott.*—*La Nave Fan-
tasma.*—*Los Cuatro Juanes ó los Despo-
sorios en el Castillo de Zambra.*—*Los Pre-
tendientes, por Soulié.*—*A la Reina no se
toca.*—*El Manto de Deyanira.*—*La Profe-
sion Frustrada.*—*El Barberode Paris.*—*El
Castillo de los Pirineos.*—*Los Cartujos ó
la Monja.*—*Las dos Dianas.*—*Los Cuaren-
ti y Cinco.*—*Amor y Venganza de un Es-
clavo.*—*El Tribunal Secreto.*—*El Aman-
te de la Luna.*—*El Comendador de Malta.*—

Teresa Dunoyer.—*La Baronesa de Bergenthin.*—*El Bastardo Agenor de Mauleon.*—*Arturo y Julia ó la Abadia de Santa Elena.*—*Thelena, ó el Amor y la Guerra.*—*Los Siete Pecados Capitales: la Soberbia, la Ira, la Embidia la Lujuria, y la Pereza. El Vizconde de Bezier.*—*Un Recluta.*—*Los Fanfarrones del Rey, por Feval.*

Se ha repartido el primer tomo encuadernado con elegante cubierta, de la interesante obra titulada, **ENRIQUE DE LORENA**, por «**Federico Soulié.**» Los señores suscritores que quieran hacerse de esta interesante obra, pueden pasar por la imprenta de Gomez, calle de la Muela, núm. 32, donde sigue abierta la suscripcion, al módico precio de dos cuartos pliego.

RAFAEL

o

PÁGINAS DE LOS VEINTE AÑOS

BIBLIOTECA SEVILLANA.

RAFAEL,

Ó

PAGINAS DE LOS VEINTE AÑOS,

POR

ALFONSO DE LAMARTINE.

TOMO II.

SEVILLA.--1849.

Imprenta de Gomez Editor, calle de la
Muela, número 32.



RAFAEL.

—

LV.

Pero por grandes que fuesen mis esfuerzos, la perpétua tension de mi imaginacion, jóven y ardiente, para inflamar mis cartas con el fuego que me consumia, para crear un lenguaje á mis suspiros y para hacer cruzar á mi alma entera sobre el papel la distancia que me separaba de la suya; en este combate contra la impotencia de las espresiones, me hallaba siempre vencido por Julia. Sus cartas tenian mas fuerza en una sola frase, que las mias en sus ocho páginas; se aspiraba su soplo en sus palabras. Leíanse sus miradas en aquellas líneas; sentíase en sus espresiones el calor de los labios que

las habian dejado escapar. Nada se evaporaba en esa lenta y difícil transición del sentimiento á la palabra que deja enfriar y palidecer la lava del corazon bajo la pluma del hombre. La mujer no tiene estilo, y hé aquí por qué todo lo espresa tambien. El estilo es un traje, y el alma está desnuda en la boca ó bajo la pluma de la mujer. Como la Venus de la palabra, ella sale del sentimiento en toda su desnudez. Nace de sí misma, se admira de haber nacido, y se la adora cuando aun no sabe que ha hablado.

LVI.

¡Qué cartas, qué llama, qué dias, qué tintas, qué acentos, qué fuego y qué pureza reunidas como los fuegos y la limpieza en el diamante, como el ardor y el pudor sobre la frente de la jóven amante! ¡Qué encantadora fortaleza, qué expansion infinita, qué cantos y qué gritos! Y luego, ¡qué *ritornelos* tristes como las notas inesperadas al fin de una melodía! ¡Y qué caricias de palabras, que se sentian pasar sobre la frente, como el aliento de la madre sopla jugueton sobre la frente del hijo que la sonrie! ¡Y qué voluptuosos mecimientos de palabras á media

voz, y de frases balbucientes, que parecen envolveros en sus rayos de murmullos, de perfumes, de tranquilidad, y conduciros insensiblemente, por el desvanecimiento de las sílabas, al reposo del amor, al sueño del alma, hasta besar sobre la página que dice: —«Adios!» Adios y beso que se recoge sin ruido, como ha sido impreso por los labios.

He encontrado todas estas cartas. He hojeado página por página toda esta correspondencia clasificada y guardada despues de la muerte por la mano de una piadosa amistad; cada carta con su contestacion, desde el primer billete hasta la última palabra, escrita por una mano herida de muerte, pero que el amor sostenia aun. ¡Las he vuelto á leer y las he quemado llorando, encerrándome como para cometer un crimen, y disputando cien veces á las llamas la página medio consumida para leerla aun!... ¿Y por qué? me preguntarás. ¡Las he quemado porque aun su ceniza hubiera sido demasiado ardiente para la tierra, y la entregué á los vientos del cielo!

LVII.

Llegó por fin el día en que pude contar las horas que me separaban de Julia. Todos los escasos recursos que yo pude reunir no llegaban á componer una suma suficiente para vivir tres ó cuatro meses en Paris. Mi madre, que veía mi angustia sin saber su verdadera causa, sacó del último de sus estuches de joyas, agotadas ya por la ternura, un grueso diamante, montado en una sortija. ¡El único, ¡ay! que le quedaba de las alhajas de su juventud! Ella le deslizó secretamente en mis manos, derramando lágrimas.—«Yo sufro tanto como tú, Rafael, me dijo tristemente, al ver tu juventud perdida consumirse en la ociosidad de una miserable ciudad, ó en los sueños de los campos. Siempre habia tenido la esperanza de que los dones de Dios, que yo he bendecido en tí desde tu primera infancia, te harían sobresalir en el mundo, y te abrirían alguna carrera brillante y honrosa. La pobreza con que luchamos no nos permite proporcionártela por nosotros mismos. Dios no lo ha querido hasta ahora. Fuerza es someterse con resignacion á su voluntad, que siempre

es buena. Sin embargo, te veo con dolor en ese estado de languidez mortal, que sucede á los esfuerzos infructuosos. Tentemos por última vez al destino. Parte, puesto que el suelo de este pais te abrasa los pies. Permanece algun tiempo en Paris. Llama con decoro y dignidad á las puertas de los antiguos amigos de la familia que hoy están en auge. Dales á conocer las pocas facultades que la naturaleza y el trabajo te han concedido. Es imposible que los jefes del nuevo gobierno no procuren asociarse á jóvenes capaces de sostener con el tiempo, y honrar el reinado de los príncipes que Dios nos ha devuelto. Tu pobre padre tiene bastante que hacer con la educacion de seis hijos, y con no desmerecer de su rango en la estrechez de nuestra vida aislada. ¡Tus demas parientes son buenos, pero no quieren comprender que es necesario aire para que respire, y accion suficiente á la devoradora actividad de un alma de veinte años! Ahí tienes mi última joya; habia prometido á mi madre no separarme de ella sino en una extrema necesidad. Toma y véndela para que puedas vivir en Paris algunas semanas mas. ¡Es la última prenda de ternura que juego por tí á la loteria de la Providencia! Ella te traerá la felicidad, porque con ese anillo te acompañan

todas mis oraciones, todo mi cariño y todos mis cuidados.»

Yo tomé el anillo, besando la mano de mi madre, y dejando caer una lágrima sobre el diamante. ¡Ayl él me sirvió, no para buscar y obtener el favor de los hombres mas poderosos y de los príncipes, para quienes pasó desapercibida mi oscuridad, sino para vivir tres meses en la vida del corazon, en la que solo un dia equivale á siglos de grandeza. Este sagrado diamante fué para mi la perla de Cleopatra, fundida en la copa de mi vida, y que me proveyó algun tiempo de amor y felicidad.

LVIII.

A pesar de todo, cambié enteramente de naturaleza en este momento, por respeto á los sacrificios repetidos de mi pobre madre, y por la concentracion de todos mis pensamientos en uno solo: volver á ver á la que amaba, y prolongar el mas tiempo posible por medio de la mas estricta economia los dias contados que habia de pasar al lado de Julia. Me hice pensador y avaro como un viejo del poco dinero con que contaba. Me parecia que cada pequeña cantidad que gas-

taba era una hora de mi felicidad, ó una gota de mi vida que se perdía. Resolví, pues vivir como Juan Jacobo Rousseau, con nada ó con casi nada, y descartar mi vanidad, mis vestidos, y aun mi alimento, de todo cuanto debía consagrar al éstasis santo de mi alma. Sin embargo, tenía yo una esperanza confusa de sacar, á favor de mi amor, algun partido de mi talento; este talento era solo conocido de algunos amigos por algunas poesías. En los tres meses que acababan de pasar habia escrito, en las horas de insomnio, un pequeño volumen de poesías amorosas, sentimentales, piadosas, segun que mi imaginacion prorrumpia en notas tiernas ó en notas graves. Habia puesto en limpio, con mucho cuidado, y en una elegante letra, esta pequeña coleccion, una parte de la cual habia leído á mi padre, juez excelente, aunque de un gusto severo. Algunos amigos conservaban en su memoria algunos fragmentos. Mandé encuadernar mi tesoro poético con una cubierta verde, color de buen agüero para una gloria en esperanza.

Siempre procuré ocultarlo á los ojos de mi madre, cuya casta y piadosa pureza de espíritu se habria alarmado del voluptuoso sentimiento, mas antiguo que cristiano, de algunas de estas elegías. Esperaba que la

gracia sencilla y el entusiasmo de estas poesías seducirían á algun editor inteligente que compraria mi obra, ó que al menos consentiria en imprimirla por su cuenta, y que el gusto del público, sentado por la novedad de estilo nacido en los campos, me daria á la vez un nombre y una pequeña fortuna.

LIX.

No tenia que inquietarme para encontrar en Paris una habitacion. Uno de mis amigos el jóven conde de V^{...}, vuelto hacia poco de sus viajes, debia pasar allí el invierno y la primavera. Me habia hecho la oferta de partir conmigo un pequeño entresuelo que ocupaba encima de la habitacion del portero en la magnifica fonda del mariscal de Richelieu, en la calle nueva de San Agustin, casa demolida despues. El conde de V^{...}, con quien yo estaba en correspondencia casi diaria, se hallaba informado de todo. Le habia dado una carta de presentacion para Julia, para que conociese al alma de mi alma, y para que comprendiese, si no mi delirio, al menos mi adoracion por aquella mujer. Con efecto, desde la primer entrevista habia comprendido y participado de su

entusiasmo. Las cartas que el me escribía estaban llenas de respecto y de piedad hacia aquella aparicion melancólica, suspendida entre la muerte y la vida, pero sostenida, segun él me decía, por el inefable amor que tenía hacia mí. No cesaba de hablarme de ella como de un don celestial que Dios se habia dignado hacer á mis ojos y á mi corazon, y que me elevaria sobre la humanidad en tanto que permaneciese cubierto con su divina irradiacion. Convencido del carácter sobrenatural y sagrado de nuestras relaciones, V.“ consideraba nuestro amor como una virtud.

No se avergonzaba de ser el confidente y el intermediario entre nosotros. Julia por su parte me hablaba de V.“ como del único amigo digno de mí por quien ella hubiera querido acrecentar mi amistad en lugar de debilitarla con un corazon celoso. Uno y otra me instaban para ir á Paris cuanto antes. V.“ solamente conocia los secretos y la imposibilidad material que me habian detenido hasta entonces. A pesar de todo el afecto que me profesaba y de que tantas pruebas me ha dado hasta su muerte en los azares de mi vida, no le era dado el poder allanar estos obstáculos. Su madre habia agotado todos sus recursos para proporcionarle una educacion digna de su rango, y

para hacerle viajar por toda la Europa. El mismo habia tenido que contraer deudas considerables. No podia pues ofrecermé en Paris sino una parte de la habitacion que le pagaba su familia. Por lo demas, él estaba en aquella época de su vida tan exhausto de recursos y tan sujeto como yo á esa penosa necesidad tan cruelmente definida por Horacio: *«res augusta domi.*

Yo salí de M^{...} en uno de esos pequeños carruajes de un solo caballo, montado sobre el eje y cubierto con un hule para resguardarle de la lluvia. Este caballo se remudaba cada cuatro ó cinco leguas, de pueblecillo en pueblecillo. Estos carruajes servian entonces para conducir de Lyon á Paris á los trabajadores del Borbonés y de la Auvernia, y á los pobres soldados estropeados por las marchas, que eran llevados por una cantidad insignificante. Yo no esperiménté sufrimiento de ninguna especie ni vergüenza alguna en aquel mezquino modo de viajar. Hubiera andado el camino con los pies desnudos y sobre la nieve, y no por eso me hubiera encontrado menos orgulloso ni menos feliz. De esta manera gasté uno ó dos luises solamente, con los que podia comprar dos dias de felicidad. Llegué á las puertas de Paris sin haber sentido uno solo de los sacudimientos del carruaje sobre las

desigualdades del camino. La noche estaba sombría, y caían torrentes de agua. Cogí mi maleta, la coloqué sobre mis hombros, y de este modo fuí á llamar á las puertas de la modesta habitacion del conde de V^{...}.

Este me esperaba. Me abrazó, me habló de ella. Yo no me cansaba de preguntarle y de oírle: ¡aquella misma noche habia de ver á Julia!... V^{...} debia ir á anunciarle mi llegada y á anticiparle esta alegría.

Cuando todos hubieran salido de la habitacion de Julia, V^{...}, que saldria el último, habia de venir á buscarme al café, donde yo le esperaria, y en el momento que estuviese sola, me iria á arrojar á sus pies. Solo despues de haber quedado acordes en todo esto fué cuando pensé en secar mis vestidos á la lumbre de la chimenea, en tomar algun alimento, y en instalarme en la sombría alcoba de la antesala. Estaba esta alumbrada por una claraboya y templada con una estufa. Me vestí con el esmero necesario para no avergonzar á la que amaba delante de sus amigos.

A las once salimos V^{...} y yo á pie. Llegamos juntos hasta debajo de la ventana que ya conocia de antemano. Aun habia tres carruajes á la puerta; V^{...} subió, y yo fuí á esperarle en el sitio convenido. ¡Qué larga se me hizo la hora que tuve que esperarle!

¡Cuántas veces maldije las visitas, indiferentes tal vez, cuya importunidad involuntaria para entretener algunas horas ociosas detenía sin saberlo el ímpetu de dos corazones que contaban su martirio por sus latidos! Por fin V^o pareció. Yo salí á recibirle; me dejó á la puerta, y subí.

LX.

Si mil años viviera, jamás podría olvidar este momento y esta entrevista. Estaba Julia de pie, con el codo negligentemente apoyado sobre el blanco mármol de la chimenea; su talle esbelto, sus hombros y su perfil, reflejados y duplicados por el espejo la cara vuelta hácia la puerta, los ojos fijos en un estrecho y oscuro corredor que daba entrada al salón, la cabeza un poco inclinada de aquel lado, y en la actitud de una persona que cree percibir un ruido de pasos que se aproximan. Vestía un traje negro de seda, guarnecido de negros encajes al cuello, en la cintura y en la falda. Estos encajes, ajados por los almohadones del sillón, en que la retenía la indiferencia y la languidez de su vida, parecían á esos negros racimos del sauco desgranados por el viento del otoño.

La oscuridad de aquel traje no dejaba en luz sino los hombros, el cuello y el rostro. Este luto del vestido hallábase completado por el luto natural de sus negros cabellos anudados sobre su cabeza. La uniformidad de este color hacia aun resaltar mas la esbeltez y la graciosa flecsibilidad de su talle. ¡El reflejo del fuego de la chimenea sobre el espejo, la luz de una lámpara colocada en uno de los ángulos de la piedra que la cubria, y que iluminaba sus mejillas, la animacion del deseo, de la impaciencia y del amor, esparcian sobre su rostro un esplendor de juventud, de coloracion y de vida, que parecia enteramente una trasfiguracion efectuada por el amor!

Mi primer grito fué un grito de alegria, y un estremecimiento de felicidad al volverla á ver mas animada, mas bella, y mas inmortal á mis ojos que la habia podido contemplar bajo el sol apacible de Saboya. Un sentimiento de engañosa seguridad, de eterna posesion, se apoderó de mi alma y de mis ojos. Julia probó á articular algunas palabras al verme, pero le fué imposible. La emocion hizo estremecer sus labios. Caí de rodillas, y apoyé mi boca sobre la alfombra que hollaban sus pies. En seguida alcé la cabeza para mirarla otra vez, y para asegurarme de que su presencia no era un sue-

ño. Ella colocó una de sus manos sobre mis cabellos, que se estremecieron, y sosteniéndose con la otra en el mármol de la chimenea, cayó del mismo modo de rodillas delante de mí. Nos mirábamos, buscábamos palabras, pero no las había para el exceso de nuestra felicidad. Permanecimos así en silencio, sin otro lenguaje que el del silencio mismo, y el de aquella actitud del uno delante del otro. Actitud llena de adoración en mí, llena de felicidad en sí misma; actitud que decía: «Ellos se adoran, pero entre ellos hay un fantasma de muerte: estasiándose mutuamente en sus miradas, jamás se estrecharán entre sus brazos.

LXI.

No sé cuántos minutos permanecimos en aquella postura, ni cuántos miles de preguntas y de respuestas, de torrentes de lágrimas y de miradas de alegría pasaron de este modo, sin enunciarse entre sus mudos labios y mis labios cerrados, entre sus húmedos ojos y los míos, entre su fisonomía y la mía. ¡La felicidad nos había herido de inmovilidad! ¡El tiempo no era tiempo, era la eternidad en un instante!

En aquel momento, se oyó llamar en la puerta de la calle, y pasos en la escalera. Me levanté; ella volvió á ocupar su lugar en el sillón, y yo me senté al otro lado y en la sombra, para ocultar el carmin de mis mejillas y el rocío de mis lágrimas. Un hombre de avanzada edad, de elevada estatura, de aspecto noble y dulce, entró en la habitación á pasos lentos. Acercóse á Julia sin hablar, y besó paternalmente su mano trémula. Este era Mr. de Bonald. A pesar de la dolorosa sensación que la llegada de un desconocido acababa de hacerme experimentar, bendije interiormente á Mr. de Bonald por haber venido á interrumpir una primera entrevista, en que la razón podía sucumbir bajo el peso de la felicidad.

Era este uno de esos momentos en que el alma tiene necesidad del hielo que el acento de un sabio arroja sobre el incendio de los sentidos, para volver á templar el resorte de una enérgica resolución.

LXII.

Julia me presentó á Mr. de Bonald, diciéndole que yo era el jóven cuyos versos habia leído. Admiróse aquel de mi juven-

tud, y me acogió con indulgencia. Conversó con Julia, con aquel abandono paternal de un hombre ilustre por el genio y tranquilo por la edad, que busca al lado de una joven un rayo perdido de belleza para sus ojos en las tranquilas horas de la noche. Su voz era profunda, como la voz que sale del alma; su conversacion se presentaba al oido con aquella graciosa y grave sencillez de un espíritu que se dilata para descansar. El acento de aquel hombre honrado se veia impreso en sus palabras, como el carácter se presentaba sobre su frente. Prolongándose aquella conversacion, y siendo ya muy cerca de las doce, creí deber retirarme el primero, para evitar la sospecha de una familiaridad demasiado íntima á aquel amigo mas antiguo y mas respetable que yo en la casa. No llevé conmigo sino una mirada y un silencio por precio de aquella deseada entrevista, y de un viaje tan incómodo. Pero la imágen me acompañaba, y la seguridad de verla todos los dias: esto bastaba; era demasiado para mí. Anduve errante largo tiempo por las calles de Paris, deseando respirar un aire que refrescaba mi pecho, para templar la fiebre de felicidad que me agitaba. Cuando entré en mi habitacion, V^{ta} dormia hacia ya mucho tiempo, lo que yo no pude conseguir hasta la entrada del

dia, y cuando ya se oían los gritos de los revendedores en las calles de Paris.

De aquí datan los mas felices dias de mi vida, porque no fueron mas que un solo pensamiento, recogido dentro de mi alma, y esparcido en mi fisonomía, como un perfume, del que se teme dejar evaporar la menor partícula, esponiendo el vaso que le contiene al aire exterior.

Me levanté á los primeros rayos del dia, bien tardíos en la sombría alcoba de la pequeña antesala, donde mi amigo me daba albergue, como á un mendigo del amor. Di principio á mis quehaceres por una larga carta, dirigida á Julia. En ella, con la cabeza mas tranquila, volvía á tomar el hilo de la entrevista de la víspera, y desenvolvía los pensamientos que se habian presentado á mi imaginacion despues de haberla dejado. ¡Olvidos tiernos, dulces recordimientos del amor, que el amor se echa en cara, y que le quitan el reposo hasta tanto que los ha reparado; diamantes desprendidos del alma, ó de los labios del objeto amado, que hacen retroceder el pensamiento del amante para recogerlos y aumentar el tesoro de sus sentimientos! Julia recibia esta carta al despertarse como una continuacion de la entrevista de la noche prolongada en voz baja

en su habitacion durante su sueño. Yo recibí la respuesta antes del mediodia.

Tranquilizado así mi corazon de la agitacion de la marcha, me esforcé en calmar la impaciencia de la entrevista de aquel dia, que ya empezaba á apoderarse de mí. Procuré distraer, no el alma, sino el pensamiento y los ojos. Me habia impuesto el trabajo voluntario de muchas horas de lectura y estudio para hacer desaparecer el tiempo que mediaba entre el momento en que dejaba á Julia y el momento en que debia volverla á ver. Quería perfeccionarme, no para los demas, sino para ella; queria que el objeto de su amor no la avergonzase al menos de su preferencia; que los hombres eminentes que formaban su sociedad y que algunas veces me encontráran en su reunion como una modesta esfinge, de pie y al lado de su chimenea, ó como una estatua de la contemplacion, descubriesen, si por casualidad me dirigian la palabra, un alma, una inteligencia, una esperanza, un porvenir bajo el exterior de jóven desconocido, tímido y silencioso. Ademas, estaba yo poseido de esperanzas confusas de brillante actividad, de venturoso porvenir, que me habian de arrebatarse un dia como el torbellino arrancaba la hoja seca al árbol del humilde jardin de mi padre para remontarla en los aires: destino de que

Julia gozaria al verme de lejos luchar contra la fortuna, combatir contra los hombres, engrandecerme en poder, en fuerza, en virtud y se glorificaria en silencio de haberme adivinado antes que el mundo, y de haberme amado antes que la posteridad.

LXIII.

Todo esto y la inaccion á que me condenaba el influjo de un solo pensamiento, el cansancio de todo lo demas, la falta de dinero que me imposibilitaba otras distracciones, y la reclusion claustral en que estaba encerrado, me condenaban á una vida de estudio, el mas profundo y el mas apasionado que habia tenido hasta entonces. Pasaba el dia entero sentado delante de una pequeña mesa de estudio, iluminada por una ventana que se abria sobre el patio de la fonda de Richelieu. Una estufa de barro templaba mi habitacion, y un biombo encerraba mi mesa y mi silla. Este me ocultaba á las miradas de los jóvenes del gran mundo, que venian con alguna frecuencia á visitar á mi amigo. Habia allí, en el horizonte de aquel inmenso patio, ruido de carruajes alternados de silencio, y algunos rayos del sol del in-

vierno luchando contra la niebla rastrera de las calles de París. Estos ruidos y estos silencios me recordaban los juegos de luz, los mugidos del viento, y las brumas transparentes de mis montañas.

Algunas veces veía jugar en aquel patio á un hermoso niño de ocho á diez años; este era el hijo del portero. Su cabeza de ángel, sus hermosos cabellos rizados sobre la frente, su inteligente y sensible fisonomía, dibujaban los cándidos contornos de los hijos de mi país. Con efecto, su familia pertenecía á un pueblo cercano del de mi padre, familia que habiendo caído en la miseria se trasladó á París. Aquel niño había concluido por unirse á mí al verme siempre detrás de los cristales de mi ventana encima de la habitación de su madre. Habíase consagrado voluntaria y gratuitamente á mi servicio; desempeñaba todos mis encargos; me traía el pan y un poco de queso y alguna fruta para almorzar; todas las mañanas salía á buscar mis provisiones. Yo tomaba aquella frugal comida sobre mi mesa de estudio, en medio de libros abiertos y cartas interrumpidas.

Tenia el niño un perro negro, olvidado por un huésped en la fonda. El perro y el niño jamás se apartaban uno de otro. El perro había concluido por aficionarse á mí, lo mismo que el niño. Ni uno ni otro querían ba-

jar mi pequeña escalera, una vez que la habian subido. Durante la mayor parte del dia jugaban juntos sobre el jergon de mi cama á mis pies, y bajo la mesa. Mas tarde me llevé el perro de Paris, y le conservé conmigo muchos años como un recuerdo fiel de aquel tiempo de soledad. Le perdí en 1820, no sin derramar lágrimas al atravesar las selvas pantanosas de las lagunas pontinas entre Roma y Terracina. El niño es hoy hombre; ha tomado el oficio de grabador, que ejerce con éxito en Lyon. Habiendo oido despues pronunciar mi nombre en su taller, ha venido á verme llorando de alegría con mi vista, y de tristeza al saber la pérdida de su perro. ¡Pobre corazon del hombre, que necesita de todo cuanto ha llegado á amar una vez, y que tiene las mismas lágrimas para la muerte de un imperio que para la de un animal!

LXIV.

Durante aquellos miles de horas encerrados entre la estufa, el biombo, la ventana, el niño y el perro, tuve tiempo para leer todos los escritos de la antigüedad, escepto los poetas, con cuya lectura nos habíamos sa-

turado en el colegio, y en cuyos versos nuestros ojos fatigados no podian distinguir entonces sino censuras sílabas breves y sílabas largas. Triste efecto de una saciedad precoz, que deshoja en el alma del niño la flor pura y mas delicada del pensamiento humano. Lei todos los filósofos, todos los oradores y todos los historiadores en su respectiva lengua. Mi adoracion se fijó sobre todo en aquellos que unian los tres paderes de la inteligencia: la narracion, la palabra y la reflexion. El hecho, el discurso, la moralidad. Tucídides y Tácito sobre todos los demas. Despues Machiavelo, ese sublime práctico de las enfermedades de los imperios; despues á Ciceron, ese vaso sonoro que lo contiene todo, desde las lágrimas privadas del hombre, del marido, del padre, del amigo, hasta las trágicas catástrofes de su propio destino. Ciceron es como el filtro en que todas esas aguas se limpian y clarifican sobre un fondo de filosofía y de divina tranquilidad, y que deja despues derramar su alma inmortal en olas de elocuencia, de sabiduría, de piedad y de armonía. Hasta entonces le habia yo juzgado como un grande y frívolo decidor, conteniendo pocas ideas en largos períodos; me habia equivocado. Este es el hombre elocuente despues de Platon; su estilo es el gran estilo de todas las

lenguas. Su alma se descubre con trabajo al traves de tan ricas vestiduras. Pero quitadle esa púrpura, y quedará un alma que ha sentido, que ha comprendido, y que ha dicho cuanto se podia comprender, sentir y decir en su tiempo en Roma.

LXV.

En cuanto á Tácito, ni aun procuré entrar en discusion con mi pasion por el. Lo preferia á Tucidides, á ese Demóstenes de la historia. Tucidides dice mas aun de lo que hace vivir y palpar. Tácito no es el historiador, sino el resúmen del género humano. Su narracion es la represalia de los hechos en el corazon del hombre libre sensible y virtuoso. El estremecimiento del alma. Su sensibilidad es mas que la sensibilidad de la emocion; es la de la piedad. Sus juicios son mas que de venganza; son juicios de justicia. Su indignacion es mas que cólera; es virtud. Su alma se confunde con la de Tácito, y se muestra orgulloso de su afinidad con el. ¿Quereis hacer el crimen imposible á vuestros hijos? ¿Quereis apasionar su imaginacion de la virtud?...

Alimentad su alma con la lectura de Tá-

cito. Si no se hacen héroes en esta escuela es porque la naturaleza ha hecho de ellos bandidos. Un pueblo que tuviera á Tácito por evangelio político, se elevaria sobre la altura de los pueblos. Este pueblo representaria ante Dios el drama trágico del género humano en toda su grandeza y magestad. Yo debo á este escritor, no todas las fibras de la carne, sino todas las fibras metálicas de mi ser. El las ha dado el temple. Si alguna vez nuestros vulgares tiempos presentasen el aspecto grandioso y trágico del suyo, y llegase yo á ser una digna víctima de una digna causa, exclamaria al morir:—«¡No tributeis el honor de mi vida y de mi muerte al discipulo; Tácito es quien ha vivido y ha muerto dentro de mí!»

LXVI.

Tenia tambien una pasion decidida por los oradores. Los estudiaba con el presentimiento de un hombre que tendria que hablar un dia á las turbas sordas, y que debia estudiar anticipadamente la escala de los auditorios humanos. Demóstenes, Ciceron, Mirabeau, lord Chatham sobre todo, mas moderno y con mas aliciente á mis ojos que

todos los demas, porque su elocuencia, enteramente inspirada, enteramente lírica, es un grito mas bien que una voz. Esta elocuencia se lanza mas allá de la pasión del tiempo, sobre las mas encumbradas alas de la poesía hasta las regiones inmutables de la eterna verdad y del eterno sentimiento. Chattham toma la verdad de manos de Dios, y hace, no solo la luz, sino el rayo de la discusion. Desgraciadamente no queda de él; lo mismo que de Phidias en el Partenon, sino los escombros, cabezas, brazos, troncos mutilados. Pero reuniendo en el pensamiento estos restos, se forman prodigios y divinidades de elocuencia. Se presentaban á mi imaginacion tiempos circunstancias pasiones, ambiciones, «forum» semejantes á los que habia elevado á aquellos grandes hombres; y cómo Demóstenes á las olas del mar, hablaba yo interiormente á los fantasmas de mi mente.

LXVII.

Por la primera vez de mi vida leí en aquella época los discursos de Fox y de Pitt. Hallé en Fox, declamador, aunque prosáico, uno de esos genios disputadores nacidos pa-

ra contradecir y no para decir; abogados sin toga, que no tienen conciencia sino en la voz, y que pleitean ante todo por su popularidad. Vi en Pitt al hombre de estado cuyas palabras son hechos, y que en el hundimiento de la Europa sostuvo casi solo á su país sobre el cimiento de su buen sentido, y sobre la fortaleza de su carácter. Pitt es Mirabeau, con mas buena fe, y con menos fuego. Mirabeau y Pitt han sido posteriormente mis dos hombres de estado predilectos de nuestros dias. Montesquieu me pareció á su lado un disertador erudito, ingenioso y sistemático; Fenelon divino, pero quimérico; Rousseau mas apasionado que lleno de inspiracion, instinto eminente mas que gran verdad; Bossuet lengua de oro, alma adulatora, reuniendo en su conducta y en su lenguaje ante Luis XIV el despotismo de un doctor y la flexibilidad de un cortesano.

De los estudios históricos y oratorios, pasé naturalmente á la política. El sentimiento del yugo, apenas sacudido, del imperio, y el horror al régimen militar porque acabábamos de pasar, me conducia hácia la libertad. Los recuerdos de familia, la influencia de las relaciones amistosas, lo patético de la situacion de esa familia real pasando del trono al cadalso y al destierro, y vuelta del destierro al trono; esa princesa huérfana

en el palacio de sus padres; esos ancianos coronados con su infortunio, así como por sus antepasados; esos príncipes, cuya juventud y desgracias, severos maestros, permitían esperarlo todo: esta reunión de circunstancias me hacía desear que el trono antiguo y la libertad reciente pudiera conciliarse con la monarquía de nuestros padres. El gobierno hubiera reunido de este modo los dos grandes prestigios humanos; la antigüedad y la novedad; el recuerdo y la esperanza. Esto era un sueño encantador muy natural en mi edad.

Cada mañana se disipaba una parte de él en mi espíritu. Comprendía con dolor que las antiguas formas contenían mal las nuevas ideas, y que nunca la monarquía y la libertad se verían reunidas en el mismo nudo sin un constante combate que agotaría las fuerzas del estado; que la monarquía sería eternamente sospechosa, y la libertad perpetuamente violada.

LXVIII.

De estos estudios generales pasé y me entregué por espacio de muchos meses á otro, que me ocupó tanto mas el espíritu, cuanto

que por naturaleza es mas árido, mas glacial, mas extraño al corazon de un jóven ébrio de imaginacion y de amor. Hablo de la economía política, esencia de la riqueza de las naciones. V^o se ocupaba de ella con mas curiosidad que pasion. Los libros italianos, ingleses, franceses, escritos hasta entonces sobre esta ciencia, cubrian sus mesas y sus estantes. Leimos juntos estos libros, discutiendo sobre ellos, y escribiendo las reflexiones que nos sugerian su lectura. Esta ciencia de la economía política que sentaba entonces, y que sienta hoy dia mas axiomas que verdades, y mas problemas de los que resuelve, § tenia precisamente para nosotros el atractivo del misterio. Era ademas para nosotros el interminable testo de esas conversaciones solo de los labios que hacen trabajar á la inteligencia sin ocupar el fondo del alma, que permiten sentir hablando la presencia del pensamiento secreto y continuo oculto en lo mas recóndito del corazon. Especie de enigmas cuya solucion se encuentra sin tomarse un gran interés en acertar con la palabra. Despues de haber leído, de haber discutido y anotado todo cuanto formaba entonces esta ciencia, creí distinguir algunos principios teóricos, verdaderos en su esencia, dudosos en su aplicacion, ambiciosos en su pretension, de clasificarse

en la escala de verdades absolutas, vacías ó falsas muchas veces por su fórmula. Nada tenia yo que oponer á ellas, pero mi instinto de evidencia no se hallaba sinceramente satisfecho. Arrojé los libros á mis pies, y esperé la luz. Esta ciencia no estaba aun formada. Ciencia enteramente experimental, no tenia bastantes años ni madurez para decir tanto. Despues ha crecido, prometiendo á los hombres de estado algunos dogmas que aplicar prudentemente á las sociedades humanas, algunos recursos para el bienestar, y algunos lazos mas de fraternidad que estrechar entre las naciones.

LXIX.

Alternaba yo estos difíciles estudios con otro que siempre me habia llamado la atención desde mi infancia: el de la diplomacia, ó sea el de las mútuas relaciones de los gobiernos. Una casualidad me presentó los manantiales de este estudio. Durante mi aplicacion á la economía política, habia escrito un folleto de un centenar de páginas sobre una cuestion que ocupaba entonces todos los árcanos. El título de este folleto era: «¿Qué lugar puede ocupar la nobleza

en Francia bajo un gobierno constitucional? Yo traté esta cuestion delicadísima en aquel momento con el instinto del buen sentido que habia recibido de la naturaleza, y con la imparcialidad de un alma jóven, independiente, que se eleva sin trabajo sobre las encumbradas vanidades, sobre las envidias rastreras y sobre las preocupaciones de la época. Hablaba en él del pueblo con amor, con inteligencia de las instituciones, y con respeto de esa nobleza histórica cuyos nombres han sido largo tiempo el nombre de la misma Francia, sobre los campos de batalla, en nuestras magistraturas y en el extranjero. Hablando de la supresion de privilegios, los quitaba todos, escepto el de la memoria de los pueblos, que nunca se puede suprimir. Reclamaba unos pares electivos, y demostraba que en un pais libre no habia otra nobleza que la que se conseguia por eleccion, perpétuo estímulo para el servicio del pais, y recompensa temporal del mérito ó de la virtud de los ciudadanos.

Julia, á quien habia prestado este manuscrito para interesarla en la mitad de mis trabajos como en mi vida, lo habia dado á leer á un hombre distinguido de su reunion, de cuya opinion tenia el mejor concepto. Era este Mr. M^{me}, digno hijo del ilustre miembro de la asamblea constituyente, que

habia sido por mucho tiempo secretario particular del emperador, y entonces realista constitucional: uno de esos talentos que nacen en toda su madurez, y que mueren jóvenes, dejando un vacío inmenso en su tiempo.

Mr. M^{""}, despues de haber leído mi trabajo, preguntó á Julia quién era el hombre político que habia escrito aquellas páginas. Julia se sonrió, confesándole que aquella era la obra de un joven que no tenia ni nombre, ni esperiencia, ni antecedentes en los negocios. Mr. M^{""} quiso verme para creerlo. Le fui presentado, y me demostró una benevolencia que se convirtió luego en una amistad, que no se desmintió ni aun en el lecho de muerte. Yo no imprimí aquel trabajo; pero Mr. M^{""} me presentó á su amigo Mr. de Reyneval, ¡talento luminoso, corazon franco, inteligencia llena de gala y de atractivo, aunque laboriosa y grave. Era entonces el alma de nuestros negocios en el extranjero, y ha muerto siendo embajador en Madrid. Mr. de Reyneval, que habia leído mi trabajo, me recibió en su casa con la graciosa cordialidad, con la afable sonrisa que suprimen las distancias, y que atraen desde el primer momento el corazon de un joven. Era uno de esos hombres con quienes se goza aprendiendo, porque parece que se dilatan ense-

ñando, y que dan la instrucción en lugar de imponerla. Mas aprendía la Europa en la conversacion de algunos dias con aquel hombre, que en una biblioteca de diplomacia. Poseia el tino, ese genio innato de las negociaciones. A él debo el gusto por esos grandes negocios que él manejaba conociendo su importancia, pero sin parecer sentir su peso. Todo era ligero para su fuerza; su facilidad imprimia sensibilidad á los negocios. El fué quien sostuvo en mí el deseo de entrar en la carrera diplomática; él me introdujo en la casa de Mr. de Hauterive, director de los archivos, autorizándole á enseñarme las notas y resúmenes de las negociaciones. Mr. de Hauterive, anciano encanecido sobre los despachos, era la tradicion inmutable y el dogma viviente de nuestra diplomacia. Con su elevada estatura, su sorda voz, sus cabellos espesos y empolvados, sus largas cejas, que sombreaban unos ojos claros y penetrantes, parecíase á un siglo que hablaba. Me recibió como un padre, feliz con trasmitirme la herencia de tan antiguas economías de ciencia; me hizo leer, compulsar, trabajar y anotar á su vista y en su despacho. Dos veces á la semana iba á estudiar algunas horas bajo su direccion. Venero el recuerdo de aquella rica y pródiga ancianidad, que se entregaba á un joven cu-

yo nombre no conocia aun. Mr. de Haute-rive murió durante el combate de julio de 1830, y al estruendo del cañon, que desgarraba la política de la casa de Berbon y los tratados de 1815.

LXX.

Tales eran las ocupaciones estudiosas y solitarias que llenaban mis dias. No deseaba mas; aun la misma ambicion de entrar en una carrera no era en el fondo sino la ambicion de mi pobre madre, y el sentimiento de enagenar su diamante sin darla una compensacion, mejorando mi porvenir. Si en aquel momento me hubiera ofrecido una embajada para alejarme de Paris, y un palacio que cambiar por el rincon de mi antecala, hubiera cerrado los ojos para no ver la fortuna, y los oidos para escucharla. Era demasiado feliz en mi oscuridad con el rayo de la luz, invisible para los demas, que iluminaba y abrasaba mi noche.

Mi felicidad amanecia al declinar el sol. Comia regularmente solo en mi celda. Pan, un trozo de carne de vaca cocida, condimentada con perejil, y algunas ensaladas, formaban mi comida habitual. No bebia mas que

agua para evitar el gasto que me hubiera ocasionado un poco de vino, tan necesario como correctivo al agua insípida, y muchas veces fétida, de Paris. Con una veintena de dos hacia el gasto de mi comida, y aun de esta participaba el pobre animal que habia adoptado. Despues de comer me recostaba en la cama, cansado de la soledad y del trabajo del dia, abreviando de este modo las largas horas de la noche, que me separan del único momento en que para mí empezaba verdaderamente el tiempo: horas que los jóvenes de mi edad emplean, como yo mismo lo habia hecho antes de mi trasformacion, en los teatros, en los sitios públicos, y en los goces dispendiosos de una capital.

A las once me despertaba, y me vestia con la sencillez decorosa de un joven, cuya estatura, fisonomia y cabellos, rizados solo con el peine, favorecian bien poco. Un calzado siempre limpio, una camisa blanca, un traje enteramente negro, acepillado por mis propias manos, y abrochado hasta el cuello como los discípulos de las escuelas de la edad media, una capa militar recogida sobre el hombro izquierdo, y preservando la levita de las salpicaduras de la calle; tal era el traje uniforme, sencillo y oscuro, que, sin hacer traicion á mi situacion, no afectaba ni lujo ni miseria, y me permitia pasar desde

mi soledad á un salon, sin hacerme notar á los ojos de los indiferentes.

Salía á pie, porque el precio de un carruaje me hubiera costado un dia de mi vida. Andaba por las aceras, evitaba en lo posible el pisar el empedrado de las calles, y andaba sobre la punta de los pies para preservar mi traje del lodo, que en el iluminado salon hubiera hecho traicion á mi modesto modo de caminar. No me daba demasiada prisa, porque sabia que Julia recibia todas las noches á los amigos de su marido en su cuarto, ó en el salon. Siempre hacia lo posible por esperar que se hubiesen marchado las visitas para llamar á su puerta. Tenia esta reserva, no solo por evitar las observaciones sobre la asiduidad de un jóven desconocido en la casa de una señora jóven y hermosa, sino, sobre todo, por no compartir su mirada y sus palabras con las personas indiferentes con quienes ella se veia obligada á sostener conversacion. Me parecia que cada uno de ellos me robaba una parte de su presencia y de su alma. Verla, oirla, y no poseerla solo, era á veces mas cruel para mí que el dejarla de ver.

LXXI.

Para entretener el tiempo recorría de un extremo á otro el puente del Sena, situado casi enfrente de la casa de Julia. ¡Cuántas monedas de cobre dejaba al pasar y repasar en la escudilla de hojadelata del pobre ciego, sentado, á causa de la nieve ó de la lluvia, sobre el parapeto del puente! ¡Yo rogaba para que la oblacion, resonando en el corazon del desgraciado, y de allí en los oídos de Dios, obtuviese en cambio la marcha de algun importuno que retardaba mi felicidad, y la seguridad de una larga entrevista!

Julia, que conocia mi repugnancia de encontrar personas estrañas en su casa, se habia convenido conmigo para avisarme, mediante una señal, de la marcha ó la entrada de las visitas en su habitacion. Cuando habia mucha gente, las dos hojas interiores de la estrecha ventana estaban cerradas; yo no veia sino la débil luz de las bugías filtrarse por entre las dos puertas. Cuando no habia mas que una ó dos personas próximas á retirarse, estaba únicamente cerrada una de las hojas; en fin, cuando todos se habían marchado, las dos hojas de la ventana se

abrian de par en par, así como tambien las cortinas, y desde la opuesta orilla del rio podia distinguir la claridad de la lámpara colocada sobre la chimenea, delante de la cual leia ó escribia en tanto que yo llegaba. Mis ojos no perdian nunca de vista aquella lejana luz visible é inteligible solo para mí en medio de aquella multitud {de luces y de ventanas, de reverberos, de tiendas, de carruajes, de cafés, y de fuegos movibles é inmóviles, que iluminan de noche las fachadas y los horizontes de Paris. Todas las demas luces desaparecian para mí, y no habia mas claridad sobre la tierra ni mas estrellas en el firmamento que aquella pequeña ventana redonda, semejante á un ojo fijo sobre mí, para buscarme en la sombra, y hácia la cual mis ojos, mi pensamiento, mi alma, estaban constante y únicamente dirigido! ¡Oh poder incomprensible de esa infinita naturaleza del hombre, que puede llenar los espacios de mil universos, y aun hallarlos demasiado estrechos, y que puede concentrarse en un solo y pequeño punto luminoso que brilla á traves de la niebla de un rio, en medio del océano de fuego de una ciudad inmensa, y hallar un infinito de deseos, de sentimientos, de inteligencia y de amor en aquella única estrella, que casi no pudiera rivalizar con el gusano de luz de una

noche del estío! ¡Cuántas veces se han agolpado á mi mente estas reflexiones cuando recorria embozado hasta los ojos aquel oscuro puentel! ¡Y cuántas veces he exclamado al mirar de lejos aquella luminosa clara-boya:—«¡Dios mio, dirigid vuestro soplo sobre todas esas claridades de la tierra; apagad todos esos globos luminosos del firmamento, pero dejad lucir eternamente esa pequeña luz, estrella misteriosa de dos vidas! ¡Y esa luz alumbrará lo bastante todos los mundos, y bastará á mis ojos durante vuestra eternidad!»

¡Ay! luego he visto apagarse esa estrella de mi juventud; esa hoguera de mis ojos y de mi corazon: he visto las hojas de la ventana permanecer por muchos años cerradas sobre la fúnebre oscuridad de aquella habitacion. Luego la ví volverse á abrir un dia, un año, y me he atrevido á mirar para saber quien osaba vivir donde ella habia vivido. ¡Posteriormente he visto aparecer en aquella ventana inundada del sol y adornada con flores, una jóven desconocida, jugando y entreteniéndose con un niño recién nacido, sin imaginarse de que se divertia sobre un sepulcro, que sus sonrisas se volvian lágrimas en los ojos del que la contemplaba y que aquella vida era una ironía de la muerte!.. Despues he vuelto muchas veces duran-

te la noche, y vuelvo aun todos los años para aproximarme con medrosos pasos á aquellas paredes, para tocar aquella puerta sentarme sobre aquel banco de piedra, contemplar las luces, escuchar el ruido de las habitaciones, y creer por un momento que veo el reflejo de su lámpara, que oigo el timbre de su voz, que voy á subir... ¡Oh memoria! ¿Eres tú un beneficio del cielo, ó un suplicio del infierno?

Pero perdona amigo mio; vuelve á mi narracion, pues así lo quieres.

LXXII

Julia me presentó al dia siguiente de mi llegada al anciano que la servia de padre, y cuyos últimos dias iluminaba ella con la irradiacion de su alma, de su ternura y de su belleza. Me recibió este como á un segundo hijo. Habia sido informado por ella de nuestro conocimiento en Saboya, de nuestro fraternal afecto, de nuestra diaria correspondencia, y del parentesco de nuestra dos almas, revelado por la uniformidad de nuestros instintos, de nuestra edad y de nuestros sentimientos. Conocia la pureza sobrenatu-

ral de unas relaciones que la naturaleza y la sociedad no nos prohibian alterar en modo alguno. No tenia inquietud ni celos sino por la felicidad, el honor y la vida de su pupila. Temia únicamente que esta se hubiese dejado seducir ó engañar por esas primeras miradas, que son algunas veces una revelacion y otras la ilusion de un alma joven, y que hubiese dado su corazon á un hombre creado únicamente por su imaginacion. Mis cartas, de las que Julia le leia muchos trozos, le habian tranquilizado algun tanto. Mi fisonomia podia únicamente decirle si mis sentimientos eran en aquellas cartas hijos de la naturaleza ó del arte, porque el estilo puede mentir pero el rostro nunca miente.

El anciano me examinó con la atencion un poco inquieta que se observa en una mirada que se recoge un momento. Pero á medida que me contemplaba y me hablaba, veia yo pintarse en aquella mirada la satisfaccion interior, llenarse de confianza y benevolencia, y fijarse sobre mi con aquella seguridad y dulzura que forman el lenguaje mudo, pero que son el mejor lenguaje de una primera entrevista. El ardiente deseo de agradar al anciano; la timidez natural de un jóven que pone la suerte de su corazon en la opinion que van á formar de él; el temor de que la primera impresion me fuese

contraria; la presencia de Julia que me turbaba, dándome valor, todas esas tintas de mi pensamiento, legibles en la timidez de mi actitud y en el rubor de mis mejillas, hablaren sin duda por mí mejor de lo que yo mismo hubiera hablado. El anciano me cogió las manos con un cariño paternal, y me dijo:—«Tranquilizaos, caballero, y contad con dos amistades en vez de una en esta casa. Julia no podía escoger un hermano mejor, ni yo hubiera escogido un mejor hijo.» Me abrazó, y conversamos, como si me hubiese tratado toda su vida, hasta las diez, hora en que un antiguo criado entraba todas las noches para darle el brazo y ayudarle á bajar la escalera de su cuarto.

LXXIII.

Era hermosa y llena de encantos aquella vejez, á la que únicamente se podía desear la seguridad de un día mas. Aquella ancianidad, enteramente desinteresada y paternal, no ofendía la vista colocada al lado de la jóven. Solo era un poco de la sombra de la noche sobre una luz de la mañana. Pero conocíase que aquella sombra era protectora, y que lo abrigaba todo sin desfigurar

nada de aquella juventud, de aquella inocencia y de aquella belleza.

Las facciones de aquel hombre eran regulares, como las líneas correctas de los perfiles antiguos que el tiempo ha descarnado un poco sin modificarlas. Sus ojos azules tenían la mirada dulce, pero penetrante, de una vista gastada, que ve á través de una niebla ligera. Su boca era dulce como la sonrisa de un padre á sus hijos. Los cabellos, de los que el estudio habia robado una gran parte, tenían la finura y las inflexiones de la primera pluma del cisne. Sus manos eran delgadas y blancas, como las manos de mármol de la estatua de Séneca, moribundo, despidiéndose de Paulina. Su rostro, descarnado y descolorido por los continuos trabajos mentales, no tenía arrugas, porque nunca habia tenido carne. Algunas venas azules y escasas de sangre serpenteaban únicamente sobre sus sienes, enteramente planas. Su frente, ese órgano que los pensamientos trabajan y pulimentan como la última belleza del hombre, reflejaba á la lumbre de la chimenea. Sus mejillas tenían esa delicadeza de cutis, esa transparencia de un rostro que ha envejecido el abrigo de las paredes y que el viento y el sol nunca han alterado. Cutis de muger que afemina en su ocaso la fisonomía de los ancianos.

El les da un no sé qué de aéreo, de impalpable y de vaporoso, asemejándolo á una sombra que un soplo demasiado fuerte amenazaria arrebatár. Sus palabras graves, reflexivas incrustadas naturalmente en frases cortas, correctas, luminosas, tenían la exactitud de una boca acostumbrada á escoger, dictando ó escribiendo la forma de los pensamientos. Interpolaba estas frases de pausas largas, como para dar tiempo para penetrar en el oído, y ser apreciadas por la mente de los que le escuchaban. Sazonábalas con un gusto lleno de gracia, pero nunca cínico, que imprimía en su conversacion un encanto á propósito para impedir que se hiciese pesada bajo el peso continuo de las ideas.

LXXIV.

Pasados algunos dias, aquel anciano prudente era mi ídolo. Si debia llegar á envejecer como él. Solo una cosa me afligia al contemplarlo, y es que caminaba como un paso severo hácia la muerte, sin creer en la inmortalidad. Las ciencias naturales, á que se habia entregado con mucha constancia, habian acostumbrado su espíritu á confiarse

esclusivamente al juicio de los sentidos; lo que no era palpable, no existia para él; lo que no se hallaba sujeto á cálculo, no tenia á sus ojos elementos de certidumbre; la materia y las cifras componian á su vista todo el universo; los números, eran su Dios; los fenómenos, su revelacion; la naturaleza, su Biblia y su Evangelio; su virtud, el instinto: sin advertir que los números, los fenómenos la naturaleza y la virtud, no son otra cosa que geroglíficos escritos sobre el velo del templo, y cuyo unánime sentido es la Divinidad. Espíritus sublimes, pero indóciles, que suben de una manera prodigiosa de escalon en escalon la escalera de la ciencia sin querer nunca franquear el último, que es el que conduce hasta Dios.

LXXV.

En pocos dias aquel segundo padre se aficionó á mí de tal manera, que quiso darme de cuando en cuando en su biblioteca lecciones de las ciencias que habian constituido su ilustracion, y que formaban aun sus delicias. Yo concurría á estas lecciones algunas mañanas, y era un espectáculo tierno y sublime el de aquel anciano sentado

enmedio de sus libros, monumento de los conocimientos humanos y de la filosofía, cuyas páginas habían ocupado su vida entera, abriendo los misterios de la naturaleza y del pensamiento á un jóven colocado delante de él y de pie, entre tanto que una mujer jóven y bella como la Beatriz del poeta de Florencia, filosofía idealizada, amante sabiduría, hacia las veces de primer discípulo del anciano y de condiscípulo del jóven. Ella traía los libros, hojeaba las páginas, señalaba los capítulos con su rosado dedo; giraba alrededor de las esferas, de los globos, de los instrumentos, de los montones de volúmenes, en aquel polo de la ciencia humana; asemejábase al alma de la naturaleza, que se desprendía de la materia para inflammarla y hacerla amar.

En pocos días aprendí y comprendí mas que en muchos años de áridos y solitarios estudios. Las enfermedades frecuentes de la edad á que estaba sujeto mi maestro, interrumpían muy á menudo estas lecciones y conversaciones matinales.

LXXVI.

Pero yo continuaba todas las noches asistiendo y pasando algunas horas en la compañía de aquella que era por sí sola el día y la noche, mi tiempo y mi eternidad. Como ya te llevo dicho, iba á estas entrevistas en el momento en que los importunos abandonaban su habitacion. Algunas veces permanecia por espacio de muchas horas sobre el puente ò sobre el malecon, andando y deteniéndome de tiempo en tiempo, y esperando en vano que las puertas interiores de la ventana se abrieran, para comunicarme la muda señal en que habíamos convenido. ¡Cuántas olas perezosas del Sena arrastrando bajo los arcos de sus puentes los resplandores flotantes de la luna ó las reverberaciones de las ventanas de la ciudad no vi alejarse siguiéndolas en su carrera! ¡Cuántas horas y medias horas marcadas por la campana de las iglesias vecinas ó lejanas he contado de este modo maldiciendo su lentitud ó acusándolas de su precipitacion! Yo conocia el timbre de esas lenguas metálicas de todas las torres de Paris. Habia dias felices y dias desgraciados. Algunas veces su-

bia sin haber esperado un solo momento, no encontrando á su lado mas que á su marido, que empleaba en conversaciones amenas y entretenidas las horas que le preparaban al sueño. Otras la veia únicamente al lado de uno ó dos amigos de la casa, que entraban un momento para enterarla de las noticias del dia. Consagraban á la amistad las primicias de la noche, terminada luego en los círculos políticos. Eran estos por lo regular los oradores eminentes de las dos cámaras: Suard, Bonald, Mounier, Reynaval, Lally-Tollendal, anciano de alma juvenil; Lainé, el mas puro calcado de la virtud y de la elocuencia antigua que he venerado nunca en los tiempos modernos; romance de corazon, de lenguaje y de fisonomia, y á quien no faltaba mas que la toga para ser el Ciceron ó el Caton de su época. Mi admiracion hácia aquella encarnacion del gran ciudadano no tenia límites. Mr. Lainé hizo distincion de mí con algunas miradas y con algunas palabras de predileccion. Este fué mas adelante mi maestro. Si algun dia habia de tener una pátria que servir y una tribuna que ocupar, el recuerdo de su patriotismo y de su elocuencia se presentaria ante mí como un modelo, no que igualar, pero que imitar en lo posible.

Estos hombres se sucedian alrededor de

la pequeña mesa de labor. Julia estaba medio recostada sobre un sofá. Yo permanecía en un respetuoso silencio en un extremo de la habitacion, lejos de ella, escuchando, reflexionando, admirando ó desaprobando en silencio, desplegando pocas veces mis labios á menos de no ser preguntado, y no mezclando sino algunas palabras tímidas, reservadas y á media voz en aquellas conversaciones. Teniendo íntimas convicciones, he tenido siempre mucho temor de esplanarlas delante de los demas, y aquellos me parecian infinitamente superiores á mí en edad y en autoridad. El respeto hácia el tiempo, el genio y el nombre forman parte de mi naturaleza. Un rayo de gloria me ofusca, un cabello blanco me impone. Un nombre ilustre me rinde voluntariamente. Mi valor real ha sufrido muchas veces por esta timidez, pero no por eso estoy arrepentido. Este sentimiento de la superioridad de los demas es bueno en la juventud y en todas las edades. El eleva lo ideal á que se aspira. La confianza en sí mismo es una insolencia para con la naturaleza y el tiempo. Si este sentimiento de superioridad de los demas es una ilusion al menos es una ilusion que engrandece á la humanidad, y siempre vale mas que la ilusion que le rebaja. ¡Ay! demasiado pronto se la reduce á sus justas y tristes proporciones!...

Estos hombres hacian al principio poco caso de mí. Algunas veces los veia inclinarse hácia Julia y preguntarle al oído quién era aquel jóven. Mi fisonomía pensativa, y la modesta inmovilidad de mi actitud, parecian admirarlos y complacerlos. Insensiblemente se me acercaban, y dirigian hácia mi lado, y con intencion, algunas palabras benévolas. Esta era una garantía indirecta que me hacia tomar parte en la conversacion. Pero siempre lo hacia con la mayor economía de palabras, y manifestando mi reconocimiento, volviendo luego á escudarme en la sombra y en el silencio, temiendo prolongar la conversacion dando pábulo á ella. Yo no los consideraba sino como el marco de un cuadro. El único interes real para mí era el rostro, la palabra y el alma de la que ellos me robaban con su presencia.

LXXVII.

¡Qué intima alegría, y qué movimientos del corazon experimentaba cuando se despedian! ¡Cuando oia bajo la boveda el ruido del carruaje que se llevaba por fin el último de ellos! Entonces estábamos solos. La noche estaba ya muy avanzada. La seguri-

dad de nuestras horas solitarias aumentaba á cada movimiento de la aguja los minutos que la iba aproximando á las doce sobre la esfera del reloj. Oíanse apenas algunos carruajes resbalar por intervalos sobre el empedrado, ó el ronquido del viejo portero que dormía sobre una banqueta del zaguan, colocada al pie de la escalera.

Al principio nos mirábamos sin hablarnos, como asombrados de nuestra felicidad. Me acercaba á la mesa, al lado de la cual trabajaba Julia, á la luz de la lámpara, en alguna labor de señora. Escapábase esta de sus dedos distraídos; nuestras miradas se dilataban; nuestros labios se abrían; nuestros corazones se desbordaban. Nuestras palabras, impulsadas como las olas contenidas por una abertura demasiado estrecha, dudaban escapar al principio, y no derramaban sino gota á gota el torrente de nuestros pensamientos. No podíamos escoger con bastante prontitud entre la multitud de cosas que teníamos que decirnos las que teníamos mas deseos de comunicar. A veces permanecíamos en un prolongado silencio á causa de la acumulacion y del exceso de palabras que se amontonaban en nuestros corazones sin poder salir de ellos. Luego empezaban á salir con lentitud como las primeras gotas que se escapan de las nubes y que

las obligan á deshacerse y á estallar. Estas primeras palabras traian naturalmente otras en contestacion. El sonido de la voz del uno arrancaba el sonido de la del otro, como un niño que se precipita arrasta áy otro en su caída. Nuestras palabras se confundian un momento sin órden, sin respuesta y sin coherencia; ninguno de los dos queria ceder al otro la felicidad de adelantarle en la expresion de un sentimiento comun. Cada uno creia haber experimentado el primero lo que esplicaba de sus pensamientos, desde la conversacion de la víspera ó desde la carta de la mañana. Luego, este desbordamiento tumultuoso, de que acabábamos por avergonzarnos y reirnos, se apaciguaba y daba lugar á una tranquila expansion de nuestros labios, que reproducian junta ó alternativamente la plenitud de sus sentimientos. Esto era un trasvasamiento continuo y bullicioso del alma del uno en la del otro; un cambio sin límites de nuestras dos naturalezas. Una conversion completa de ella en mí y de mí en ella, por la comunicacion recíproca de todo cuanto vivia, sentia y pensaba dentro de nosotros. Nunca dos seres tan irrepreensibles en sus miradas, en sus pensamientos, pusieron mas al descubierto sus corazones uno delante de otro, y se revelaron mas inmaterialmente el fondo mas

misterioso de sus sentimientos. Esta inocente desnudez de nuestras almas permanecía casta, aunque descubierta. Era como la luz que ilumina todo sin mancharlo. Nada teníamos que revelarnos sino el amor sin manilla, que nos purificaba en su fuego.

Este amor, por su misma pureza, se renovaba sin cesar con las mismas lucideces del alma, los mismos enternecimientos de los ojos, y las mismas sensaciones virginales de los primeros tiempos. Todos los días eran como el primero. Todos los momentos eran semejantes á aquel inefable momento en que uno siente insinuarse y reproducirse en el corazón y en las miradas de un otro yo; siempre flor, siempre perfume, porque el fruto nunca debe ser recogido.

LXXVIII.

Este amor tomaba, metamorfoseándose, todas las formas infinitas, por medio de las cuales Dios ha permitido al alma comunicarse con otra alma á través de la trasparente barrera de los sentidos. Desde la mirada que contiene el todo de nosotros mismos en un rayo casi inmaterial, hasta los cerrados párpados que parecen concentrar en nosotros la

imágen recibida para impedir que se evapore desde el suspiro hasta el grito; desde el prolongado silencio hasta las infinitas palabras que se escapan de los labios sin intervalo y sin fin, que cortan el aliento, que causan la lengua, que se pronuncian sin oirlas uno mismo, y que no tienen en el fondo otra significacion que la de un esfuerzo impotente, para decir y espresar lo que nunca puede estar suficientemente espresado!...

Nosotros hablábamos así horas enteras, á media voz, con el codo apoyado sobre la mesa, teniendo el rostro al lado uno de otro confundiéndonse nuestras miradas, sin percibirnos de que la conversacion se habia prolongado mas de lo que permite el espacio de una respiracion, profundamente admirados de que los minutos hubiesen escapado con tanta celeridad como nuestras palabras, y de que el reloj hiciese sonar la hora inexorable de nuestra separacion.

Tan pronto eran preguntas y respuestas sobre los mas fugitivos matices de nuestras naturalezas y de nuestros pensamientos, como diálogos á media voz, que apenas podian oirse, alientos articulados mas bien que palabras perceptibles. Confesiones de nuestros mas intimos secretos y de nuestros mas sordos sonidos internos. Admiraciones y exclamaciones de felicidad al descubrirnos

impresiones semejantes y recíprocas del uno para el otro, reflejadas como la luz en su reverberacion, como el golpe en el choque. Ambos exclamábamos levantándonos con un ímpetu simultáneo:—«¡Nosotros no somos dos! ¡Somos un solo ser bajo dos naturalezas que se engañan! ¿Quién dirá *vos* al otro? ¿Quién podrá decir *yo*? ¡No hay ni *yo*, ni *vos*; únicamente existe el *nosotros*!..» Y volvíamos á caer, subyugados por la admiracion de aquella maravillosa conformidad, llorando de placer al vernos duplicados de este modo, sin ser mas que uno solo, y por haber multiplicado nuestro ser entregándonosle mutuamente.

LXXIX.

A veces, y esto era lo mas comun, hablábamos de recuerdos y minuciosamente atentos á todos los lugares, á todas las circunstancias, á todas las horas que habian conducido ó señalado el principio de nuestro amor, semejantes al jòven que ha dejado desengarzar en su camino las perlas preciosas de su collar, y que vuelve paso á paso con los ojos bajos á deshacer lo andado para encontrarlas y reunir las una ó otra. No queríamos que se

perdiese en nuestra memoria uno solo de esos sitios y de esas horas, temiendo perder con ellos la memoria y el goce avaro de una sola de nuestras felicidades. Las montañas de la Saboya; los valles de Chambery, las cascadas, los torrentes, el lago, los prados nebulosos oscurecidos por las sombras, ó matizados de reflejos diseminados bajo los prolongados brazos de los castaños; los rayos de luz filtrados entre el ramaje; el cielo entrevisto por las hendiduras de la bóveda de follaje estendida sobre nuestras cabezas: la azulada estension del agua y las blancas velas á nuestros pies; nuestras primeras entrevistas involuntarias en los senderos de la montaña; las congeturas que formábamos uno de otro; los encuentros sobre el lago bogando en sentido contrario en nuestros barcos antes de conocernos; sus negros cabellos agitados por el viento; mi indiferente actitud; el doble enigma que elevábamos perpétuamente uno delante del otro, y cuya solucion debia ser para entrambos un amor eterno; despues el dia fatal de la tempestad y de su desmayo; la noche pasada en oracion y entre lágrimas delante de la muerte; el despertar en el cielo; la vuelta, en que marchamos reunidos por la calle de álamos á la luz de la luna, con su mano entre las mias; sus ardientes lágrimas; las primeras

palabras en que se habian escapado nuestras des almas, la felicidad, la separacion... en fin, todo!

No podíamos cansarnos de recordar estos detalles. Era como si nos hubiésemos contado una historia que no hubiese sido la nuestra. ¿Pero qué habia desde entonces en el universo fuera de nosotros mismos? ¡Oh inagotable curiosidad del amor, tú no eres una distraccion pueril del momento, eres el amor mismo que no puede cansarse de mirar lo que admira, que no quiere dejar escapar una impresion, un cabello, una contraccion, un estremecimiento, un rubor, una palidez, un suspiro de objeto amado para tener un motivo de amar aun mas y de dar con cada uno de estos recuerdos nuevo alimento á esa hoguera de entusiasmo en que goza él mismo de verse abrasado?

LXXX.

— Algunas veces Julia lloraba de repente con una estraña tristeza. Estas lágrimas provenian de verme condenado por aquella muerte siempre oculta y constantemente presente á nuestros ojos á no tener delante de los mios mas que ese fantasma de felicidad que

se evaporaria en el momento que quisiese estrecharle contra mi corazon. Horaba y se acusaba de haberme inspirado una pasion que jamás podria hacerme feliz. = «¡Oh! Yo quisiera morir, morir pronto, morir jóven y amada, nos decia Julia. Sí, ¡morir; puesto que no puedo ser á la vez mas que el objeto y la ilusion amarga del amor y de la felicidad para contigo. ¡Tu delirio y tu suplicio reunidos! ¡Esta es la mas divina de las felicidades y el mas cruel de los castigos confundidos en un mismo destino! ¡Ojalá que el amor me mate y que tú me sobrevivas para amar segun tu naturaleza y segun tu corazon! ¡Yo seria menos desgraciada muriendo de lo que lo soy conociendo que vivo á espensas de tu dolor y que yo te consagro á la perpétua muerte de tu juventud y de tu felicidad!»

— «¡Oh, blasfemia contra la felicidad suprema! la respondí yo colocando mi mano trémula delante de sus ojos para que las lágrimas cayesen sobre mis dedos. ¡Qué idea tan desventajosa teneis del que Dios ha hallado digno de encontraros, de comprenderos y de amaros! ¿No hay por ventura mas océanos de ternura y felicidad en esa lágrima ardiente que cae de vuestro corazon sobre mi mano, y que yo bebo como la gota de sangre del suplicio divino de nuestra al-

ma, que en los millares de deseos cumplidos y de culpables felicidades en que se ahogan las vulgares relaciones que deseais para mí? ¿He deseado yo jamás otra cosa que este mútuo sufrimiento? ¿No hace él de nosotros dos víctimas voluntarias y puras? ¿No es este el eterno holocausto de amor que desde Eloisa hasta nosotros no habia sido nunca ofrecido en espectáculo á los ángeles? ¿He acusado una sola vez al destino, aun en el delirio de mis horas solitarias, por haberme elevado por vos y para vos á mayor altura que el resto de los hombres? El me ha concedido amar en vos, no una mujer que puede estrecharse y marchitarse entre los brazos mortales, sino una encarnacion impalpable y sagrada de la belleza inmaterial. ¿Por ventura el fuego celeste en que me abraso deliciosamente no consume en mí todo el carbon de los deseos vulgares, no me convierte enteramente en una llama? Y esta llama, ¿no es tan pura, tan dulce como los rasgos de vuestra alma, que son los que la han encendido y los que la alimentan enteramente por medio de vuestros ojos? ¡Ah, Julia! ¡Tened de vos misma una idea mas digna, y no lloreis por los sufrimientos á que creéis condenarme! Yo no sufro. Mi vida es un contínuo desbordamiento de felicidad. Una plenitud de vos. Una paz. Un sueño,

del que vos sois la idea fija. Me habeis dado una segunda naturaleza. ¡Yo sufrir! ¡Ah! Algunas veces quisiera sufrir para tener que ofrecer al destino alguna cosa en cambio de lo que él me ha concedido en vos, aunque no fuese mas que el sentimiento de una privacion y la amargura de una lágrima. Porque sufrir por vos seria tal vez la única cosa que pudiera añadir unas gotas mas á la copa de felicidad de que me veo inundado. Sufrir de esta manera, ¿es padecer ó es gozar? No: vivir así es morir; ¡pero es morir algunos años antes en esta miserable vida para vivir anticipadamente en la vida del cielo!»

LXXXI.

Julia lo creia, y yo tambien. Juntaba mis manos delante de ella. En fin, nos separá-bamos despues de estas conversaciones, ella guardando, y yo llevando conmigo, como alimento hasta el siguiente dia, la impresion de la última mirada y el eco del último acento que debia hacernos vivir y esperar todo un dia interminable.

Yo la veia abrir su ventana, despues de atravesar el umbral de su puerta, y aso-

marse apoyada sobre los codos entre las flores, sobre la barra de hierro del balcon, seguirme así tan lejos como se lo permitia la niebla del Sena á lo largo del puente. Cada ocho ó diez pasos me volvía para enviarla mi alma en mis miradas, y mis suspiros, que no podian abandonarla. Me parecia que mi ser se repartia en dos; mi pensamiento, el pensamiento para volar y habitar con ella y que mi cuerpo solamente, como una máquina, volvía á tomar á pasos lentos en la sombra de las calles desiertas el camino de la puerta de la fonda para acostarme en seguida.

LXXXII.

Así se pasaron, sin otra ocupacion que la de mis estudios y la de nuestras impresiones, los deliciosos meses del invierno, que ya tocaban á su fin. Los primeros esplendores de la primavera dejábanse ya percibir por encima de los techos sobre el inmundado y oscuro dédalo de las calles de Paris. Mi amigo V^o, llamado por su madre, marchó, y me dejó solo en la pequeña habitacion en que me habia recibido durante su permanencia en Paris, porque debía volver para

el otoño. Habia él pagado la habitacion por un año. Ausente, me dejaba aun su fraterno hospitalidad. Le vi marchar con dolor, pues no me quedaba nadie con quien poder hablar de Julia. Mis sentimientos iban á gravitar sobre mi corazon con un peso tanto mas grande, cuanto que no podia depositarlos en el corazon de otro. Pero era este un peso de felicidad que aun podia aliviarme. Pronto llegó, á ser un peso de dolor que á nadie podia confiar, y menos aun á la que amaba.

Mi madre me escribió que desgracias inesperadas en punto á intereses habian apurado á mi padre en tal extremo, que la casa paterna, otras veces tan desahogada y tan hospitalaria, habia llegado al extremo de tener mi padre que reducir mi pension á una mitad para poder atender, y aun así con trabajo, á la educacion y á la manutencion de mis seis hermanos. Es menester, me decia; que me diera prisa para buscar un honroso modo de vivir independientemente, ó que volviese á la casa paterna para vivir en el campo en una resignada medianía. La ternura de mi madre me consolaba de antemano de esta dolorosa necesidad. Pintábame la felicidad que experimentaria en verme á su lado. Presentaba á mis ojos la perspectiva graciosamente coloreada de los trabajos del

campo, y de los sencillos placeres de la vida campestre. Por otro lado, algunos de los amigos de juego de mis primeros años de desórden, reducidos á la miseria habiéndome encontrado en Paris, me recordaron algunas pequeñas deudas que habia contraído con ellos, rogándome acudiese á su socorro. Poco á poco me despojaron de la mayor parte del tesoro de economías que habia logrado reunir para sostenerme algun tiempo mas en Paris. Tocaba ya al fondo de mi pequeña bolsa, cuando por fin pensé seriamente en probar fortuna.

Una mañana, despues de una violenta lucha entre mi timidez y mi amor, venció este último. Oculté bajo mi levita el pequeño manuscrito forrado de verde; este manuscrito contenia mis poesías, mi última esperanza. Me encaminé, vacilando aun en mi resolucion, á la casa de un editor de mucha celebrad, cuyo nombre se halla asociado á la gloria de las letras y de la prensa de Francia Mr. D^{""}. Este nombre fijó mi atencion antes que ningun otro, porque independientemente de su celebrad como editor Mr. D^{""} era entonces un escritor de alguna neta Habia publicado sus propios versos con todo el lujo, y dándoles toda la publicidad de que puede disponer un poeta que posee la voz de su propia fama. Llegado que hube

á la calle de Jacod, y á la puerta de su casa puerta tapizada de glorias, me fué necesario un esfuerzo desesperado para atravesar sus umbrales: otro aun mas violento para llamar á la de su despacho. Pero detras de mi veia el rostro adorado de Julia que me animaba y su mano que me impelia. Por fin me decidí.

Mr. D^{co}, hombre de edad madura; de una fisonomía precisa y comercial, de palabras escasas y terminantes, como las de un hombre que conoce el precio de los minutos, me recibió con cortesanía. Me preguntó qué tenia que mandarle. Por algun tiempo estuve cortado. Luego me perdí en los giros de frases ambiguas en que se oculta un pensamiento que desea y teme llegar al fin que se propuso. Ultimamente, desabroché mi levita. Saqué mi pequeño volúmen. Le presenté humildemente y con mano trémula á Mr. D^{co}, diciéndole que habia escrito aquellos versos; que dudaba hacerlos imprimir, para atraerme si no gloria, pues no tenia tan ridículas pretensiones, al menos la atencion y la benevolencia de los jefes de la literatura; que la escasez de medios no me permitia subvenir á los gastos de imprsion; que venia á presentarle mis trabajos y á pedirle que los publicase, si, despues de haberlos revisado, los juzgaba dignos de algu-

na indulgencia y de algun favor por parte de los hombres de letras.

Mr. D “ se sonrió con una ironía mezclada de bondad, meneando la cabeza; tomó el manuscrito entre sus manos, acostumbradas á manejar desdeñosamente los papeles; colocó mis versos sobre su mesa, y me emplazó para dentro de ocho dias para darme una respuesta al objeto de mi visita. En seguida me despedí.

Aquellos ocho dias me parecieron ocho siglos. Mi porvenir, mi fortuna, mi nombre; el consuelo ó la desesperacion de mi pobre madre; mi amor, en fin, mi vida y mi muerte, estaban en manos de Mr. D “. Tan pronto me figuraba que leia aquellos versos con el mismo entusiasmo con que los habia yo escrito sobre las montañas ó al borde de los torrentes de mi pais; que veia en ellos el rocío de mi alma, las lágrimas de mis ojos, la sangre ardiente de mis venas; que reunia á sus amigos literatos para oir la lectura de aquellos versos; y tan pronto me avergonzaba de haber espuesto á las miradas de un desconocido una produccion tan poco digna de la luz pública; de haber descorrido el velo de mi debilidad y de mi escasez por una vana esperanza de porvenir, que se cambiaria en humillacion sobre mi frente en vez de convertirse en alegria y en oro en-

tre mis manos. Sin embargo, la esperanza, tan obstinada como mi indigencia, se sobreponia á todo en mis sueños, y me condujo de hora en hora hasta la designada por Mr. D^o.

LXXXIII.

El valor me abandonó al subir, pasados los ocho dias, la escalera de su casa. Permanecí mucho tiempo indeciso sobre la meseta de la escalera delante de su puerta sin atreverme á llamar. En aquel momento salió uno, dejando la puerta abierta. Fueme preciso entrar. El rostro de Mr. D^o era inespresivo y ambiguo, como el oráculo. Me hizo sentar, y buscando mi manuscrito, perdido en aquel cúmulo de papeles:—«He leído vuestros versos, me dijo. No carecen de inspiracion, pero sí de estudio. En nada se parecen á lo que se busca hoy dia en nuestros poetas. No se acierta á comprender de dónde habeis tomado el lenguaje, las ideas, las imágenes de esas poesias, que no se pueden clasificar en ninguno de los géneros conocidos. Y es lástima, porque no carecen de armonia. Renunciad á esas innovaciones que desnaturalizarian el genio

frances. Leed á nuestros maestros, Delille, Parny, Michaud, Raynouard, Luce de Laucival, Fontanes, poetas queridos del público. Imitad á alguno de estos si quereis que os lean. Os daria un mal consejo impulsándoos á publicar este volúmen, y os haria un disfavor publicándolo á mis espensas.» Diciéndome estas palabras, se levantó y me devolvió el manuscrito. Yo no procuré resistir en mi destino; él hablaba por boca de aquel oráculo. Volví á colocar el manuscrito bajo mi levita, di las gracias á Mr. D^{co}, escusándome del tiempo que le habia hecho perder, y bajé trémulo con los ojos húmedos los escalones de su casa.

¡Ah! ¡Si Mr. D^{co}, hombre bueno, sensible, protector de las letras, hubiese podido leer en el fondo de mi corazón, y comprender que no era la fortuna ni la gloria lo que iba á mendigar á su puerta aquel jóven desconocido, sino que era la vida y el amor lo que yo le pedia, estoy convencido de que hubiera impreso mis trabajos! ¡El cielo al menos le hubiera reembolsado!

LXXXIV.

Volví desesperada á mi habitacion. El niño y el perro se asustaron por la vez primera de las tinieblas de mi fisonomía y de la obstinacion de mi silencio. Encendí la estufa, y en ella arrojé hoja tras hoja el tomo completo, sin perdonar una sola página.—«Puesto que no sirve para proporcionarme un dia de vida y de amor, exclamé desesperado viéndole quemar, ¿qué me importa que la inmortalidad de mi nombre se consuma contigo? ¡Mi inmortalidad no es la gloria, es el amor!»

Aquella misma tarde salí de casa á eso de anochecer, y vendí el diamante de mi pobre madre. Le habia conservado hasta entonces con la esperanza de alcanzar su equivalente en valor por medio de mis versos y poder devolverlo intacto. Besé furtivamente y regué con mis lágrimas aquel diamante al dejarlo en manos del lapidario. El mismo comerciante parecia conmovido, no pudiendo desconocer el dolor que yo experimentaba al entregárselo. Al contar los treinta luses que me entregó, mis manos dejaron escapar aquel oro como si hubiese

sido el precio de una profanacion. ¡Oh! ¡cuántos diamantes de un precio mas exorbitante no hubiera yo dado despues para recuperar aquel diamante único para mí, y que era una parte del corazon de mi madre, una de las últimas lágrimas de sus ojos, la luz de su amor!... ¡A qué dedo habrá pasado aquella sortija!...

LXXXV.

Entre tanto habia llegado la primavera. Las Tullerías cobijaban por la mañana á los ociosos bajo la verde sombra de las hojas y el embalsamado ambiente de los castaños. Desde lo alto de los puentes divisábanse, al otro lado del horizonte de piedra de Chaillot y de Passy, las dilatadas líneas ondulosas y verdes de las colinas de Fleury, de Meudon y de Saint-Cloud. Estas colinas parecian salir como islas de soledad y de frescura de aquel océano calizo, produciendo en mi corazon crueles remordimientos. Provenian estos de las imágenes de los recuerdos y de las bellezas de la naturaleza que habia olvidado durante seis meses. Por la noche, la luna flotaba quebrando sus resplandores sobre las aguas del rio. El astro pensador

abria á la estremidad del cauce del Sena luminosas avenidas y perspectivas fantásticas, donde la vista iba á perderse en paisajes de vapor y de sombra. El alma seguia involuntariamente á los ojos. Las fachadas de las tiendas, los balcones y las ventanas de las casas estaban cubiertas de tiestos de flores, esparciendo sus perfumes sobre la cabeza de los transeuntes. En los extremos de las calles y de los puentes, los vendedores de flores, sentados detras de un entapizado de plantas esparcidas, agitaban los ramos de lilas, como para embalsamar la ciudad. En la habitacion de Julia, el hogar de la chimenea, trasformado en gruta de musgo, las consolas, las mesas, sostenian jarrones llenos de violetas, de azucenas, de rosas y de primaveras. ¡Pobres flores arrebatadas á sus campos! Semerjantes á las golondrinas aturcidas que penetran dentro de una habitacion, y que se rozan las alas contra las paredes anunciando los dias hermosos de abril. El perfume de aquellas flores nos llegaba hasta el corazon. Nuestros pensamientos nos conducian naturalmente por la impresion de los olores y de las imágenes á aquella naturaleza, en cuyo seno habíamos vivido tan solos y tan dichosos. Habíamos olvidado aquella naturaleza, en tanto que los dias habian sido sombríos,

el cielo triste, el horizonte nebuloso. Encerrados en la pequeña habitacion en que uno para el otro éramos el universo entero, no pensábamos que existiese otro cielo, otro sol, otra naturaleza mas allá de nosotros. Estos hermosos dias, vistos por entre los edificios de una inmensa ciudad, vinieron á recordárnoslo. Nos asustaban, nos inducian por un invencible instinto á contemplarlos, á saborearlos, á aspirarlos mas de cerca en los alrededores de Paris. Parecíanos al abrigar aquellos deseos irresistibles y formando aquellos proyectos de lejanos paseos por los bosques de Fontainebleau, de Vincennes, de Saint-Germain ó de Versailles, que íbamos á volver á encontrar nuestros bosques y nuestras aguas en los valles de los Alpes. Al menos veríamos el mismo sol y las mismas sombras; reconoceríamos entre las ramas de los árboles los sonoros gemidos de los mismos vientos.

La primavera, que daba pureza al cielo y sabia á las plantas, confundia en el corazon de Julia una juventud mas palpitante y mas completa. Los colores de sus mejillas eran mas vivos; los rayos de sus ojos mas azulados y mas penetrantes; sus palabras tenian mas emocion en su acento; su languidez, mas suspiros; su modo de andar, mas recuerdos de

la juventud. Una fiebre de vida la agitaba aun en la inmovilidad de su habitacion. Esta dulce fiebre abocaba las palabras sobre sus labios, imprimiendo el desasosiego á sus pies. Por la noche descorria Julia las cortinas; á cada momento se apoyaba en el borde de la ventana para aspirar la frescura del agua, los rayos de luna, las bocanadas de aire vegetal, que, recorriendo el valle de Meudon, llegaban tibias hasta dentro de las habitaciones.

—“¡Oh; demos, le decia, algunos dias de fiesta á nuestras almas entre tantos dias de felicidad! ¡Nosotros, los mas sensibles y reconocidos de todos esos seres por quienes Dios reanima su tierra y sus cielos, no seamos los únicos para quienes los reanime en vano! ¡Rodeémonos de ese aire, de esa luz, de ese verdor, de ese ramaje, de ese océano de vegetacion y de vida que inunda la tierra en estos momentos! Vamos á ver cómo las obras de la creacion no han envejecido el espacio de un dia, cómo no ha menguado nada, ni en una ola, ni en una nota, ese entusiasmo que cantaba, que gemia, que amaba y que gritaba dentro de nosotros sobre las montañas ó sobre las aguas de la Saboya.

—“¡Oh! si, vamos, respondia ella; no podremos sentir nada mas, no amaremos me-

jor que entonces, no bendeciremos de otro mundo; pero habremos hecho testigo de la felicidad de dos pobres seres á un nuevo rincón de la tierra. El templo de nuestro amor que no ecsistia sino sobre aquellas queridas montañas, estará en todos los sitios en que yo haya caminado y respirado contigo.

El anciano nos animaba hácia aquellos paseos por los hermosos campos de las cercanías de Paris. Tenia la esperanza, sostenida por los médicos, de que el aire vegetal, la influencia del sol, que todo lo solidifica, y un moderado ejercicio al aire libre, afirmarían la enfermiza delicadeza de los nervios de Julia, y darian elasticidad á su corazón. Todos los dias serenos, por espacio de cinco semanas del principio de la primavera, iba yo á buscarla por la mañana. El carruaje en que subíamos iba enteramente cerrado para evitar las miradas y las observaciones indiscretas que conocidos y desconocidos pudieran hacer al ver una jóven tan encantadora sola con un hombre de mi edad. No me parecia á ella lo bastante para pasar por su hermano. Bajábamos del carruaje á la entrada de los bosques, al pie de las colinas, á las puertas de los jardines de las cercanías de Paris. Preferíamos en Fleury, en Meudon, en Sevres, en Sartory y en Vincennes, las mas largas y mas solitarias calles de árboles tapi-

zadas de yerbas en flor que el casco de los caballos no habia hollado nunca, á escepcion de los dias en que los reyes salian á caza. Allí no encontrábamos sino algunos niños ó algunas pobres mujeres que escarbaban la tierra con un cuchillo para recoger achicorias. De tiempo en tiempo alguna cierva espantada se abria paso por entre las hojas, y atravesaba la calle de árboles, hundiéndose, despues de habernos mirado un momento, en la espesura de los bosques. Marchábamos en silencio, tan pronto el uno delante del otro como cogidos del brazo. Hablábamos del porvenir, de la felicidad de poseer una soia de aquellas yugadas de tierra deshabitadas, con una pequeña casa de guarda bajo una de aquellas viejas encinas. Pensábamos en alta voz. Cogiamos violetas y flores de todas clases, con las que formábamos geroglíficos que cambiábamos mutuamente. Conservados entre las hojas del eleboro, confiábamos á estas cartas de flores una mirada, un suspiro ó un deseo, reservándonos el leerlas para cuando nos hubiésemos separado. Ellas nos debian recordar perpétuamente lo que no queríamos dejar escapar á nuestra memoria de aquellas deliciosas conversaciones.

Nos sentábamos á la sombra y á la orilla de aquella calle de árboles. Abríamos un li-

bro que procurábamos leer, pero que nunca pudimos llegar al fin de la primera páginas inagotables de nuestras sensaciones. Iba á buscar leche y pan moreno á alguna cercana posesion, y comíamos sobre la yerba, arrojando á las hormigas el sobrante de leche y á los pájaros las migas del pan. Volvíamos al ponerse el sol al tumultuoso océano de Paris, cuyo ruido y movimiento nos oprimia el corazon. Dejaba á Julia á la puerta de su casa, embriagada con el placer del dia, y yo volvía lleno de felicidad á mi solitaria habitacion, golpeando sus paredes para que me devolviesen la luz, la naturaleza y el amor de que me privaban. Comia sin apetito. Leia sin comprender. Encendia mi lámpara, y esperaba, contando las horas á que llegase el momento deseado para atreverme á volver á la puerta de Julia, y pedir á la noche la continuacion de la entrevista de la mañana.

LXXXVI.

Al dia siguiente volvíamos á emprender los mismos paseos. ¡Ah, cuántos troncos de los árboles están señalados por mí en aquellas selvas con los signos que me los hará

conocer para siempre. Estos árboles son aquellos á cuya sombra se sentó, al pie de los cuales aspiró en oleadas de vida un rayo de sol ó una bocanada del aire embalsamado de los bosques. ¡El pasajero indiferente ve esos árboles sin imaginar que son para alguno las columnas de un templo, cuyo adorador está sobre la tierra y cuya divinidad está en el cielo! ¡Al presente voy aun á visitarlos una ó dos veces cada primavera en los aniversarios de estos dichosos paseos! ¡Cuando el hacha los derriba, se me figura que hiere sobre mí, y que arranca un pedazo de mi corazón!

LXXXVII

En la cima mas elevada y mas habitualmente solitaria del jardin de Saint-Cloud, en el sitio en que la loma de la colina se redondea para inclinarse en dos pendientes opuestas, una hácia el valle de Sevres y la otra hácia la esplanada de la casa, hay un espacio formado por la confluencia de tres calles de árboles. Allí se reunen estas, sobre un campo de verdor. La vista descubre de lejos algun raro paseante que viene por la mañana á turbar su tranquilidad.

Este promontorio de la colina domina la llanura de Issy, la corriente del Sena y el camino de Versailles. Contenido por las tres leguas de la selva que se adelantan en triángulos entre las calles que allí se reúnen, bañado en sombra por los inmensos árboles que le rodean, se asemeja á un lago redondeado, en el que las yerbas y el follaje hacen las veces de olas. Si se dirige la vista hácia el valle de Sevres, no se tiene otra perspectiva que un estenso campo en cuesta. Esta desciende rápida hácia la corriente del agua como una cascada de verde heno movido á manera de olas por el viento. Este campo va á perderse en el fondo del valle en negras masas de arbustos, de un sotto poblado de corzos; por encima de estos arbustos se ven, al otro lado del Sena, los inmensos techos de pizarra azulada, y la cima de los jardines majestuosos de Meudon que se dibujan sobre el cielo de verano. Sobre este promontorio, donde se disfruta á la vez de la elevacion de una montaña, del silencio y del abrigo de un valle, y de la soledad de un desierto, veníamos á descansar con mucha frecuencia. Allí respira el pecho mejor. El oído escucha con mas recogimiento, y el alma toma desde mas alto su vuelo por cima de los horizontes de la vida.

Subimos allí una de las primeras mañanas

del mes de mayo, á la hora en que la inmensa selva no tiene mas huéspedes que los gamos, que van á saltar sobre sus calles desiertas. Algun guarda que otro suele muy de tarde en tarde cruzar por ellas como un punto negro al fin de los horizontes. Sentámonos en el sétimo árbol que forma el semicírculo de la esplanada que da frente á la campiña de Sevres. Hay siglos enteros bajo la cubierta viviente de aquella encina, y en las divisiones de sus ramas. Sus raices, hinchándose de savia para alimentar su tronco y sostenerle, han hecho desprender la tierra de alrededor, y le rodean de un declive de musgo que forman un banco natural, cuyo dosel es la misma encina, y cuyos pabellones son sus ramas bajas.

La mañana estaba tan trasparente como el agua del mar al elevarse el sol, visto desde un cabo de las islas del Archipiélago. Los rayos ya abrasadores del verano se desprendian de un cielo límpido sobre la colina. Estos rayos volvian á salir de las espesuras en alientos tibios, como las olas impregnadas del sol que vienen á lamer en la sombra el pie de la jòven que se baña. No se oia otro ruido que el de algunas hojas secas del invierno precedente, que caian á las pulsaciones de la savia al pie del árbol, para ha-

cer lugar á las nuevas, apenas desarrolladas;
el del vuelo de las aves, que rozaban las alas
contra las ramas al aproximarse á sus nidos
y un vago y universal susurro de insectos
insaciables de luz que salían y entraban co-
mo un polvo tenue á la menor ondulacion
que el viento imprimia sobre los sembrados
de heno en flor.

LXXXVIII.

Habia tal consonancia entre nuestra juventud y aquella juventud del año y del día una armonía tan completa entre aquella luz aquel calor, aquel esplendor, aquellos ruidos alternados, aquel éstasis reflexivo de la

naturaleza y nuestras propias sensaciones; nos sentíamos tan deliciosamente confundidos y como trasfigurados en aquel aire, en aquel firmamento, en aquella vida, en aquella paz, en aquella visible inmutabilidad de la obra de Dios á nuestro alrededor; nos poseíamos tan completamente uno á otro en aquella soledad, que nuestros pensamientos y nuestras sensaciones superabundantes, pero satisfechas, se bastaban á si mismas, no teniendo que fatigarse interiormente en buscar palabras para presentarse al exterior. Nada mas podían contener ya nuestros corazones, aunque nuestros corazones eran bastante grandes para contenerlo todo. Nada procuraba escaparse de ellos, y apenas se nos hubiera oído respirar.

No sé cuánto tiempo permanecimos de aquel modo, mudos é inmóviles, uno al lado del otro, sentados sobre las raíces de la encina, con las manos ante los ojos, la frente entre las manos, con los pies al sol sobre la yerba, y la cabeza en la sombra. Pero cuando levanté esta, la sombra había ya retrocedido delante de nosotros toda la estension de los pliegues del vestido de Julia. Yo la miré. Julia levantó su cabeza como impulsada por la misma fuerza que me había hecho levantar la mia. Me miró, y sin poder

decir una sola palabra, le brotaron sus ojos dos manantiales de lágrimas.—“¿Por qué llorais?,, la dije con una inquieta solicitud, pero en voz muy baja, temiendo turbar sus silenciosos pensamientos.—“Lloro de felicidad,” me respondió. Y la sonrisa se pintaba en sus labios, en tanto que gruesas lágrimas bañaban y brillaban sobre sus mejillas, como un rocío de la primavera.—“¡Oh, sí; lloro de felicidad, prosiguió; este día, esta hora, ese cielo, este sitio, este pan, este silencio, esta soledad, esta completa asimilacion de nuestras dos almas, que no necesitan hablar para oírse, y que respiran para las dos en un solo aliento; esto es demasiado, es demasiado, para una naturaleza mortal que el exceso de alegría puede abogar lo mismo que el exceso del dolor, y que no teniendo un grito en el pecho, gime por no poder gemir, y llora por no poder dignamente dar las gracias!....,,

Y se detuvo un momento. Sus mejillas se colorearon. Temí que la muerte la arrebatase en su éstasis, pero su voz me tranquilizó en el momento.—“¡Rafael, Rafaell exclamó con una solemnidad tal, que me asombró, y como si me hubiese anunciado una cosa largo tiempo y dolorosamente esperada. ¡Rafael, hay un Dios!—¿Y quién

os lo ha revelado. y por qué hoy y no otro dia? la dije.

— «¡El amor! me contestó, levantando pausadamente hácia el cielo sus hermosos ojos, llenos de lágrimas; si, el amor que siento correr á torrentes dentro de mi corazón con murmullos y estremecimientos que nunca habia experimentado con tanta violencia y con tanta paz.

«¡No, ahora no lo dudo, prosiguió con un acento en que la seguridad se mezclaba á la alegría; el manantial que anega mi alma en tanta felicidad no puede emanar de la tierra, y este manantial no puede perderse, habiendo brotado una vez! Hay un Dios; hay un amor eterno, y el nuestro no es mas que una gota de ese amor, que iremos á confundir juntos en el divino océano de donde la hemos tomado. ¡Este océano es Dios; le he visto, le he sentido, le he comprendido en este momento por medio de mi felicidad! ¡Rafael, yo no os amo, vos no me amais; á Dios únicamente es á quien adoramos, siendo uno para el otro el intermedio de este amor! ¡Ambos le adoramos á traves de estas lágrimas de felicidad que nos revelan y nos ocultan á la vez el fuego inmortal de nuestros corazones! ¡Perezcan, continuó con mas animacion en sus palabras y en sus

miradas; perezcan los vanos nombres que hasta aquí habíamos dado á nuestros éstasis amorosos! Un solo nombre puede únicamente espresarlos: el que acaba de serme revelado en este momento. ¡Dios, Dios, Dios! repitió, como si hubiese querido acostumbrarse á un lenguaje nuevo. De aquí en adelante el sentimiento que ocupe nuestro corazon no será amor para nosotros, sino una sagrada y deliciosa adoracion. ¡Rafael! ¿Me comprendéis? ¡Ya no sereis Rafael, sino el culto de mi Dios!»

Nos levantamos, impulsados por el entusiasmo, abrazamos el tronco del árbol y le bendijimos, por la inspiracion que habia descendido de sus ramas. ¡Le dimos un nombre, llamándole el árbol de la adoracion! Bajamos á pasos lentos la pendiente de Saint-Cloud, y nos internamos en el bullicioso Paris. ¡Pero Julia entró en él con el conocimiento de Dios, hallado por fin dentro de su corazon, y yo con la alegría de ver en él aquel luminoso manantial interior de consuelo, de esperanza y de paz!

LXXXIX.

Los gastos que me veia obligado á hacer para acompañar casi todos los dias á Julia á aquellos paseos habian reducido de tal modo el producto de la venta del último diamante de mi madre, que solo contaba

diez luises. Caía en un acceso de desesperacion al tiempo de contar por las tardes el escaso número de dias de felicidad que representaba aquella cortísima cantidad. Me hubiera avergonzado de confesar á la que amaba el esceso de mi indigencia, porque siendo ella por sí poco rica, hubiera querido darme cuanto poseia. Mis relaciones con ella se hubieran degradado á mis ojos, y yo tenia en mas el amor que la vida, habiendo preferido morir á envilecer mi amor.

La vida sedentaria que habia llevado todo el invierno en la oscuridad de mi alcoba; la constancia de mis estudios; la presencia de un solo pensamiento; la falta de sueño por las noches, y mas que todo el aniquilamiento moral que el desbordamiento continuo de las fuerzas del alma hace experimentar á un corazon demasiado débil para resistir á un éstasis no interrumpido de diez meses, habian minado mi organizacion. Bajo la máscara de un rostro pálido y descarnado, era mi ser una llama que ardia sin alimento, que debia consumir su propio hogar. Julia me suplicaba que respirase por algun tiempo el aire natal, y que conservase mi vida, aun á espensas de su felicidad. Me

envió su médico para añadir la autoridad de la ciencia á las súplicas del amor. Este médico, ó mejor dicho este amigo, que se llamaba el doctor Alain, era uno de esos seres de bendicion, cuya fisonomia parece atraer un reflejo del cielo sobre la buhardilla del pobre á quien van á visitar. Padeciendo él mismo una enfermedad del corazon, consecuencia de una pasion pura y llena de misterio por una de las mujeres mas bellas de Paris; poseedor de una pequeña fortuna, que bastaba á la sobriedad de su vida y á sus caritativas limosnas; hombre de una piedad sin límites, activa y tolerante, no ejercia su profesion sino con algunos amigos, y para los necesitados. Su medicina era la amistad y la caridad en accion. Esta profesion, tan noble cuando no es avara, ejercita de tal modo la sensibilidad humana, que, empezando por ser una ciencia, acaba por ser una virtud. La medicina habia llegado á ser para el desgraciado doctor Alain aun mas que una virtud: ¡era una pasion por aliviar las miserias del alma y del cuerpo á veces tan encadenadas unas á otras! Alain era el portador de la religion y de la salud al mismo tiempo, y hacia resplandecer la

tranquilidad y la inmortalidad aun sobre la misma muerte.

Le he visto morir algunos años despues con la tranquilidad de los justos: habia de antemano hecho el aprendizaje sentado en la cabecera de los moribundos. Encadenado á su cama y sin movimiento durante seis meses de agonía, contaba con la vista las horas que le separaban de la eternidad en un reloj de péndola que tenia á los pies de la cama. Veiase entre sus manos un Crucifijo, simbolo de la paciencia. Sus miradas no abandonaban nunca á aquel amigo divino, como si estuviese conversando con el pie de la cruz. Cuando el dolor sobrepujaba á sus fuerzas, hacia que le aproximasen el Crucifijo á la boca, y sus quejidos se confundian con sus oraciones. Descansaba, en fin, en sus esperanzas y en el mucho bien que habia hecho. Encargó á los pobres que acumulasen ante su muerte el tesoro de piedad que él les habia repartido y murió sin dejar herencia alguna, en una buardilla, y sobre una pobre cama. Los pobres se encargaron de la conduccion de su cuerpo, dándole una sepultura de caridad en la tierra comun. ¡Oh, alma santa, que aun vió sonreir y presentarse sobre aquel rostro de bondad y de beatitud intima tanta

virtud! ¿Seria para tí una mentira? ¿Te habrás evaporado como el reflejo de mi lámpara sobre tu retrato, cuando mi amo retira la luz que me ha servido para contemplarte? ¡No, es imposible! Dios es justo y fiel, y no te hubiera engañado á tí, que no hubieras sido capaz de engañar á un niño.

XC.

El médico se aficionó á mi con el interes mas tierno. Hubiérase dicho que Julia le habia comunicado una parte de su amor. Comprendió perfectamente mi enfermedad, sin dejarme sospechar que lo habia como-

cido. Era demasiado buen práctico en sí mismo para desconocer en otros una afeccion moral. Me mandó salir al momento de Paris bajo pena de muerte, haciéndome conocer su sentencia por boca de Julia, comunicándola sus temores. Valiose de la tierna autoridad del amor para arrebatarme al amor, y dulcificó la separacion con la esperanza. Dispuso que primero estuviese algun tiempo con mi familia, y que despues tomase los baños en Saboya, donde Julia se reuniria conmigo, de órden suya, al principio del otoño. Su piedad no pareció alarmarse por los síntomas de una mútua pasion que no podia desconocer entre ambos. Este fuego era á sus ojos una falta, pero era tambien una purificacion. Su fisonomía no revelaba otra cosa que la indulgencia del hombre y la piedad de Dios. De este modo desató, para salvarnos, el lazo que nos iba á ahogar á entrambos. Consentí por último en marchar el primero. Julia me juró que tardaria poco en seguirme. ¡Ay! sus lágrimas, su palidez, el temblor de sus labios, lo aseguraban aun mejor que sus mismos juramentos. Quedó convenido en que yo saldría de Paris en el momento que las fuerzas me permitiesen el viajar. El dia 18

de mayo fué el señalado para mi partida.

Resuelta ya una vez nuestra separacion, contábamos los minutos por horas, y las horas por días. Hubiéramos querido acumular y concentrar los años en un segundo para disputar y arrancar anticipadamente al tiempo la felicidad de que íbamos á disfrutar durante tantos meses. Estos días fueron días de felicidad, al mismo tiempo que de angustia y agonía. Sentíamos en cada entrevista, en cada mirada, en cada palabra, el frío del siguiente día que se iba aproximando. Estos placeres no son placeres, sino tormentos del corazón y suplicios del amor.

Dedicamos á nuestra despedida todo el día que precedió al de mi viaje. Quisimos darnos este adios, no á la sombra de las paredes, que ahogan el alma, y á la vista de las personas indiferentes, sino bajo el cielo, al aire libre, á la luz del día, y en la soledad y el silencio. La naturaleza se asocia á todas las sensaciones del hombre. ¡Ella las comprende, y las siente como un invisible amigo y confidente. ¡Ella las eleva al cielo para concentrárlas y divinizarlas!

XCI.

En la mañana de este día de despedida, un carruaje de arquiler nos conducia por las calles de Paris, con los vidrios bajos y corridas las cortinas. Atravesamos de este modo las calles solitarias de los barrios

altos de Paris, que van á desenvocar á las altas paredes del cercado de Mousseau. Este jardin, reservado entonces esclusivamente á los paseos de los principes que le poseian no se abria sino á la presentacion de una esquila de entrada, esquelas que se daban con mucha parsimonia á algunos extranjeros ó á algunos viajeros curiosos por ver aquella obra maestra de la vegetacion. Habia yo logrado algunas de estas esquelas por medio de uno de los antiguos amigos de mi madre, que pertenecia á la casa de los principes. Escogí este sitio solitario, porque sabia que sus dueños estaban fuera de Paris; que las entradas no se permitian durante su ausencia, y que los mismos jardineros estarían fuera de allí para disfrutar á sus anchuras de un dia de vacacion.

Este magnífico desierto plantado de bosques, cortado por los prados, regado por aguas corrientes ó por estanques silenciosos, poetizado de monumentos, de columnas, de ruinas, representaciones del tiempo en que el arte ha imitado la antigüedad de las piedras, y cuyos restos carcomia la yedra; no debía tener por aquel dia otros huéspedes que la luz, los insectos, las aves y nosotros. ¡Ayl

nunca su césped y sus hojas fueron regados con mas lágrimas!

Cuanto el cielo estaba mas templado y resplandeciente, tanto mas combatian sobre la yerba las sombras y la luz al soplo del viento del verano, como la sombra de las alas de un ave que persigue á otra; con tanta mayor armonia lanzaban los ruiseñores al aire sonoro sus cánticos dulces y felices; con mas pureza reflejaban las aguas sobre su espejo trasparente las siemprevivas, las margaritas y azucenas de variados colores que tapizaban el borde de su cauce; tanto mas triste era para nosotros aquella alegría, y tanto mas la resplandeciente tranquilidad de una mañana de primavera contrastaba con la nube sombría que gravitaba sobre nuestros corazones. En vano procurábamos engañarnos un momento esparciendonuestra imaginacion sobre la belleza del paisaje, sobre el brillo de las flores, sobre los perfumes de aire, sobre el espesor de las sombras y sobre el recogimiento de aquellos lugares que hubieran bastado á contener la felicidad de un mundo de amor. Dirigíamos meramente, por complacencia, una mirada distraida sobre tantas bellezas, pero esta mi-

rada se dirigia bien pronto al suelo. Nuestros acentos, respondiendo con efímeras fórmulas de alegría y de admiracion, hacian traicion al vacío de palabras y á la ausencia de nuestros pensamientos: unas y otros estaban fijos en otra parte.

En vano tambien nos sentamos de vez en cuando al pie de los bosques de embalsamadas lilas, bajo el verde ramaje de los mas hermosos cedros sobre los restos labrados de las columnas, mas sepultadas en la yedra al borde de las aguas, mas silenciosas y mas recogidas de los estanques para pasar allí las largas horas de una última entrevista. Habíamos escogido apenas uno de estos sitios, cuando una vaga inquietud nos impulsaba á abandonarlo para buscar otro. Aquí la sombra, allí la luz, mas hallá el ruido importuno de la cascada ó el obstinado canto del ruiseñor sobre nuestras cabezas, hacíanos amargo aquel placer y odioso aquel espectáculo. Cuando el corazon se agita dolorosamente en el pecho, toda la naturaleza nos hace daño. El mismo Eden seria un suplicio siendo testigo de la separacion de dos amantes.

Cansados por fin de andar errantes, sin hallar un abrigo contra nosotros mismos

por espacio de dos horas, concluimos por sentarnos al lado de un puentecillo colocado sobre un arroyo, un poco separados el uno del otro, como si el ruido de nuestra respiracion nos hubiese sido importuno, ó como si hubiésemos querido instintivamente ocultarnos uno á otro el sordo murmullo de los sollozos interiores que sentiamos próximos á estallar en nuestro pecho. Por largo tiempo contemplamos distraidos la corriente verdosa del arroyo que se sumergia lentamente en el arco del puentecillo. Tan pronto arrastraba una hoja blanca de la azucena caída en su cauce, tan pronto un nido vacío que el viento habia desprendido de los árboles. De repente vimos flotar sobre aquellas aguas con las alas inmóviles y abiertas el cuerpo de una golondrina de primavera. Se habia ahogado sin duda al beber de aquella copa, antes de que sus alas tuviesen la fuerza suficiente para sostenerla. Esta golondrina nos recordó la que habia caído muerta á nuestros pies desde lo alto de la torre desmantelada del antiguo castillo al borde del lago, y que nos habia entristecido como un fúnebre presagio. El ave muerta pasó lentamente por delante de nosotros, y la

superficie del agua, sin hacer un solo pliegue, la arrastró y la sumergió poco á poco en la profunda oscuridad del cerco del puente. Así que hubo desaparecido el cuerpo del ave, vimos otra golondrina pasar y repasar cien veces bajo el arco dando gritos lastimeros y rozando sus alas contra la bóveda. Nos miramos involuntariamente. No podré explicar todo cuanto dijeron nuestras dos miradas al encontrarse; pero la desesperacion de un pobre pájaro encontró nuestros párpados tan llenos y nuestros corazones tan á punto de estallar, que en el mismo momento volvimos ambos la cabeza, y rompimos á llorar. Una lágrima arrastraba otra lágrima; un pensamiento á otro; un presagio á otro presagio; un sollozo á otro sollozo. Intentamos hablarnos, pero el acento entrecortado de la voz del uno quebrantaba aun mas la del otro; concluimos por ceder á la naturaleza y por verter en silencio todas las lágrimas que abrigaban nuestros ojos y nuestro corazon. La yerba se regó con ellas, el viento las enjugó, las bebió la tierra, Dios las contó, y los rayos del sol las elevaron en vapores.

No quedaba ya una sola gota de angustia en nuestras almas cuando leván-

tamos la cabeza el uno ante el otro, casi sin vernos, á través de la nube de nuestros ojos. Tal fué nuestra despedida; una imágen fúnebre, un océano de lágrimas, un silencio eterno. Separámonos de este modo y sin volvernos á mirar, temiendo la reaccion de aquella mirada. Aquel jardin de nuestro amor y de nuestro adios no volverá á ver nunca la huella de mis pasos.

XCV.

Al día siguiente salí de Paris, aturdi-
do y silencioso, con la cabeza envuelta
en la capa, entre cinco ò seis descono-
cidos, que hablaban alegremente de la
calidad del vino y del precio de la co-

mida de la posada, en uno de esos carruajes en que se amontonan las personas que viajan sobre las colinas del camino del Mediodía. No desplegué una sola vez los labios durante aquel largo y triste viaje.

Mi madre me recibió con aquella ternura serena y resignada que daba aun á las mismas desgracias un viso de felicidad á su lado. Yo no la llevaba otra cosa que un cuerpo enfermizo, esperanzas fallidas, su diamante gastado inútilmente en obsequio de mi porvenir, una melancolía que ella atribuía á mi ociosa juventud, á una imaginacion sin alimento, pero de que yo le ocultaba cuidadosamente la causa verdadera, temiendo añadir una pena mas, y una pena irremediable, á las muchas que ya tenia.

Pasé el verano, aislado, en el fondo de un valle desierto y sobre ásperas montañas, en una alquería que poseia mi padre y que cultivaba una buena familia de labradores. Mi madre me habia enviado y confiado á los cuidados de aquellas pobres gentes, para que tomara allí los aires mas puros y bebiese leche en abundancia. Mi única ocupacion era contar los dias que me separaban del mo-

mento en que debía ir á esperar á Julia en nuestro delicioso valle de los Alpes. Las cartas que recibia y contestaba diariamente alimentaban esta dulce esperanza. Estas cartas disipaban con mil cariñosas palabras la nube de presentimientos siniestros que nuestra despedida habia dejado sobre mi alma. De tiempo en tiempo alguna frase de dolor y de tristeza, puesta involuntariamente entre aquellas perspectivas de felicidad, como una hoja seca entre las verdes hojas de la primavera, formaba en mi mente una triste contradiccion con la tranquilidad y la perfecta salud de que ella me hablaba. Pero yo atribuia estas disonancias á alguna sombra ligera entrevista en el porvenir, ó á la impaciencia por la lentitud de los dias, sombras que habrian tal vez cruzado por las páginas que me escribia.

El aire elástico de las montañas, el sueño de la noche, los paseos del dia, el trabajo corporal en el jardin y en los campos de la alqueria de mi padre, y mas que todo la procsimidad del otoño y la seguridad de volver á ver á la que disponia de mi vida con sus miradas, restablecieron mi salud como por encanto. No quedaba en mí mas vestigio de

mis dolores pasados que una melancolía dulce y reflexiva esparcida en todo mi ser; era como la bruma de una mañana de verano; el silencio que parecía contener un misterio; un instinto de soledad que hacia creer á los paisanos supersticiosos de las montañas que yo estaba en relaciones con los genios de los bosques.

El amor habia estinguido en mi todo gérmen de ambición. Habia aceptado mi oscuridad, conformándome con ella por toda la vida. La resignacion piadosa y tranquila de mi madre se habia insinuado en mi espíritu, con sus santas y dulces palabras. No tenia otros sueños que las de trabajar diez ú once meses al año de cualquier modo que fuese, y economizar lo bastante para ir á pasar uno ó dos meses al lado de Julia; luego, si el anciano llegaba á faltarle, el de consagrarme como un esclavo á su servicio, como Rousseau á Mad. Warens, el de retirarnos á alguna cabaña solitaria de aquellas montañas, ó á alguno de los sitios conocidos de nuestra Saboya, viviendo de ella como ella viviera de mí sin volver jamás la cara al mundo vacío, y sin pedir al amor otra recompensa que la felicidad de amar...

XCIII.

Una sola cosa me sacaba algunas veces de las regiones de mi sueños, y era la escasez cruel en que se encontraba la casa de mi padre á causa de los gastos inútiles originados por mi. Las cosechas

habian sido escasas por espacio de muchos años seguidos, y acontecimientos imprevistos habian casi cambiado en miseria la humilde mediania de mis parientes. Cada vez que iba el domingo á ver á mi madre, me contaba sus apuros y vertia lágrimas en mi presencia; lágrimas que ocultaba á mi padre y á mis hermanos. Yo mismo llevaba una vida miserable. No tenia otro alimento en la pequeña alquería que pan moreno, leche y huevos del corral. Vendia secretamente, y uno tras otro en la ciudad, todos cuantos objetos y libros habia traído de Paris, para poder pagar los portes de las cartas de Julia, por las que hubiera vendido mi propia sangre.

Entre tanto el mes de setiembre tocaba á su fin: Julia, que escribia el mal estado de la salud de su marido, que se debilitaba de dia en dia (fraude piadoso del amor para ocultar sus propios males y evitarme crueles dolores), la retenian en Paris mas tiempo del que habia creído pero me animaba á marchar sin demora para ir á esperar á Saboya. Allí se debia de todos modos reunir conmigo á fines de octubre.

Esta carta estaba llena de los mas so-

lícitos cuidados de una hermana hacia un hermano querido. Me encargaba y me mandaba, por la soberana autoridad de su amor, que estuviese siempre en guardia contra una enfermedad que se oculta bajo el aspecto de una juventud floreciente, y que la agosta y destruye en el momento en que se creía haber triunfado de ella. Esta carta contenia ademas una consulta y una prescripcion de su médico y del mio, el digno doctor Alain. En ella me mandaba en los términos mas precisos, y con las mas alarmantes amenazas, que permaneciese mucho tiempo en los baños de Aix. Enseñé á mi madre este plan del doctor Alain para motivar mi partida. Habia concebido ella misma tal temor por mi salud, que no cesaba de unir sus súplicas á las instrucciones de los médicos para decidirme á partir. Pero, ¡ay! me habia dirigido en vano á algunos amigos tan pobres como yo y á algunos crueles usureros para reunir la pequeña cantidad de doce luises, indispensables para mi viaje. Mi padre estaba ausente hacia seis meses. Mi madre no podia por ningun concepto agravar su escasez y su inquietud pidiéndole dinero. No podia él tampoco tomar dinero á prés-

tamo sino haciendo pública una miseria, tan humillante ya á sus ojos. Disponíame pues á partir con dos ó tres luises únicamente, esperando encontrar lo demas en la generosidad de mi amigo L^o en Chambery. Pero pocos dias antes de mi marcha, mi madre, pensando en ello por la noche, halló en su corazon recursos que únicamente el corazon de una madre puede encontrar.

XCIV.

Había en uno de los ángulos del pequeño jardín que rodeaba por ambos lados la casa paterna un pequeño bosquecillo de árboles, compuesto de dos ó tres tilos, de una encina verde, de siete ú ocho

tortuosos álamos, restos de un bosque plantado hacia algunos siglos y respetados sin duda como el genio de aquel recinto cuando se habia desmontado la colina, edificado la casa y cercado el jardin. Estos hermosos árboles formaban el punto de reunion al aire libre de toda la familia en los dias de verano. Sus botones en la primavera, sus matices en el otoño, sus hojas secas en el invierno, reemplazadas por la escarcha que sostenian sobre sus ramas seculares como una blanca cabellera, nos indicaban la sucesion de las estaciones. Su sombra, que se recogia á sus pies, ó que se estendia sobre el césped que le rodeaba, nos señalaba la hora mejor que un reloj de sol. Mi madre nos habia criado y mecido bajo sus hojas. Mi padre se sentaba allí, con un libro en la mano al volver de caza, colgando la escopeta de sus ramas y con los perros jadeantes acostados al lado del banco de madera. Yo mismo habia pasado allí las mas dulces horas de mi juventud con Homero y Telémaco abiertos delante de mi sobre la yerba. Gustábame el tenderme sobre el tibio césped y apoyados en los codos, teniendo delante de mi un libro, en el que de vez en cuando las abispas

ó los lagartos borrraban momentáneamente las líneas. Cantaban allí los ruiseñores, sin que se pudiese jamás descubrir sus nidos ni aun la rama de donde salia su voz. Este bosquecillo era la gloria, el recuerdo, el objeto del amor de todos. La idea de convertirlo en unos cuantos escudos que no dejarían memoria al corazón, ni alegría ni sombra, no le hubiera ocurrido á nadie sino á una madre dolorosamente angustiada por la salud de su hijo único: esta idea se le ocurrió á mi madre. Con la vivacidad del instinto y la firmeza de resolución que la caracterizaban, y temiendo sin duda que la detuviese un remordimiento ó una tierna resistencia por parte mia si me pedia parecer, llamó á los leñadores una mañana muy temprano, y vió á el hacha hendir las raíces, volviéndose despues y llorando para no oir la caída y los gemidos de aquellos antiguos compañeros de su juventud sobre el suelo desnudo del jardín.

XCIV.

Cuando al domingo siguiente, volviendo á M^{ca}, busqué con la vista desde lo alto de las montañas el grupo de árboles que adornaba tan agradablemente la colina, y que ocultaba al sol una parte

de la casa, creí soñar no viendo en su lugar mas que un monton de troncos derribados, ramas descortezadas y resinosas, y el caballete de los aserradores de tablas, semejante á un instrumento de suplicio, en que la sierra rechinaba hendiendo los árboles con sus dientes. Corrí, con los brazos estendidos, hácia el cercado. Abrí, temblando, la pequeña puerta del jardin.. ¡Ay! ya no quedaba de pie mas que la encina, un tilo y el mas antiguo de los álamos, bajo los cuales habian colocado el banco.—«Aun queda bastante, me dijo mi madre, que vino hácia mí ocultando sus lágrimas y arrojándose en mis brazos; la sombra de un árbol vale tanto como la de un bosque. Y ademas, ¿qué sombra valdria tanto como la tuya? Nada tienes que decirme. He escrito á tu padre que los árboles incomodaban á las hortalizas. ¡No hay nada que hablar!» Despues, llevándome hácia la casa, abrió su cómoda, y sacando de ella una bolsa medio llena de escudos:—«Toma, me dijo; ya puedes marchar. ¡Los árboles me serán suficientemente pagados si vuelves curado y dichoso!»

Tomé el dinero avergonzado y llorando. Consistia este en seiscientos francos. Pero

interiormente resolví devolvérselo á mi pobre madre.

Salí á pié, con mis botines de cuero y mi escopeta á la espalda, como un cazador. Solo llevaba conmigo cien francos reunidos de lo poco que yo tenia y de la venta de mis últimos trabajos, con el fin de no ser en modo alguno gravoso á mi madre. El precio de los árboles me hubiera hecho mal. Le dejé escondido en la alqueria para devolverle á la que tan heroicamente lo habia arrancado de su corazon. Comia y dormia en los mas humildes bodegones de los pueblos. Me tomaban por un pobre estudiante suizo que volvia de la universidad de Strasburgo. No me hacian pagar mas que estrictamente el pan que habia comido, la lumbre que habia gastado, y el colchon en que habia dormido. Llevaba únicamente un libro que me ponía á leer sentado delante de la puerta. Este libro era el Werther en aleman. Como estaba en caracteres desconocidos para ellos, confirmaba la idea de que yo era un extranjero.

Atravesé de este modo las dilatadas y pintorescas gargantas del Bugey, y pasé el Ródano al pie de la roca de Pierre-

Chatel. El río encajonado lava continuamente la base de esta roca con una corriente tan rápida como la piedra de un molino y tan cortante como un cuchillo, como para derribar aquella prision de estado que entristee sus aguas con su sombra. Atravesé lentamente el «Mont-du-Chat,» por la senda practicada por los cazadores de gamos. Habiendo llegado á la cima de este monte, contemplé á mis pies los valles de Aix, de Chambery, de Annecy á lo lejos, y mas cerca el lago matizado de rosadas tintas por los rayos flotantes del sol de la tarde. Parecíame que una sola figura llenaba la inmensidad del horizonte. Elevábase esta de los campos en que nos habíamos encontrado del jardin del anciano médico, cuyo techo saliente de pizarra se dibujaba entre el humo de la chimenea de la ciudad, de las higueras, de la pequeña torre de Bon-Port, de los castaños, de la colina de Tresserves, de los bosques de San Inocencio, de la isla de Chatillon, de las barcas que entraban en las radas de toda aquella tierra, de todoaquel cielo y de todas aquellas aguas. Caí derodillas contemplando aquel horizonte ocupado por una sombra; abrí los brazos, y

los volví á cerrar como si hubiese estrechado su alma al estrechar el aire que habia pesado sobre todas aquellas escenas de nuestra felicidad, sobre todas aquellas huellas de nuestros pasos. Me senté despues detras de una roca cubierta de bojes que impedian á los pastores el verme al pasar por el sendero.

Allí permanecí en contemplacion y entregado á mis recuerdos hasta que el sol iluminó únicamente las cimas de nieve de Nivolex. No queria ni atravesar el lago ni entrar en la ciudad durante el día. La pobreza de mi traje, la escasez de mi bolsa, la frugalidad de la vida á que me condenaba la necesidad para poder vivir algunos meses al lado de Julia, hubieran chocado demasiado á los habitantes de la casa del anciano médico. Contrastaba esto demasiado con la elegancia de los vestidos y con el modo de vivir que habia yo tenido allí el año anterior. Hubiera tal vez avergonzado á cualquiera persona á quien me hubiese acercado á pedir una habitacion en aquella morada de lujo. Tomé, pues, la resolución de introducirme de noche en un barrio de chozas que hay al bor-

de de un arroyo, entre las campiñas al pie de la ciudad.

Conocia yo allí á una pobre criada llamada Fanchette. Se habia casado un año hacia con un barquero, y habia puesto en el granero de su casa una ó dos camas para poder hospedar á uno ó dos pobres enfermos por quince sueldos diarios. Habia anticipadamente hecho guardar una de esas camas y un lugar en la pobre mesa de la buena mujer, encargándola el secreto. Mi amigo L^o, de Chambéry, á quien habia escrito indicando el dia de mi llegada, se habia anticipado algunos dias para prevenir á Fanchette que me guardase la habitacion. Ademas, le habia rogado que recibiese mis cartas á su nombre en Chambéry. Estas cartas me las debia mandar por medio de los conductores de carruajes que van continuamente de una ciudad á la otra. Durante mi permanencia en Aix debia vivir encerrado en la pequeña habitacion de la casa del arrabal hasta que llegase la noche. Entonces me dirigiria por las afueras de la ciudad á la casa del anciano médico. Entraria por la puerta del jardin que se abria al campo, y pasaria las solitarias horas de la noche en

deliciosas conversaciones. Contemplábame dichoso con sufrir tantas incomodidades y tanta humillacion en cambio de aquellas horas de amor. De esta manera conciliaba á mi entender los deberes que me imponian el sacrificio de mi pobre madre, con el culto á la imágen que adoraba.

XCVI.

Por una piadosa supersticion del amor,
habia medido á pasos el largo camino que
tenia que recorrer á pie para llegar del
otro lado del Mont-du-Chat á la abadia
de Haute-Combe el dia mismo del ani-

versario de aquel en que el milagro de nuestro primer encuentro y la revelacion de nuestros dos corazones se habia operado en el pobre albergue de los pescadores, y á la orilla del lago. Me parecia que los dias tenian su destino como las demas cosas humanas, y que volviendo allí á encontrar el mismo sol, el mismo mes, la misma fecha y el mismo sitio, encontraria una parte del todo que tanto deseaba. Esto seria al menos un agujero de nuestra próxima y larga reunion.

XCVII.

Desde el borde de las cortadas pendientes que bajan de la cima del Mont-du-Chat hácia el lago, veíanse ya á mi izquierda las antiguas ruinas y la sombra dilatada de la abadía, que cubria una

vasta estension de las aguas. En pocos minutos llegué á ellas; el sol se hundia por detras de los Alpes. El lento crepúsculo del otoño envolvía las montañas, las riberas y las olas. Sin detenerme en las ruinas, atravesé con rapidez el hermoso campo en que nos habíamos sentado sobre las piedras del molino al lado de las colmenas. Las colmenas y las piedras estaban allí aun; pero no se veía el resplandor del fuego detras de los vidrios de la casa de los pescadores, ni humo sobre su chimenea, ni redes puestas á secar sobre la empalizada del jardin.

Llamé, pero no me respondieron. Sacudí el picaporte de madera, y la puerta se abrió por si misma. Entré en aquella pequeña habitacion, de ennegrecidas paredes; pero el hogar estaba barrido, y no habia ni aun cenizas. Habian desaparecido la mesa y los muebles. Las baldosas de piedra del pavimento estaban cubiertas de pajas y de plumas desprendidas de cinco ó seis nidos vacíos de golondrinas, suspendidos como una cornisa de las negras vigas del techo. Subí la escalera, clavada en la pared; esta escalera conducia á la habitacion alta en que Julia volvió de su desmayo con la mano

colocada sobre mi frente: entré allí como se entra en un santuario ó en un monasterio; paseé mis miradas por la habitacion. Habian desaparecido las camas, los armarios y las sillas de madera. Un ave nocturna agitó pesadamente sus alas al ruido de mis pasos, golpeó las paredes con sus plumas, y se escapó, arrojando un grito, por la ventana de la habitacion. Apenas podia reconocer el sitio en que me habia arrodillado durante aquella terrible y deliciosa noche al pie de la cama ó del ataúd de la jóven moribunda. Besé el suelo. Me senté un largo rato sobre el reborde de la ventana, procurando reconstruir en mi memoria el sitio, los muebles, el lecho, la lámpara, las horas que permanecian fijas en mi interior, aun cuando un año de ausencia lo habia desfigurado todo. No encontré á nadie en los alrededores desiertos de la cabaña que pudiese informarme de los motivos que habian causado su abandono. Creí comprender en la paja que quedaba aun en el corral, por los pichones que volvian á colocarse sobre el tejado, por las piedras del molino esparcidas por los alrededores que la familia habia ido á hacer la recoleccion tardía de las altas cimas de la

montaña, y que aun no habia vuelto.

Esta soledad que me rodeaba me parecia triste, aunque no tanto como me hubiera parecido la presencia y los pasos de las personas indiferentes en aquel lugar sagrado para mi. Me hubiera sido preciso contener ante ellos mis miradas, mi voz mis acciones, y ocultar las impresiones que me asaltaban. Me decidí á pasar la noche en aquel recinto. Subí paja del corral, y me tendí sobre el suelo, en el mismo sitio en que Julia habia dormido con aquel sueño de muerte. Coloqué mi escopeta contra la pared; saqué de mi zurron un pedazo de pan y un poco de queso que habia comprado en Seyssel para comer en el camino. Fui á beber á la fuente que corre y se detiene alternativamente como una respiracion de la montaña sobre la verde esplanada que se estiene bajo las ruinas de la abadía.

XCVIII.

Hay sobre estas llanuras y sobre estas tierras abandonadas del ruinoso monasterio, y en las horas de la tarde, el mas delicioso horizonte que se ha presentado nunca á la vista de un solitario,

de un admirador ó de un amante: la sombra verde y húmeda de la montaña, el ruido de su manantial y el del roce de las hojas, las ruinas, los lienzos de las paredes festoneados de yedra, los arcos llenos de oscuridad y de misterio, el lago y sus tranquilas olas arrastrando lentamente una tras otra las ondas de espuma como los pliegues de la sábana de su lecho para despertar de su sueño sobre la menuda arena y al pie de las rocas.

En la orilla opuesta, las azuladas montañas, revestidas de sombras transparentes; á la derecha y en lo que la vista puede alcanzar, la luminosa avenida que traza el sol y que tiñe de púrpura sobre el agua y en el cielo al ocultarse. Me sumergí en aquellas sombras y en aquella luz, en aquellas nubes y en aquellas aguas, incorporándome á aquella naturaleza, creyendo de este modo incorporarme á la imágen de aquella que formaba para mi la naturaleza entera. Decia para mi:—«¡La he visto! ¡Allí está la distancia que me separaba de su barco cuando le ví luchar contra la tormenta! ¡Aquella es la playa á que abordó, aquel el campo en que nos hicimos aquella larga y mútua confidencia á la

luz del sol, y donde eila volvió á la vida para duplicar la mia! ¡Allí están las copas de los álamos de aquella tortuosa calle que se dibuja como una verde culebra saliendo de las aguas! ¡He allí la compañía, los prados, los bosques de castaños, los caminos abiertos en las faldas de los montes, donde yo cogia flores, fresas y castañas con que llenaba su delantal! Aquí me dijo esto; allí le confesé tal secreto de mi alma; mas allá permanecemos toda una tarde en silencio contemplando la postura del sol, con el corazon lleno de entusiasmo, y sin poder articular una sola palabra. En aquella ola fué en la que deseó morir. Sobre esta playa me juró conservar su vida. Bajo aquel grupo de nogales, entonces sin hojas, se despidió de mi, prometiéndome que la volveria á ver antes de la caida de las hojas nuevas. Ya ha llegado ese tiempo. El amor es tan fiel como la naturaleza, y dentro de pocos dias la volveré á ver... ó por mejor decir, la veo en este momento, puesto que estoy aquí para esperarla, y esperar de esta manera es verla anticipadamente.»

XCIX.

Ademas se representaba á mi imaginacion el momento, en que paseándome por los campos sombreados por los nogales que bajan desde la montaña hasta

detras del jardin del anciano médico, veia por fin la ventana de la habitacion abrirse por primera vez, y una mujer, con la cabeza inundada en sus negros y largos cabellos, apoyada entre las cortinas y pensando en el hermano que buscaba en medio de aquella naturaleza, de la que tampoco veia mas que á él... y mi corazon con aquella imágen se agitaba con tal ímpetu en mi pecho, que me veia obligado á alejarla un momento para poder respirar.

Entre tanto la noche habia cerrado casi enteramente; las aguas no se veian sino á traves de una bruma de claro-oscuro que sombreaba su superficie. En el silencio profundo y universal que precede á la noche, el ruido acompasado de dos remos que parecian acercarse á la orilla hirió mis oidos. Bien pronto divisé sobre el agua una pequeña mancha movible que se agrandaba aprocsimándose, y que se deslizó despidiendo una ligera oleada de espuma por cada lado, en la pequeña ensenada que habia delante de la casa del pescador. Pensando que tal vez seria el pescador mismo que volvía de las costas de Saboya á su a-

bandonada habitacion, bajé precipitadamente de las ruinas á la playa para salir á recibir el barco, y esperé en ella á que hubiese abordado.

C.

Apenas pudo divisarme, me gritó:—«¡Caballero! ¿Sois por ventura el jóven frances que esperan en casa de Fanchette, y á quien estoy encargado de entregar esta carta?» Hablando así se arrojó al agua,

que le llegaba hasta la rodilla, y adelantándose hácia mi con una abultada carta en la mano, me la entregó. Conocí por el peso que aquella carta encerraba otras muchas; rompí precipitadamente la primera cubierta, y leí con trabajo, á la luz de la luna, una carta de mi amigo L^o, fechada aquella misma mañana en Chambery. L^o me decia en ella que mi habitacion estaba encargada y preparada en la casa de la pobre mujer del arrabal; que ninguna persona habia llegado aun de Paris á casa del anciano médico, y que sabiendo por mí que estaria aquella misma tarde en Haute-Combe, y que allí pasaria la noche y parte del dia siguiente, se aprovechaba de la salida de un barquero, hombre de confianza, para enviarme aquel paquete de cartas que habian llegado hacia dos dias, y de que sin duda deberia estar deseoso; que él vendria á buscarme al dia siguiente por la tarde á Haute-Combe; que atravesaríamos el lago, y entraríamos en la ciudad á la caída de la tarde.

CL.

En tanto que recorría con la vista aquella carta, tenía el paquete en mi mano trémula. Me parecía pesado como mides-tino. Apresuréme á pagar y despedir al barquero, impaciente por volverse al Ró-

dano antes de que cerrase enteramente la noche; le pedí únicamente un cabo de vela para poder leer mis cartas, y me lo dió inmediatamente. A pocos momentos volví á oir el ruido de sus remos cortando de nuevo las aguas del lago.

Entré saltando de alegría en la habitacion alta, donde habia preparado mi cama de paja. Iba á volver á ver los sagrados caractéres de aquel ángel en el mismo sitio en que se habia presentado á mis ojos en todo su esplendor y en todo su amor. Estaba en la persuasion de que alguna de sus cartas me anunciaria su salida de Paris para reunirse conmigo.

Me senté sobre un monton de paja; encendí apresuradamente la vela, y rompí el sobre. No noté hasta este momento que el sello era negro y que la letra era del doctor Alain. Este duelo, en vez de la alegría que esperaba, me hizo temblar. Las demas cartas contenidas en otro sobre distinto cayeron de mis manos, y no me atrevia á leer una palabra mas, temiendo encontrar... ¡Ay! lo que ni la mano, ni los ojos, ni la sangre, ni las lágrimas, ni la tierra, ni el cielo, podian borrar... ¡La muerte!... Leí, sin embargo, á traves de las convulsiones de mi

alma que hacian oscilar las sílabas sobre el papel, estas solas palabras:

«¡Sed hombre! ¡Resignaos á la voluntad de aquel cuyos designios no son nuestros designios; no teneis que esperar á nadie!... No la busqueis ya sobre la tierra, pues ha subido al cielo pronunciando vuestro nombre... El jueves al salir el sol... antes de morir me lo ha confiado todo... Me ha encargado que os envíe sus últimos pensamientos, que ha escrito hasta el minuto en que su mano se ha quedado helada sobre vuestro nombre... ¡Amadla en ese Cristo que no ha amado hasta la muerte, y vivid para vuestra madre!...

«Alain.»

CII.

Caí sin sentido sobre la paja, y no volví en mí hasta que la temperatura glacial del viento de la media noche se hizo sentir sobre mi frente. Ardía aun la vela, tenía convulsivamente apretada

entre mis manos la carta del médico. El paquete intacto estaba sobre el suelo. Le abrí con mis labios, como si hubiese temido profanar, rompiéndolo con mis manos, aquel sello de un mensaje del cielo. Cayeron de él sobre mis rodillas una porción de cartas escritas de mano de Julia. Estas cartas estaban colocadas por orden de fecha.

Decía la primera:

«¡Rafael! ¡Rafael mio! ¡Hermano! ¡Perdonad á vuestra hermana por haberos engañado tanto tiempo!... ¡Nunca habia abrigado la esperanza de volveros á ver en Saboya!... ¡Sabia que mis dias estaban contados, y que no viviria lo bastante para alcanzar esa felicidad!... Cuando á la puerta del jardin de Mousseau os dije:—«Hasta otra vez, Rafael,» no me comprendísteis, pero Dios me comprendia. Quería decir: ¡hasta vernos eternamente en el cielo!... ¡Niño inocente! Habia encargado á Alain que os engañase tambien y que me ayudase á haceros salir de Paris. Debía y quería aborerraros un dolor tan próximo, que hubiera destrozado vuestro corazon y aniquilado vuestras fuerzas... Y ademas... perdonadme otra

vez, os lo quiero decir todo: no queria que me viéseis morir... queria correr un velo entre vos y yo algun tiempo antes de la muerte... ¡Ah, la muerte es tan fria!... Yo la veo, la siento, y me horroriza... ¡Rafael, yo queria dejar en vuestros ojos una imagen de belleza que pudieseis contemplar y adorar siempre!... Pero ahora no partais... No vayais á buscarme á Saboya, Esperad unos dias, dos ó tres nada mas.. y no tendreis que esperarme en ninguna parte... Yo estaré en todas, Rafael estaré donde vos esteis.»

Esta carta estaba empapada en lágrimas. Estas lágrimas habian puesto áspera y dura la superficie del papel.

La segunda carta, fechada un dia despues, decia así:

«A media noche, hoy..

»Rafael: Vuestras oraciones me han alcanzado una gracia del cielo. Ayer he pensado en el árbol de la adoracion de Saint-Cloud, al pie del cual vi á Dios á traves de vuestra alma. Pero hay aun otro

árbol mas divino, el árbol de la Cruz.. He abrazado este árbol,... y ya no me separaré de él.. ¡Oh, qué bien se está bajo aquella sangre y aquellas lágrimas que lavan y purifican! Ayer llamé á un santo sacerdote, de quien Alain me habia hablado. Es un anciano que lo sabe todo, que todo lo perdona... Le descubrí mi alma, y esparció en ella la luz y la vida de Dios... ¡Oh! ¡Cuán bueno es ese Dios, qué indulgente, qué lleno de mansedumbre, cuán poco le conocemos! ¡El permite que os ame, que seais mi hermano, que yo sea en la tierra vuestra hermana, si vivo, y vuestro ángel en el cielo, si muerol... ¡Rafael, amémosle, pues él quiere que nos amemos como nos amamos!»

Debajo de estas líneas habia una pequeña cruz, y conocíase la impresion de un beso á su alrededor.

CIII.

Otra carta, escrita con una letra enteramente desfigurada, y cuyos caracteres se cruzaban y se mezclaban sobre el papel, como en las tinieblas, decia:

«Rafael: Quiero deciros una palabra mas. Mañana ya no podria hacerlo... Cuando sepais mi muerte, no murais vos. Yo velaré por vos desde allá arriba. Seré buena y poderosa como ese Dios á quien me voy á reunir... Volved á amar... Dios os enviará otra segunda hermana, que será ademas una santa compañera de vuestra vida... yo misma se lo pediré. No temais por eso afligir mi alma, Rafael... ¿Cómo estando en el cielo he de tener celos de vuestra felidad?

• • • • •
«Me encuentro mejor despues de haberos escrito estas líneas. Alain os remitirá estos pensamientos y una trenza de mis cabellos, ¡Voy á dormir!...»

Otra carta, en fin, casi ilegible, contenia solo estas líneas:

«¡Rafael, Rafael! ¿Donde estais? He tenido bastante fuerza para salir de la cama... he dicho á la buena mujer que vela al lado de mi cama que queria estar sola. Me he arrastrado, á la luz de la lámpara, de silla en silla hasta la mesa

en que escribo... pero ya no veo, mi vista se oscurece... Veo flotar unas manchas negras sobre el papel!... ¡Rafael, ya no puedo escribir!... ¡Oh! al menos estas palabras...»

Despues, en letra muy gruesa, como la de un niño que toma la pluma por la vez primera, habia estas dos palabras, que ocupaban toda una línea, y que llenaban todo el pie de aquella página:

«¡Rafael, adios!»

CIV.

Habíanseme caído de las manos todas estas cartas. Sollozaba sin derramar una lágrima, cuando vi otra pequeña carta, de letra de su anciano marido. Este billete se había caído de entre las cartas

al tiempo de romper la segunda cubierta.
No habia en él mas que estas palabras:

«Julia ha muerto, con su mano entre las mias, algunas horas despues de haberos dado el último adies. He perdido á mi hija... sed vos mi hijo durante el corto tiempo que me queda que vivir. Estoy viéndola allí como dormida, con la espresion de una persona que en su último pensamiento ha sonreido al ver alguna cosa mas allá de nosotros. Nunca la he visto tan hermosa. Al mirarla me veo precisado á creer en la inmortalidad. Yo os he amado por ella. Amadme vos por ella tambien.»

...fuerza de los testimonios de su amor.
 Le esperaba á mi alrededor, me podía
 mirar sin separarse jamás de la
 la. Su pensamiento, su mirada, sus fac-
 tores el sonido de su voz, el carácter
 particular de sus palabras, el encanto de
 su castro, estaban tan presentes á mi
 imaginación, y por dentro me transpor-
 taban á un que me parecía que ella
 estaba allí, que me parecía que me co-
 necía, que me hablaba, que me llama-
 ba por mi nombre, y que al levantar
 su mirada me miraba y á la vez
 me miraba y me miraba. Dios me co-
 noca.

CV.

...lo que me daña es que Dios me co-
 noca. El sentimiento de la realidad, como
 los sentidos, están en el fondo de la vida.
 que se ve en el fondo de la vida. El
 del y el dolor. El dolor es el dolor.
 que tiempo después. Esta distancia de
 la es el dolor del dolor. El dolor
 que tiempo después de haber perdi-
 do una cosa, y se vive con la pro-
 longación de esta existencia.

**Es una cosa extraña y feliz á la vez
 para la naturaleza humana la especie de
 imposibilidad que hay en creer en el pri-
 mer momento en la completa desaparición
 de un ser que se ha amado con delirio...**

Rodeado de los testimonios de su muerte, esparcidos á mi alrededor, no podia creermé aun separado para siempre de Julia. Su pensamiento, su imágen, sus facciones, el sonido de su voz, el carácter particular de sus palabras, el encanto de su rostro, estaban tan presentes á mi imaginacion, y, por decirlo así, tan incorporados á mí, que me parecia que ella estaba allí mas que nunca, que me rodeaba, que me hablaba, que me llamaba por mi nombre, y que al levantarme iba á reunirme á ella y á volverla á ver. Hay una distancia que Dios ha colocado entre la certidumbre de lo perdido y el sentimiento de la realidad, como los sentidos colocan otra entre el hacha que se ve caer sobre el tronco del árbol y el ruido que percibe el oido algun tiempo despues. Esta distancia debilita así el exceso del dolor engañándolo. Algun tiempo despues de haber perdido aun del todo, y se vive con la prolongacion de esta existencia. Se experimenta una cosa comparable á la que siente la vista cuando se ha fijado algun tiempo en el sol poniente. Aunque el astro haya desaparecido del horizonte, sus rayos no se han ocultado á nuestros ojos,

é irradian sobre nuestra alma. No es sino poco á poco, y á medida que las impresiones se estinguen y se precisan al enfriarse, como se llega á creer en una separacion sentida y completa, para poder decir: «¡Ha muerto para mí!» ¡Porque la muerte no es la muerte, es el olvido!

Sentí yo este fenómeno del dolor durante aquella noche en toda su fuerza. Dios no quiso que bebiese todo mi dolor de una sola vez, temiendo anegar en él toda mi alma. ¡Me dió y me dejó por mucho tiempo la ilusion y la conviccion de la presencia ante mis ojos y á mi alrededor del ser celestial que no me habia permitido ver mas que un año, para tener que volver sin duda durante toda mi vida mis ojos y mi pensamiento hácia aquel cielo adonde la llamó en su primavera y en su amor!...

Cuando la vela del pobre barquero se hubo gastado, coloqué aquellas cartas sobre mi corazon. Besé mil veces el suelo de aquella habitacion, que habia sido la cuna de nuestro amor, y que habia llegado á ser su sepulcro; tomé mi escopeta, y me lancé maquinalmente, como un insensato, á traves de las gargantas de

la montaña. La noche estaba sombría. Se había levantado viento. Las aguas del lago, impulsadas contra las rocas, despedían en el choque un ruido tan semejante á la voz humana, que muchas veces me detuve y me volví creyendo oír pronunciar mi nombre.—¡Oh, sí; me llamaban, me llamaban desde el cielo!

me volví a los brazos de mi madre.

Dixéronme que había pasado sin poder ir a
trabajar con ellos uno solo de los recuerdos
de aquel grande año de mi juventud. Como
quise la promesa de Julia de con-
tinuarme allí, alguien que me consue-
lase me ha enviado en don por otro
y me lo ha pagado bien. Muy a mi-
nudo voy con lo que hace me esperan-
za, como si fuera como la felicidad, a
vivir el valle de Chambray y el lago
de Aix. Cuando me siento en las alturas
de la colina de Tignes, al pie de los

CVI.

—Tú sabes, amigo, quién me encontró
en la mañana del día siguiente, errante
en el fondo de un precipicio, entre las
nieblas del Ródano. Tu sabes por quien

fui vuelto á los brazos de mi madre....

.

Diez años han pasado sin poder arrastrar con ellos uno solo de los recuerdos de aquel grande año de mi juventud. Cumpliéndose la promesa de Julia de enviarme desde allá alguien que me consuele, Dios me ha cambiado su don por otro, y no me le ha quitado aun. Muy á menudo voy con la que hace mi esperanza, sufrida y dulce como la felicidad, á visitar el valle de Chambery y el lago de Aix. Cuando me siento en las alturas de la colina de Tresserves, al pie de los castaños que han sentido latir su corazón cuando contemplo aquel lago, aquellas montañas, aquellas nieves, aquellos prados, aquellos árboles, aquellas rocas escarpadas, impregnados de una atmósfera caliente que parece bañar la sierra entera en un perfume líquido; cuando oigo estremecerse á las hojas, zumban á los insectos, suspirar á las brisas, y las olas del lago rozarse suavemente con la orilla, con el ruido de una vela de seda que se desdobra pliegue por pliegue; cuando miro la sombra de la que Dios ha hecho mi compañera hasta el fin de mis

dias, dibujarse á mi lado sobre la arena ó sobre la yerba; cuando siento en mi interior una plenitud que nada mas desea en esta vida, y una paz no turbada por suspiro alguno, creo ver el alma feliz de la que un dia se me apareció en aquellos lugares, elevarse resplandeciente é inmortal de todos los puntos de aquel horizonte, llenar ella sola ese cielo y las aguas, brillar en aquella luz, infiltrarse en aquel éter, arder en aquellos fuegos, sumergirse en aquellas olas, respirar aquellos murmullos, orar, alabar, cantar en aquel himno de vida que se desprende de las cascadas formadas de la nieve derretida que caen sobre el lago, y hacer descender sobre el valle y sobre los que se acuerdan de ella una bendicion que se ve con los ojos, que se escucha con los oidos y que se siente en el corazon!

(Hasta aquí llegaba el manuscrito de Rafael.)

FIN.

que, después de haberse a mi lado, se me
 asó a sobre la y el que, cuando se me
 me interior una pluma de una mano
 deca en esta vida, y una vez de una
 de por supuesto, como ver el alma
 lea de la que en la se me apareció en
 aquellos lugares, elevase resplandeciente
 te a memoria de todos los puntos de la
 horizonte, como ella sola, se cuido y la
 agito, hasta en aquella los minutos
 en aquel día, como en aquellos lugares
 sumergiese en aquellas olas, respirar como
 los mundos, como el alma, como en aquel
 mundo de vida que se desprendía de las cas-
 casas formadas de la tierra, de donde se
 con sobre el lago, y hasta descendía so-
 bre el valle y sobre los que se con-
 dan de ella una bendición que se con-
 los ojos, que se escuchaba con los oídos,
 que se siente en el corazón.
 (Hasta aquí he terminado el manuscrito de
 Rafael)

Obras de recreo que se hallan de venta en la Imprenta de Gomez, calle de la Muela n. 32.

La historia de los Girondinos.—*Los misterios de Londres.*—*Elina ó Sevilla por dentro.*—*Gardiki, por Sué.*—*Zanoni, por Bulwer.*—*La Joven Regente, por Masson.*—*La Duquesa de Mazarin, por Laverne.*—*El Marqués de Surville, por Sué.*—*El Hijo del Diablo, por Paul Féval.*—*El Caballero de la Casa Roja, por Dumas.*—*El Aventurero Castellano.*—*El Marqués de Pombal.*—*Los Ultimos dias de un pueblo.*—*Lo que es el Mundo ó Memorias de un Esceptico.*—*Doña Mercedes de Castilla ó el viaje á Catay.*—*El Caballero d'Harmental, por Dumas.*—*Guy Mannering ó el Astrólogo, por Walter Scott.*—*La Nave Fantasma.*—*Los Cuatro Juanes ó los Desposorios en el Castillo de Zambra.*—*Los Pretendientes, por Soulié.*—*A la Reina no se toca.*—*El Manto de Deyanira.*—*La Profession Frustrada.*—*El Barbero de Paris.*—*El Castillo de los Pirineos.*—*Los Cartujos ó la Monja.*—*Las dos Dianas.*—*Los Cuarenta y Cinco.*—*Amor y Venganza de un Esclavo.*—*El Tribunal Secreto.*—*El Aman-*

te de la Luna.—El Comendador de Malta.—
Teresa Dunoyer.—La Baronesa de Bergent-
hin.—El Bastardo Agenor de Mauleon.—
Arturo y Julia ó la Abadia de Santa Elena.
—Thelena, ó el Amor y la Guerra.—Los Sie-
te Pecados Capitales: la Soberbia, la Ira,
la Embidia la Lujuria, y la Pereza. El Viz-
conde de Bezier.—Un Recluta.—Los Fan-
farrones del Rey, por Feval.

RAFAEL,

ó

PÁGINAS DE LOS VEINTE AÑOS.

Esta obra se halla de venta en la Imprenta de Gomez calle dela Muela núm. 32, y en Cádiz en la de Arjona calle de la Torre núm. 58 y medio, al módico precio de 4 reales tomo, encuadernado con elegante cubierta.

ENRIQUE DE LORENA.

Se ha repartido el primer tomo
y en la semana próxima se reparte
el segundo y último, al módico
precio de 4 reales tomo , encua-
dernado con elegante cubierta.

EL COLLAR DE LA REINA.

Se ha repartido el primero, segundo, tercero, cuarto, y quinto, y se halla en prensa el sexto para repartirse á la mayor brevedad. Los señores suscritores que quieran hacerse de esta interesante obra pueden pasar por la Imprenta de Gomez calle de la Muela n. 32, al módico precio de tres reales tomo encuadernados.

4.000

2 to 1 vol

- AN
- LVI
- SXIX

